

marin ledun EN SILENCIO

PRIX
TRANSFUGUE
MEJOR NOVELA
NEGRA
FRANCESA



Off
VERSATIL

Table of Contents

[Prólogo: La francesa cuando venga...](#)

[· 1 ·](#)

[· 2 ·](#)

[· 3 ·](#)

[· 4 ·](#)

[· 5 ·](#)

[· 6 ·](#)

[· 7 ·](#)

[· 8 ·](#)

[· 9 ·](#)

[· 10 ·](#)

[· 11 ·](#)

[· 12 ·](#)

[· 13 ·](#)

[· 14 ·](#)

[· 15 ·](#)

[· 16 ·](#)

[· 17 ·](#)

[· 18 ·](#)

[· 19 ·](#)

[· 20 ·](#)

Título: *En douce*

© Flammarion, Paris 2017

© Marin Ledun, autor.

© Albertina Rodríguez Martorell, de la traducción

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: mayo 2018

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2018: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A Coco

«Dios, un tipo con los pantalones
por las rodillas, dijo ella.
Dios, una bragueta abierta».
El cantante de góspel, Harry Crews, 1968.
«Por fin se decidió a abrir la boca:
Sé lo que quieres decir.
Pero no soy yo el raro, son los demás,
hasta el punto de que no consigo entender
cómo se lo hacen. Incluso cuando
llevo una vida normal, una vida
de cada día, tengo a pesar de todo la impresión
de ser un marciano. La gente es tan diferente
de mí, que me da vértigo».
Tokyo Zodiac Murders, Soji Shimada, 1987.

«Felizmente, no pasó nada. No ibas a ver más al hombre
al que habías amado con pasión.
Y, vuelta de pronto a tu lucidez, te preguntabas
cómo habías podido creer un solo instante
que él dejaría mujer e hijos por ti,
cuando todas las mañanas cada trabajador aparcaba
su vehículo en el mismo lugar del *parking* de
la empresa, tal como lo exigía, no el reglamento,
sino la fuerza de la costumbre».
La condition Pavillonnaire, Sophie Divry, 2014.

Prólogo: La francesa cuando venga...

¿Quieres jugar a un juego?

No temas. Te prometo que no soy el zumbado de *Saw*.

Solo será un inocente juego de rol, un pequeño test para saber si este libro es para ti.

¿Qué me dices, te atreves?

Veo que sí. En ese caso, imagina...

Imagina que vienes de familia humilde, pero tienes el trabajo ideal, y los miembros del otro sexo no te quitan nunca el ojo de encima.

En otras palabras, imagina por un momento, solo por un momento, que lo tienes todo para ser feliz, que eres Émilie, la protagonista del libro que, si estás leyendo esto, supongo que tienes entre manos.

¿Qué, a que te dan ganas de saltar montaña arriba dando botes, cantando a grito pelado al más puro estilo Heidi?

Pues déjate de cantes tirolenses, que esto es una novela negra.

Por eso, ahora imagina que un día, un mal día, tienes un accidente de tráfico. Chocas con otro coche, y por su culpa, por culpa de su conductor, pierdes una pierna.

Y con tu pierna, tu trabajo de ensueño, y tu vida perfecta.

Y encima, para rematar la jugada, para rematar la putada, el culpable se va de rositas.

Ahora dime, va, dime, ¿qué harías?

En serio, párate a pensar, ¿qué harías?

Justicia, ¿verdad?

O lo que es lo mismo, venganza.

Pues esto es lo que se plantea, lo que te plantea *En silencio*, una novela que, terminado su primer e impactante capítulo, no podrás, ni querrás dejar de leer, hasta llegar a su chocante desenlace, mientras te preguntas constantemente, si también tú estarías dispuesto a hacer lo mismo que Émilie.

No en vano, como vimos y leímos en *Alex* de Pierre Lemaitre, o en

Tarántula de Thierry Jonquet, la francesa cuando venga, es que venga de verdad.

Aunque conforme vas pasando las páginas, la línea entre víctima y verdugo, culpable e inocente, sea cada vez más tenue, más difusa.

Y sin embargo, haga lo que haga, diga lo que diga, tú, como yo, no podrás evitar identificarte con Émilie.

Preocuparte por sus preocupaciones, sufrir con sus sufrimientos, justificar sus injustificables errores.

Porque todos tenemos algo de Émilie.

Y es que, *En silencio* es un himno en clave de *thriller* intimista a los eternos perdedores del sistema, aquellos que luchen cuanto luchen, luchemos cuanto luchemos, durante décadas, durante generaciones, están, estamos, abocados a seguir siendo los últimos monos del zoo, los juguetes rotos del capital, los extras de la Historia.

Quizá por esta capacidad para meter el dedo en la llaga de la sociedad, por sus originales estructuras, o tal vez por su capacidad para diseccionar el alma humana, *En silencio*, como sus personajes, novela a novela, galardón a galardón, Marin Ledun está fraguando una de las carreras más prometedoras de la literatura criminal francesa actual, destapándose como una voz diferente, pidiendo a gritos un hueco en nuestras librerías, y un espacio en tu estantería.

Pero mejor me callo.

Porque si has llegado hasta aquí, seguro que estás deseando conocer a Émilie.

Así que, sin más, te dejo con ella.

Y con tus dudas.

Sergio Vera Valencia

Director de la colección Off Versátil

El 14 de julio de 2015, a las once de la noche, las terrazas de los bares-restaurantes y las farolas de Begaarts-Playa se apagaron. Las estrellas aparecieron como por arte de magia.

Simon Diez llevaba puestos unos tejanos y una camisa blanca. Treinta y siete años, corte de pelo apurado, manos callosas y músculos visibles. Su presencia física impresionaba.

Se había fijado en la mujer desde el momento en que llegó a la plaza desde donde se iban a lanzar los fuegos artificiales. La había reconocido enseguida. Jugaba al solitario y al bingo todos los viernes por la mañana, a la hora en que él se bebía una caña en el mostrador del bar-estanco de la calle General Leclerc, antes de empezar su turno de trabajo en la sociedad de aprovechamientos forestales para la que trabajaba desde hacía más de cuatro años. Una sonrisa incrédula aparecía en sus labios cuando perdía. Cojeaba y su perfume contenía una ligera insinuación de vainilla.

Era todo lo que necesitaba saber de ella.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Simon captó su mirada abrasadora en el instante preciso en que los primeros cohetes ascendían silbando por el aire antes de estallar sobre el océano Atlántico. Veinticinco mil rostros boquiabiertos se iluminaron simultáneamente de oro y plata. Hubo un brusco movimiento colectivo cuando los mirones se apretujaron en masa contra las barreras instaladas a primera hora de la tarde por los servicios municipales.

La mujer se estremeció de placer y se dio la vuelta para disfrutar del espectáculo. Empujado por un grupo de adolescentes ruidosos, Simon la perdió de vista en medio de los «¡Oh!», los «¡Ah!» y los estallidos de luz.

Los artificieros se superaron.

El cielo ardía.

Durante veinte minutos, el petardeo de los cohetes ahogó los gritos alegres de los espectadores y el murmullo de las olas detrás de las dunas. El viento

soplaba sin descanso, llevándose nubes de humo y pavesas aún enrojecidas en dirección a las residencias de alquiler de la parte sur de la población; milagrosamente, ningún conato de incendio que deplorar. Simon ni siquiera alzó la vista. Se abrió paso en dirección a las barreras, esperando encontrar a la chica de antes.

Una pareja de jubilados en éxtasis ocupaba ahora el lugar en el que ella se le había aparecido. A su derecha, un niño de cuatro o cinco años de mofletes encendidos se agarraba con todas sus fuerzas al cuello de su padre y chillaba aterrorizado. La madre intentaba en vano ponerle en las manos un globo con la imagen de Mickey Mouse, para calmarlo. A la izquierda, unas jóvenes turistas españolas, camisetas blancas «I love NYC», petos escotados y *smartphones* alzados como estandartes, alborotaban mientras hacían fotos sin parar. Simon barrió el lugar con la mirada.

La mujer se había volatilizado.

Simon se preguntó si lo habría soñado. Se sentó en un pilote, extrajo un Camel Blue light de su paquete e hizo chascar su encendedor. Sobre su cabeza, epílogo y castillo de fuegos final, versión tiros de mortero y artillería pesada.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

La multitud retuvo el aliento, luego las personas que le rodeaban empezaron a silbar y a aplaudir. La oscuridad volvió a adueñarse de la playa, el niño en brazos de su padre chilló con más ganas; Mickey, harto tal vez, echó a volar de pronto y desapareció en la noche; las luces se encendieron de nuevo. Simon dio dos caladas a su cigarrillo, lo tiró al suelo a sus pies y lo aplastó con el talón. Cuando levantó la vista, la mujer estaba plantada delante de él, brazos en jarras y mohín inquisitivo.

Se tomó su tiempo para levantarse, sin respiración.

¡Cielo santo!

Ella solo tenía ojos para él.

En carne y hueso y a menos de un metro, su aspecto era aún mejor: unos cuarenta años, metro sesenta, una larga melena de color castaño teñida con henna, sin más adornos que una pulsera de bisutería, un bolso minúsculo, un vestido ceñido verde manzana y, en el nacimiento del pecho, un arabesco de venas azuladas, finas e hipnóticas, que corrían bajo su piel translúcida.

Simon encendió dos cigarrillos y le tendió uno, que ella aceptó. Tardó demasiado tiempo en elegir las palabras para resultar natural.

Preguntó:

—Nos hemos visto antes, ¿no?

Ella asintió frunciendo los labios, con aire burlón.

Señaló con el mentón el escenario, en el otro extremo de la plaza, encogido entre un bar de tapas y un edificio de cuatro pisos. En el más puro estilo playero: focos multicolores, colección de esferas suspendidas de facetas relucientes, DJ con gafas de sol Gucci, y música a tope.

Dijo:

—Sácame a bailar.

Durante una fracción de segundo, Simon la imaginó mojada, con el tejido de su vestido empapado de sudor moldeando a la perfección las curvas de su vientre y de sus muslos. El escenario se animaría más tarde, hacia las dos de la madrugada. La pista abarrotada y la temperatura rebasaban los treinta grados.

Con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, la mujer lo miraba fijamente, y toda su actitud anunciaba: «Esta noche, el grandullón de los noventa kilos de músculos y camisa blanca se va a ocupar de mí. Únicamente de mí».

Simon respondió:

—Lo que tú digas.

La mujer se presentó. Se llamaba Émilie.

Le murmuró al oído:

—¿Y tú?

Él no respondió. Ella hizo una mueca. Simon rio y le tomó la mano. Cruzaron por entre la multitud hasta llegar al centro de la pista. Émilie bailó hasta el agotamiento, como si nunca hubiera cojeado. Se pegó a Simon y le dedicó miradas incendiarias toda la noche. Simon la observaba dar vueltas a su alrededor. Émilie parecía poseída por el diablo. Las luces estroboscópicas hacían sus movimientos más sincopados y seductores.

Cuando cesó la música, cerca ya de las tres de la madrugada, ella insistió para que Simon la acompañara de vuelta a su casa. Él protestó sin convicción. Estaba pensando en algo más expeditivo, se veía a sí mismo trajinándosela en el asiento trasero de su coche. Explicó que entraba a trabajar a las seis de la

mañana. Ella hizo un mohín. Le suplicó con la boca pequeña. Simon se dio cuenta de la chispita divertida de sus ojos, que significaba que ella sabía que él iba a ceder.

Ella coqueteaba:

—No irás a dejar que me vuelva sola, en mi estado. Hay por lo menos...

Contó con los dedos.

—Diez o doce kilómetros hasta mi casa.

Simon silbó.

—¿Qué te ha hecho el desgraciado que te ha traído hasta aquí para que lo dejaras plantado?

—He venido en autoestop.

Simon puso cara de no creerla. Émilie hundió las manos en los bolsillos con aire de enfado y bajó la vista hacia su pierna coja. Simon captó el mensaje. Dijo:

—¿A qué esperamos?

Émilie aplaudió con las dos manos.

Diez minutos más tarde, el Passat de Simon zigzagueaba por una carretera secundaria, en pleno bosque de pinos. Vidrios bajados, olor de resina, ninguna música salvo el ruido del viento al colarse dentro del habitáculo y las risas de Émilie.

Simon sujetaba el volante con una mano. Estaba demasiado ocupado en mirar de reojo a Émilie para concentrarse en la conducción. Sus poses lascivas dejaban entrever que la noche no había hecho más que empezar.

Ella preguntó:

—¿Te parezco guapa?

Simon la miró con aire de extrañeza, como si la pregunta no tuviera ningún sentido. Alargó el brazo y acarició su muslo con el dedo.

Émilie ronroneó.

Simon oyó los ladridos mucho antes de llegar a la perrera.

Después de una recta larga, la carretera describió un viraje cerrado hacia el norte y se sumergió en una pinada. La verja apareció cien metros más lejos. Estaba oculta en parte por un seto de cedros de Canadá que colonizaban zarzas y hiedras.

Simon detuvo el Passat debajo de un letrero que indicaba: «Cría canina Amorena», seguido de un número de teléfono pintado a mano. No apagó el motor para que la ventilación siguiera funcionando.

Sacó un pañuelo del bolsillo de su camisa, se secó la nuca y se volvió a Émilie.

—¿Trabajas aquí?

Ella asintió. Simon sacó dos Camel y le ofreció uno. Abarcó con un gesto la perrera.

—¿Es tuya?

Émilie se inclinó hacia él para que le encendiera su cigarrillo.

—Solo soy una empleada.

—¿Y es aquí donde duermes?

Ella compuso el gesto.

—Soy una empleada modelo, don Misterioso.

Simon rio y dio una chupada a su Camel. Émilie hizo tintinear sus llaves.

—Se asa uno de calor.

Empuñó su bolso, salió del coche para abrir la verja y le hizo una seña para que estuviera preparado. Simon dio una ojeada al reloj del salpicadero. Faltaban menos de tres horas para que tuviera que entrar a trabajar, y eso solo podía significar una cosa: noche en blanco. Pensó en el tractor forestal que le esperaba en casa de su patrón y en la larga jornada de poda que vendría después. Ahora que había llegado hasta aquí, se daba cuenta de lo estúpido que había sido. No había bebido lo suficiente.

Se enjugó la frente, pasó el codo por la ventanilla de la puerta, y sacó la cabeza.

—Tengo que irme a dormir.

—No me vengas con pamplinas.

Émilie le volvió la espalda. Accionó el mecanismo de apertura automática de la verja y la perrera se iluminó como por arte de magia. Simon arrancó y embocó el camino.

Surgían ladridos y gruñidos sordos de una treintena de jaulas dispuestas en arco alrededor de un cobertizo de chapa. De día, el lugar debía de resultar un horno. Simon siguió a Émilie. Rodeó la construcción al ralenti, ignorando los ladridos sobreexcitados que saludaban su llegada, y se detuvo frente a una caravana. Émilie descorrió el cerrojo de la puerta y se volvió. Iluminada por los faros, desprendía una especie de halo sobrenatural. Envió una larga

mirada en su dirección, con una sonrisa indefinible en los labios.

Un revoltijo de cartones y de latas de cerveza vacías se amontonaba sobre unos palés dispuestos en los extremos de una especie de patio. Unas sillas plegables de madera con la pintura agrietada, reunidas alrededor de un aparato de radio colocado sobre una bobina de cable eléctrico reconvertida en mesita, completaban el cuadro.

Simon salió del coche y aspiró con fuerza el humo de su cigarrillo. Vio una furgoneta. En el lateral, el nombre y la dirección de la perrera, en letras mayúsculas. Uno de los neumáticos delanteros estaba deshinchado. Un perro bastardo de pequeño tamaño, mezcla entre un parson russell terrier y un braco de pelo corto, surgió de ninguna parte y se puso a mordisquearle los bajos del pantalón meneando la cola. Simon se inclinó para pasarle la mano por el cráneo. El animal se tendió boca arriba para pedir más caricias.

Simon preguntó:

—¿No hay nadie más?

Por toda respuesta Émilie se dio la vuelta y cadereó de izquierda a derecha, acariciándose las nalgas con la punta de los dedos, antes de desaparecer en el interior. Simon no perdió detalle de la pequeña exhibición.

Pensó: «Después de todo, ¿por qué no?».

Aplastó la colilla y entró en la caravana.

Un sofá-cama tipo clic-clac sobre el que se precipitó el bastardo hacía las veces de sillón. Había una escudilla colocada al pie de un lavabo desbordante de vajilla sucia. Émilie guio a Simon canturreando hacia lo que llamó sus «aposentos». El orden que reinaba en este lugar ofrecía un contraste llamativo con el resto de la perrera. Un aroma insistente a vainilla y el zumbido de un acondicionador de aire cubrían casi por completo el hedor y el ruido ambiente. Carteles protegidos por vidrios de los filmes *Cabaret*, *New York, New York* y *West Side Story* decoraban las paredes. Un retrato en blanco y negro de Natalie Wood a los veinte años estaba entronizado sobre una cómoda. Al lado del lavabo se había acondicionado un pequeño espacio de maquillaje. Fotografías de buena calidad que representaban a Émilie con vestidos de baile constelaban el espejo iluminado con bombillas rojas y doradas, como en los camerinos de los teatros. Las instantáneas podían datar de cinco o diez años atrás, y daban la impresión de que Émilie había sido una profesional que había actuado en los escenarios del mundo entero. Simon se preguntó en qué ocasión habrían sido tomadas.

Émilie se dejó caer sobre la cama:

—¿Te gustan?

Simon tomó una que la representaba de perfil, enfundada en un vestido negro muy escotado por la espalda.

—En esta te pareces a Liza Minnelli.

El rostro de Émilie se ensombreció durante un instante. Se sentó con las piernas cruzadas bajo el busto y recostada contra las almohadas.

—Fue hace mucho tiempo.

Simon no insistió. Volvió a colocar la foto en su lugar y se apoyó en el marco de la puerta.

Émilie esbozó una sonrisa enigmática y se desprendió de su vestido, despacio; luego bajó de la cama y se acercó a él. Simon desfalleció. Su campo de visión se redujo. Ahora ya no pensaba en nada, hipnotizado por la prótesis que ocupaba el lugar de la pierna izquierda de Émilie. Alargó la mano para tocarla, pero en el último momento Émilie chascó los dedos para desviar su atención.

Se acercó, atrapó la mano de Simon y la colocó sobre uno de sus senos.

—Soy buena bailando, ¿no es verdad?

Él intentó apartarse, pero ella se frotó contra él.

—Esta noche has visto el efecto que causo en los hombres y las mujeres, ¿verdad?

Él capituló:

—Lo he visto.

Émilie soltó una carcajada. Luego se puso de puntillas. Con un gesto autoritario, se apoyó en los hombros de Simon y le obligó a arrodillarse. Cuando la cabeza del coloso estuvo situada al nivel de su vientre, ella lo tomó de las muñecas y guio sus manos con precaución sobre su prótesis; luego las hizo ascender lentamente hasta el punto de unión con el muslo. Simon se dejó guiar, los dedos febriles al contacto con el plástico y la piel. Jadeaba, con el rostro a pocos centímetros del sexo de Émilie. Se quitó la camisa y respiró hondo. Fuera, los perros aullaban a la luna. Las manos de Émilie temblaban. Simon dio por supuesto que se debía a la tensión sexual. Fue su primer error de juicio.

Todo ocurrió muy deprisa.

Émilie se echó atrás con un movimiento de la pelvis, hundió la mano en el montón de almohadas apiladas en la cabecera de la cama y empuñó un

revólver, con el que apuntó al pecho de Simon.

Su voz era clara y helada:

—Hoy no irás a trabajar, Simon Diez.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Émilie le miró sin contestar. Pensó: buena pregunta, segundo error. Simon reconoció entonces el arma y abrió los ojos de par en par.

—¿Y cómo has conseguido ese cacharro?

Bajó despacio de la cama, dispuesto a saltar hacia la salida.

Émilie dijo:

—Te quedas aquí.

Luego le disparó un tiro en la pierna izquierda.

Simon trastabilló y se desplomó cuan largo era sobre el linóleo.

De su pierna brotaba sangre.

Émilie evaluó rápidamente las consecuencias de su gesto. Recordó las semanas de acecho, la búsqueda minuciosa de información, los preparativos. No había dejado nada al azar. Durante todo ese tiempo, se había imaginado la escena decenas de veces, pero nunca se planteó que todo ocurriría con tanta limpieza.

Como en el cine: imagen fija, fundido encadenado y ralentí. El cerebro de Émilie realizó una selección de forma automática.

Prescindió de algunos detalles accesorios. No oyó ni los gritos de Simon ni los ladridos de los perros. Desmenuzó cada plano de la escena en su superproducción mental. Vio fluir la sangre. Percibió el crujido seco de la madera cuando la bala atravesó el muslo y fue a incrustarse en el listón de la cama. La pierna se dobló, el hombre perdió el equilibrio, sus ojos se abrieron desmesuradamente. Intentó buscar un apoyo, su mano solo encontró el vacío y se derrumbó con todo su peso. Al caer produjo un ruido sordo, arrastró los accesorios que abarrotaban la mesita de noche, y estas se esparcieron a su alrededor. La lámpara de sobremesa rodó sobre sí misma hasta que el cordón eléctrico frenó su curso. La bombilla estalló al chocar con el tabique.

Las manos de Émilie temblaban cuando volvió a la superficie. Simon se sujetaba la pierna y le suplicaba que le dejara irse. Ella le escuchó distraída. Pensaba en lo que le quedaba por hacer.

Retrocedió dos pasos para colocarse fuera del alcance de Simon, en el caso de que se abalanzara sobre ella. Sus movimientos eran precisos.

Dijo:

—¡Levántate!

Una luz de pánico se encendió en los ojos del herido. Émilie tomó una de sus muletas, colgadas de un soporte, y la lanzó en su dirección. Simon pensó durante un segundo en servirse de ella como arma. El cañón del revólver

apuntando hacia él aconsejaba exactamente lo contrario.

Émilie gruñó:

—Ni se te ocurra.

Simon se puso en pie apretando los dientes. Fragmentos de cristal crujieron bajo sus zapatos.

Suplicó:

—Estás haciendo una estupidez.

—¡Acércate!

—Ese cacharro es mío. Devuélvemelo y deja que me vaya.

Ella apuntó a su pierna derecha. Hizo el gesto de disparar. La calma que mostraba hablaba por ella. Simon se puso rígido y palideció. Émilie le señaló la puerta con el mentón. Se apartó para dejarle paso.

—¡Vamos!

Esta vez, Simon no protestó. Fue cojeando hasta la entrada. Una vez en el patio, ya no pensaba más que en el dolor que irradiaba de su pierna.

Émilie vio el rastro de sangre que brotaba de su herida. Para ella, era el momento ideal: contaba con que él no intentaría nada a la desesperada en su estado, y la obedecería sin rechistar; había previsto dispararle de nuevo, en caso de que se revolviera.

Los inquilinos de la perrera aullaban y ladraban más y mejor. Le ofrecían un alegre concierto pasado de decibelios. No podían proponerle una cobertura sonora más completa. Mejor aún: la vivienda habitada más próxima se encontraba a dos kilómetros al norte. En pleno invierno, en los bosques del entorno hormigueaban los cazadores, pero en verano las pinedas estaban casi desiertas. Simon podía gritar a pleno pulmón, y nadie lo oiría. Estaba previsto.

Émilie se dirigió hacia la izquierda e indicó a Simon que la siguiera. Atravesaron el patio renqueando, como correspondía a dos cojos. El pensamiento la hizo sonreír. Siguió apuntándole desde una distancia respetable, aproximadamente cinco metros, hasta llegar a un cobertizo auxiliar.

Allí, levantó la mano.

—¡Alto!

Simon la obedeció con algún retraso y pivotó hacia ella. Tiritaba, a pesar del calor.

Dijo:

—No hagas eso.

—Ya casi estamos —respondió Émilie.

Sin fuerzas, Simon se dejó ir contra uno de los pilares de acero que sostenían la estructura del techo, e imploró.

—No me mates.

—¿De verdad crees que he organizado todo este circo solo para eso?

Él la miró sin comprender. Repitió:

—No me mates, por favor.

Émilie alzó las cejas y dio un rodeo para llegar a la puerta del cobertizo sin pasar demasiado cerca de él. La describió en una tercera parte, pasó la mano por el hueco y apretó un interruptor sin perder a Simon de vista. Las luces de neón del interior parpadearon y se encendieron al mismo tiempo que la noche se espesaba en el resto de la perrera. La construcción estaba situada detrás de las jaulas de los perros, el sitio más ruidoso de la perrera pero también el menos expuesto a las miradas. Podía acoger el equivalente a media docena de automóviles y había sido destinado inicialmente al material de mantenimiento. En realidad se guardaba allí un batiburrillo de palés, cartones, planchas y piezas sueltas de las obras de construcción de las jaulas destinadas a los animales.

Émilie guio a Simon a distancia hasta el fondo del cobertizo. Allí habían acondicionado una estancia ventilada para almacenar la comida de los perros. Émilie la había vaciado y había instalado un colchón y un cubo. Austeridad espartana. Empujó a Simon al interior. Vio por su actitud que comprendía que la muerte no era la opción inmediata. En el tiempo que tardó en reaccionar, ella ya había cerrado y atrancado la puerta detrás de él.

También aquello estaba previsto.

Permaneció un momento apoyada en el batiente, escuchándole gritar y golpear las paredes con los puños. Su prótesis la martirizaba. El muslo ardiendo lanzaba descargas eléctricas que ascendían a lo largo de la columna vertebral y parecían consumirle la carne del interior. Cerró los ojos e hizo el vacío en su mente. Poco a poco, el estruendo del otro lado de la puerta y los ladridos de los perros disminuyeron.

Cuando no oyó más que los latidos de su propio corazón, dio media vuelta y volvió a la caravana.

El cajón de la nevera rebosaba de latas de medio litro de sodas y de cervezas, compradas en el Lidl de la esquina. Émilie eligió una cerveza, salió y se instaló en una de las sillas plegables del patio. La abrió y bebió varios tragos. El alcohol le subió rápidamente a la cabeza; se relajó un poco. Volvió a entrar, a buscar sus cigarrillos. Al quitarse la prótesis, vio el paquete de Camel abandonado por Simon sobre el linóleo. Lo recogió, se encendió uno, y volvió a la pata coja a sentarse fuera.

La calma después de la tempestad.

O mejor, la calma antes de la tempestad.

Por encima de ella, las estrellas lucían con un brillo curioso, veladas ligeramente por la bruma. Era el instante mágico en que la perrera se convertía solo en sombras y en gritos de animales nocturnos. En que se podía permitir soñar que estaba tendida sobre la hierba de un jardín, en el corazón de una urbanización tranquila, piscina, barbacoa y terraza con suelo de madera exótica, teca o jatoba frotada con aceite, a dos pasos del comfortable pabellón en el que una pequeña familia dormía con un sueño apacible.

Eso si conseguía abstraerse de los cubos de basura y del olor a mierda, evidentemente.

Émilie dio una calada a su cigarrillo y se tendió de espaldas. Tardó un momento en darse cuenta de que los perros habían parado de ladrar. Una brisa caprichosa refrescaba el aire a rachas y agitaba las copas de unos pinos invisibles en un susurro apenas perceptible. Émilie visualizó la mísera caravana bajo aquel cielo idílico. Se había dejado ir demasiado tiempo, pero esta vez no cedería. Pensó: «Así es mi vida». Pronto cumpliría cuarenta años, soltera, sin hijos, con una sola pierna y con una paga de mil ciento treinta y siete euros netos al mes, malviviendo en una caravana destartada y rodeada por cuarenta y siete chuchos de todos los tamaños y de todas las razas. Miseria y compañía.

Y desde hacía una hora, además, penalmente responsable por los delitos de rapto, de secuestro y de tentativa de homicidio por arma de fuego con premeditación. Bonito currículo.

Émilieapuró el resto de su cerveza. Los últimos tragos tenían un regusto amargo. Su cigarrillo se había consumido. Introdujo la colilla en la lata, y la tiró al patio. El tintineo metálico despertó a un perro, que emitió un gruñido sordo.

La noche no había terminado.

Émilie volvió a entrar para recuperar su prótesis, se puso un par nuevo de guantes Mapa, los que utilizaba para limpiar las jaulas de los perros, y volvió al trabajo.

Simon Diez había jugado a Pulgarcito con su sangre. Había por todas partes. Con el calor, la mayor parte de las manchas estaban ya secas e incrustadas incluso en la menor rendija.

Émilie empezó por retirar las sábanas de la cama. Hizo una pelota con ellas, la lanzó fuera e hizo un montón con todos los objetos manchados por las salpicaduras, paquete de Camel, monedero y teléfono móvil de Simon incluidos. Llevó todo al cobertizo principal, delante de la caldera de madera que se utilizaba para dar calor a las camadas de cachorros en invierno. La encendió con ayuda de sacos vacíos de croquetas de perro y piñas, se aseguró de que el fuego prendía y de que el conducto no estaba obturado, añadió astillas de palé y bellotas de roble, e introdujo su botín.

Después de pasar el rastrillo por la grava del patio y verter a su paso el equivalente a diez litros de lejía, Émilie se dedicó a limpiar la caravana, lo que le supuso una hora suplementaria de trabajo. Solo se trataba de camuflaje. Su meticulosidad no resistiría probablemente un análisis detenido, pero frotó, pasó la esponja, restregó y volvió a frotar hasta que el resultado le pareció satisfactorio en conjunto. Cuando hubo terminado, volvió a alimentar la caldera. Bidones de lejía, guantes, esponjas, cepillos, rastrillo, siguieron a la primera hornada. Émilie se desnudó por completo, y su vestido corrió la misma suerte. El roce de su muslo contra la prótesis se había exasperado hasta el suplicio.

Fuera, el olor acre del plástico quemado disimulaba el hedor a orina y excrementos caninos. Émilie se apresuró a volver a la caravana para lavarse, prótesis incluida. Después de la ducha, masajeó largo rato el muñón de su pierna para aliviar la dolor. Volvió a engancharse por última vez la pierna mecánica, se puso unos tejanos y una camiseta de trabajo, botas, así como un nuevo par de guantes, y puso en marcha el Passat para ocultarlo en el cobertizo secundario en el que se encontraba Simon. Lo cubrió con una lona trenzada de protección azul, que fijó con barras de metal y cuatro ladrillos refractarios.

El alba despuntaba por encima de unos pinos dibujados como sombras chinescas. Últimos instantes de ilusión antes del gran salto al infierno diurno.

Émilie se encendió un John Player Special negro y suspiró. Tuvo que intentarlo dos veces, tanto le temblaban las manos. La nicotina hizo su trabajo. Con la segunda bocanada, Émilie lamentó haber quemado los Camel de Simon. Los temblores de sus manos disminuyeron un poco. No lo suficiente.

El tiempo se acortó y el sol asomó por fin la punta de su nariz. Los primeros rayos hicieron desaparecer sin contemplaciones el escaso frescor aportado por las últimas horas de la noche. Algunos perros ladraron, otros se unieron a ellos, luego todo el coro alborotó al unísono. Émilie se puso su mono de trabajo y se apresuró a llevarles la comida. Se aseguró de que las dos camadas de Drahthaar y de Münsterländer pequeños estaban bien. Era un pedido importante para dentro de dos semanas, y el dueño de la perrera, que esperaba un beneficio cuantioso, la llamaba cada dos o tres días para asegurarse de que todo seguía sin novedad. Se había ocupado en persona de supervisar la reproducción. Repuso la paja de los cachorros, ajustó los niveles de agua y abrió dos cajas de Royal Canin junior. Se dijo a sí misma que cada una de aquellas bestezuelas gastaba tres veces más que ella en alimentación. Pensándolo un poco, lo que tragaban era por lo menos tan repugnante como todos los platos precocinados de Findus o las marranadas chocolateadas con aceite de palma que se compraba ella. Sopesó por un instante la idea de volver a por el revólver y matarlos a todos, uno por uno. Mientras la imagen se dibujaba en su cabeza, comprendió que disparar a la pierna de Simon tenía más sentido que practicar la eutanasia con todos los cachorros del mundo. Con un gesto tierno, acarició el lomo de uno de ellos. Su pelaje era suave. El cachorro olisqueó sus dedos y hundió la nariz tibia y húmeda en su palma; luego estornudó dos veces, sin duda por culpa de los restos de olor a lejía. Con los ojos clavados en su pequeño, la madre gruñó. Émilie retiró la mano, salió, volvió a cerrar la jaula y se marchó cojeando hacia el cobertizo principal.

La caldera había hecho bien su trabajo. No quedaba nada. Retiró con unas pinzas la parte metálica del rastrillo, algunos botones y las pocas piezas del teléfono móvil que no se habían fundido. Lo metió todo en un saco de plástico, que enterró junto al montón de tejas rotas destinadas a estabilizar el camino en invierno, cuando las lluvias lo volvían impracticable.

Émilie volvió a la caravana y se desprendió de nuevo de su ropa. El chorro helado de la ducha dejó en blanco su mente y anestesió el dolor de su pierna. Alargó el placer hasta que la mordedura del frío hizo que le castañetearan los dientes. Salió al césped para secarse al sol, y luego volvió a entrar, puso en marcha el ventilador y se tendió sobre el colchón de la cama.

Volvió la cabeza y contempló un instante su silueta en el espejo del armario. El ángulo ocultaba su amputación. Vio un cuerpo esbelto, con músculos bastante marcados y un pecho firme. Se encontró bella. Eso la extrañó. Como si no pegara con los sucesos de la noche. Revolvió el cajón de la mesilla de noche en busca del par de pendientes de perlas cultivadas que había escondido allí. Captó una sonrisa fugaz en su reflejo. Lo atribuyó a la fatiga.

Sonó el teléfono. Émilie descolgó al cabo de un número incalculable de timbrazos.

La voz de Stéphane, el patrón, resonó en el auricular.

—¿Qué coño estabas haciendo?

Émilie volvió a sentarse, tranquila.

—¿Tú qué crees?

—¿Los cachorros están bien?

—Mierda, esperaba que me despertaras a las seis y media de la mañana para hablarme de mi futuro aumento o de las tres semanas de vacaciones pagadas que me debes este año.

Stéphane rio, burlón.

—¿Todo bien, entonces?

—Me pagas mal para eso, ¿verdad?

El jefe la llamaba desde su minúscula segunda residencia española al sur de la playa de la Concha, en San Sebastián. El señor y la señora se tostaban al sol en el reino de las sombrillas mientras Émilie alimentaba y cepillaba el pelo de los beneficios. Ellos no iban a volver antes de una decena de días, según lo previsto. Diez días... Émilie prefirió evitar proyectarse tan lejos en el tiempo. Cortó la conversación, deseó un: «Buen final de vacaciones», y colgó.

Se puso unas bragas, atrapó un vestido ligero en el colgador y volvió a colocarse su prótesis, mientras en el microondas se calentaba una sopa de sobre para el prisionero.

Émilie echó una ojeada por la mirilla de la puerta. Simon Diez estaba encogido en un rincón y no se movía. Tenía el torso desnudo. Su camisa blanca le servía ahora de venda improvisada. La tela teñida de escarlata le comprimía el músculo.

La herida le dolía.

Émilie conocía al detalle la naturaleza de su dolor.

Acarició sus pendientes con la punta de los dedos y se decidió a abrir la puerta. Simon se giró hacia ella. Vio de inmediato el arma en su mano derecha y empezó a gritar. Émilie se quedó parada en el umbral, a la espera de que se calmara un poco. Experimentaba un sentimiento de piedad mezclado con una sangre fría que la sorprendía. Una vocecilla interior le susurraba que olvidara la piedad y se guardara de la menor compasión.

Dijo:

—No sirve de nada gritar, nadie te va a oír. Estamos en el fin del mundo.

Simon quiso levantarse. Se apoyó en la pierna mala y se derrumbó con una mueca. Émilie dio un paso en su dirección.

—No te muevas.

Dejó un cesto a sus pies lleno a rebosar con un termo de sopa, un bol, una botella de agua, antisépticos y analgésicos de veterinaria, un rollo de venda elástica y una férula de plástico. Vio la muleta en mitad de la habitación. La recogió sin dejar de apuntar con el revólver a Simon, que la dejó hacer en silencio. Volvió a colocarse delante de la puerta.

—Eso no es nada.

Simon tenía la mirada febril. Sudaba mucho. Escupió en el suelo.

—¡Vete a tomar por culo!

Émilie conservó la calma.

—Relájate, todo va bien. La bala ha atravesado la pierna, y ha vuelto a salir.

—¿De qué coño hablas?

—Voy a explicarte cómo curar la herida.

Simon dirigió su mirada al termo durante una fracción de segundo.

Émilie empujó el cesto hacia él con ayuda de la muleta, con aire de mal humor. Detalló lo que contenía, y explicó la lista de las manipulaciones necesarias para colocar la férula de forma eficaz y para que la pierna

cicatrizara correctamente. Simon no la escuchaba. Rebuscaba en los rincones de su memoria. Examinaba los rasgos de Émilie en busca de indicios. Trataba de comprender lo que le estaba ocurriendo, por qué ella y por qué él. Émilie se dijo que él estaba ya en el buen camino.

Retrocedió.

—Deberías dormir un poco.

—Vete a tomar por culo.

Ella reprimió un bostezo. Pasó la mano por su pierna izquierda sin dejar de mirarlo. Lentamente. Para hacerle entender. Simon tuvo un sobresalto. Captaba las cosas deprisa. Émilie tuvo la impresión de haber notado el chasquido eléctrico cuando se formó en su cerebro el razonamiento lógico. Podía darle una pista o dejarle aún algún tiempo en la oscuridad. Optó por la primera solución.

—El accidente, ¿no te acuerdas? —dijo antes de cerrar la puerta.

Lo primero que vio Émilie al despertarse fue la bala incrustada en el listón de la cama.

Bostezó y estiró sus músculos doloridos por los esfuerzos de la noche anterior. El ventilador giraba a toda potencia, removiendo el aire caliente de la habitación.

Recolocó las almohadas y giró la cabeza para mirar la hora. Casi la una de la tarde. Cinco horas de sueño sin pesadillas. Émilie trató de acordarse de la última vez que le había ocurrido algo así. Por mucho que intentó ir atrás en el tiempo, no lo consiguió.

Se remontó todavía más lejos, sumergiéndose en el pasado.

Émilie había nacido el 22 de abril de 1976, en una clínica de la región. Su padre, André Boyer, era obrero agrícola, especializado en las plantaciones de bulbos. Trabajaba para una sociedad holandesa propietaria de un centenar de hectáreas en el departamento, que explotaba todo el año para cultivar bulbos de tulipanes y de narcisos principalmente, a fin de revenderlos después en el mercado al por mayor de Amsterdam. «Los bulbos viajeros», se divertía en repetir su padre. Las flores cruzaban las fronteras, libres como el aire. Su madre, Roselyne, trabajaba como señora de la limpieza en los centros de vacaciones y las segundas viviendas de los turistas ricos para poder llegar a fin de mes. Émilie era su única hija. Nunca habían tenido ni la ocasión ni los medios de descubrir el mundo, de seguir el camino de los bulbos o de los turistas ricos. Lo lamentaban un poco, pero: «Las cosas eran así, no tenían remedio».

El marco: Begaarts, cuatro mil doscientos habitantes, largas playas de arena fina, surf, sol, pinos, turistas y bares de tapas, en verano; soledad, paro, muerte programada de la escasa industria local e inactividad en invierno. Un rincón del paraíso.

Sus padres la habían animado a estudiar Enfermería. Un cáncer de la tiroides se llevó a su padre cuando Émilie estaba en el tercer curso. Su madre

le siguió dos meses más tarde. Alcohol y pastillas. No había dejado ningún mensaje, agobiada por un sentimiento de soledad inextinguible, exhausta de fuerzas. A Émilie le había costado tiempo aceptarlo, pero lo superó porque, en el fondo de sí misma, en aquel momento de su vida, podía comprenderlo.

Cuando tuvo el resultado de su examen final en el bolsillo, solicitó plaza en un hospital de los alrededores y fue aceptada. El argumento «chica de aquí» salió a relucir durante la entrevista de trabajo.

Aún recordaba aún las palabras de la responsable de personal:

—Entre nosotras, me parece formidable.

—¿El qué?

La mujer había sonreído a la pregunta.

—Que jóvenes como tú decidáis quedaros en el país.

Como Émilie la miraba sin comprender, la mujer había añadido:

—Para ganaros la vida aquí. En los tiempos que corren, os necesitamos

Émilie agachó finalmente la cabeza, más para obtener el puesto que por convicción. Sin embargo, ardía en deseos de preguntar a la mujer qué entendía ella por ese fatalista *en los tiempos que corren*. Montones de personas utilizaban la expresión como si no se dieran cuenta de lo que había en ella de incongruente, por no decir de estúpido. Los «tiempos» no corrían en aquel rincón, en realidad. Se estancaban más o menos, como si el curso de la historia no produjese ningún efecto sobre ellos. El ascensor social se había averiado, pero los hijos seguían alimentando las esperanzas de sus padres. Una inercia benévola, como una especie de capillita marinera plantada en la cima de una duna erosionada año tras año por el océano y que amenazaba con hundirse antes de ser engullida por las olas para siempre, a imagen de las casamatas cubiertas por la arena, vestigios del Muro del Atlántico, que se sucedían a lo largo de la costa.

Durante diez años, Émilie amó su trabajo.

Un empleo estable. Turnos de noche, turnos de día, partos, brazos rotos, suicidios fallidos, heridos leves, heridos graves, mujeres maltratadas, apendicitis, hernias discales, bebés enfermos. Nada la apasionaba tanto como sostener la mano de sus pacientes.

En la primavera de 2003, los 45 000 euros heredados de sus padres se convirtieron en la aportación inicial de su primera gran inversión. Émilie pidió cita a su asesor bancario y, seis meses más tarde, se mudó a un apartamento comprado a crédito en la primera planta de un edificio

residencial de Begaarts-Playa. Todos los días, *footing* en la playa; miércoles y sábados, curso de surf; mojito en alguna terraza, durante la temporada; paseos para admirar las villas suntuosas de la costa al volante de su Clio Diesel, comprado de ocasión; los domingos por la tarde un tío de vez en cuando, de más edad que ella con frecuencia; dos tíos a la vez, una noche. Con algunos detalles de más y de menos, la vida de Émilie se parecía a la que siempre había soñado.

Hasta el accidente de coche, el día en que cumplía treinta y cinco años.

Hasta Simon Diez.

Los ladridos junto a la verja de entrada acabaron por arrancar a Émilie de la cama. Se vistió a toda prisa y salió al césped justo en el momento en que el coche del cartero se alejaba. El perro volvió hacia ella meneando la cola. Émilie le acarició el lomo y volvió a entrar para servirse un vaso de agua del grifo; luego se dedicó a su rutina diaria de estiramientos.

El timbre del teléfono la interrumpió tres veces. Dos fueron encargos de perros de caza, que prometió comunicar a su jefe en cuanto volviera de las vacaciones. Despachó al tercer interlocutor, agente comercial de una gran firma alemana de comida para perros, y se reprimió para no añadir *in extremis* que aquel muy pronto ya no sería su problema antes de cortar la comunicación.

Cuando hubo terminado, se ocupó de extraer la bala, en su habitación, y de tirarla luego en pleno bosque, en el centro de un macizo de helechos, a un centenar de metros de la caravana.

Durante ese tiempo, reflexionó sobre la lista de los temas que deseaba abordar con Simon Diez. Era como un disco de 33 revoluciones rayado. Se esforzaba en no olvidar nada repitiéndose los puntos importantes, pero cada nueva pregunta eliminaba la precedente. Cuanto más ahondaba, más se enredaba su mente. Lo vio todo rojo. Se centró como pudo en los aspectos prácticos para no desvariar. Evaluó las dificultades que no dejaría de suscitar la ausencia de Simon en el trabajo, esa mañana y los días sucesivos. La cuestión era: ¿cuánto tiempo tardaría el silvicultor que le había contratado cuatro años antes en denunciar su desaparición? Émilie no conocía la naturaleza de sus relaciones y, a decir verdad, lo ignoraba casi todo de la historia de Simon. Sabía que no había ninguna amiguita, solo conocidos, compañeros de trabajo, tal vez una cita profesional o incluso el cumpleaños de un pariente próximo. Más preguntas que añadir a la lista. Se reprochó haber destruido su móvil sin tomarse el trabajo de echar una ojeada a la lista de las llamadas recibidas y efectuadas, pero era demasiado tarde para pensar

en ello.

Por fin, se dijo que ya había hecho lo más duro. Ahora, los dados estaban echados.

Simon la esperaba.

Cuando Émilie entró, él estaba sentado, con la espalda apoyada en la pared frente a la puerta. Había desgarrado su pantalón en la parte alta del muslo, del lado de la herida, y exhibía un gran vendaje. El termo estaba volcado y abierto, en el otro extremo de la estancia, junto a la férula de plástico.

Simon dijo:

—Émilie Boyer.

—Bingo.

—Eras enfermera, ¿no?

Hizo un gesto con el brazo para abarcar el lugar donde se encontraban: la perrera. El sobreentendido: ¿cómo es posible caer tan bajo? Émilie lo miró sin responder. La voz de Simon temblaba.

—La primera vez que te vi fue el día del accidente. Tenías la cara hinchada y había sangre por todas partes. Luego leí tu nombre en los diarios, y nos hemos encontrado varias veces, estos últimos meses en el bar-estanco del centro, pero no te reconocí.

—Lo sé.

—No encontré la relación.

—¿Creías que había muerto?

—No, pensaba que tú...

Simon vaciló. Su mirada hizo varias veces el trayecto de ida y vuelta entre Émilie y el revólver que ella mantenía apuntado a su pecho.

—De hecho, pasé a otras cosas —dijo finalmente—. Lo olvidé.

Émilie bajó brevemente la mirada a su prótesis.

—¿Lo olvidaste?

—Sí.

—¿Cómo se puede olvidar una cosa así?

—No lo sé. Lo hice, eso es todo. Era... era preferible, creo.

Hizo una pausa antes de añadir:

—Lo siento.

El ritmo cardiaco de Émilie se disparó sin que ella pudiera frenarlo. Su mano se crispó sobre la culata del arma. Simon se dio cuenta. Émilie le vio buscar las palabras, al tiempo que lanzaba miradas llenas de pánico en dirección al arma. Ella tuvo que salir precipitadamente y tardó varios minutos en controlar su cólera. Se enfadó consigo misma. Cuando volvió a la habitación, Simon estaba reptando para acercarse a la puerta. Se detuvo enseguida y no se movió más, boca abajo sobre el cemento, el rostro vuelto hacia ella.

Émilie se le acercó y le puso el cañón del arma en la nuca.

—Me tomas por una loca, ¿verdad?

Simon retrocedió. Émilie le siguió, sin dejar de apuntarle con el arma.

—Ligo contigo, te traigo aquí, y luego te disparo y te encierro. Hay motivos para pensarlo, ¿no?

Simon se quedó quieto y cerró los ojos. Émilie apartó el revólver y retrocedió. Simon volvió a abrir los ojos y resopló ruidosamente.

Émilie tragó saliva.

—No entiendo nada de lo que pasa con nosotros. ¿Qué es lo que he hecho mal? ¿Cuándo la he cagado? En la época en que fui enfermera, adoraba las fiestas. Iba a clases de baile. Lo hacía bien, ¿sabes? Muy bien. Oh, por supuesto era demasiado vieja para empezar una auténtica carrera, pero me hice un sitio en algunos espectáculos de la región. A veces actuaba en clubes nocturnos o en cabarés de la costa, en verano. Leía la prensa, también, todos los días, tanto para estar al corriente de lo que pasaba en el mundo como para comprender dónde estaba mi lugar. Creí haberlo encontrado, pero después del accidente y la amputación, nada fue igual. Se hizo demasiado duro. Lo peor era que yo no sabía por qué. Ya no podía bailar, evidentemente, pero en realidad encajé bien el contratiempo; no era ese el problema. Cuando tenía delante a un herido me venían náuseas. Era incapaz de leer los periódicos, la más mínima mala noticia me ponía enferma. Incluso los libros me superaban. Tenía miedo. Por primera vez en mi vida todo me daba miedo. Me perseguían las imágenes del accidente, pero lo peor fue precisamente darme cuenta de que todo lo que había hecho por los demás durante diez años, mi trabajo, no había cambiado nada. Ni para mí, ni para ellos. Todos esos años no tenían ningún sentido. Pasaron como el viento. Como el cáncer de mi padre o el suicidio de mi madre.

Simon se irguió a fuerza de brazos y se sentó, al precio de un violento

esfuerzo.

—¿Cambiado?

—Sí, cambiado cosas a mi pequeña escala, para sacar las lecciones de mis errores, para avanzar.

Émilie bajó el arma a lo largo de su pierna buena.

—Aquel 22 de abril de 2011, cuando me embestiste con tu puta *pick-up*, yo era feliz.

—No iba a mucha velocidad.

—Lo sé.

—Habías bebido, entraste sin mirar en la departamental por la que circulaba yo, no pude evitarte.

—Lo sé.

—No fui acusado de nada.

Émilie volvió a apuntarle con el arma y gritó con todas sus fuerzas:

—¡LO SÉ!

Simon tenía la respiración jadeante. Las lágrimas inundaron sus mejillas.

—Entonces, ¿por qué yo?

Émilie explotó:

—¿Por qué tú? ¿Por qué tú, maldita sea? ¿Bromeas? ¡Mierda, esa es la pregunta que me hago yo desde el principio! ¡Por qué yo, tuve ese accidente! ¡Por qué yo, me encontré con la pierna hecha papilla!

Se abalanzó sobre Simon. Él se protegió la cara con los dos brazos, chillando. Ella le golpeó en los hombros y en la espalda.

—¡Por qué yo, me tragué ocho meses de reeducación, atada a un arnés, con pañales porque me cagaba en las bragas, como un chiquillo incontinente de cuatro meses!

Le golpeó la pierna derecha con la culata del arma. Él chilló. Ella le gritó:

—¡Por qué yo, vivo en esta caravana de mierda!

Le golpeó en la sien y en la pierna izquierda. Él chilló más fuerte, retrocedió arrastrándose sobre la espalda para resguardarse de los golpes. Ella avanzó al mismo tiempo, y le golpeó y chilló todavía más fuerte.

—¡Por qué yo, todos los días, desde hace cuatro años, busco aún mi pierna izquierda porque tengo la impresión de que mi pantorrilla o mi pie me hacen cosquillas hasta volverme loca!

Simon se encogió cuando ella alzó otra vez el brazo para golpearlo.

Gritó, un poco más alto todavía:

—¡Yo no tengo la culpa!

Émilie interrumpió su gesto.

—Lo sé.

Su voz se ahogó.

—Ocurrió, eso fue todo. Ni tú ni yo pudimos evitarlo.

Simon gimió.

—¿Qué hago yo aquí, entonces?

Émilie abrió la boca para responder, pero no se le ocurrió nada. Retrocedió y se pegó a la puerta, jadeante. Una vaharada de angustia la asaltó sin que consiguiera rechazarla. Su campo visual se oscureció hasta convertirse en un gigantesco agujero negro. Alzó el arma al frente. El revólver pesaba una tonelada en sus manos. Simon vio el gesto y creyó que había llegado su hora. Le suplicó que lo perdonara. Su doble fantasmal le susurraba, en cambio: «¡Mátame! ¡Mátame!». Una ínfima parte de ella misma le prometía el infierno si se dejaba arrastrar. Émilie se aferró a ella con todas sus fuerzas porque sabía que matar a Simon dejaría todas sus preguntas sin respuesta. Tanto luchó, y tan bien, que entrevió una luz. No apartó los ojos de ella hasta que la oscuridad desapareció por fin.

Respiró a fondo, llenando sus pulmones de aire.

—Alguien tiene que escucharme.

Sacó de su bolsillo una caja de sedantes para perros, volcó tres comprimidos blancos en el hueco de su mano y los hizo rodar por el suelo de cemento en dirección a Simon.

—Recógelos.

—¿Qué es eso?

Ella mintió:

—Analgésicos.

Él sacudió la cabeza.

—Déjame salir.

—¡Tráгатelos!

Agitó el revólver. Simon se resignó. Reptó para alcanzar los comprimidos. Se los tragó uno a uno. Cada gesto, cada deglución le provocó una mueca de dolor. Para más seguridad, Émilie dio vía libre a su paranoia interior. Exigió a Simon que abriera la boca para comprobar que no simulaba. Lo inspeccionó a una respetable distancia. Después le ordenó que se tendiera boca abajo y no se moviera lo más mínimo. Hubo una nueva serie de movimientos, de una

lentitud exasperante.

Los sedantes hicieron su tarea. Émilie conocía su eficacia. Volvió a la puerta, se apoyó en ella y esperó con paciencia a que las moléculas químicas actuaran. Unos diez minutos, todo lo más; una inyección habría sido más rápida, pero no quería correr ningún riesgo.

Cuando Simon quedó inconsciente, ella lo desnudó. Estaba allí, vulnerable, a su merced. Émilie posó la mano sobre su torso. La invadió un sentimiento de poder. Se distrajo un instante en examinar su cuerpo. Lo enjuto de la musculatura le hizo pensar en los staffordshire terriers que su patrón adiestraba ilegalmente para atacar, por encargo de algunos clientes preocupados por proteger sus propiedades. Así desnudo, el hombre le recordaba a aquel actor macizo cuyo nombre había olvidado, el protagonista de *Bullhead*. Belleza en bruto. Como él, Simon parecía tallado en un bloque de granito. Una antigua cicatriz vertical de un palmo de largo le cruzaba el abdomen, y había numerosas huellas de cortes en los brazos y las tibias. A diferencia del héroe de la película, los sedantes habían provocado en Simon una erección que no dejaba lugar a dudas sobre su virilidad. Nada que no fuera estúpidamente mecánico. Émilie no pudo dejar de pensar que en otras circunstancias, en otro tiempo ya desaparecido, Simon era el tipo de hombre al que le habría gustado de veras seducir. Luego rehízo el argumento de *Bullhead* al revés, en particular la escena en que el héroe, aún niño, era castrado a golpes con una piedra por un joven retrasado mental. Se preguntó qué habría pasado de haber disparado un poco más arriba y al centro.

O, mejor aún, si hubiese sido la polla de él, y no la pierna de ella, lo que hubiese resultado aplastado en el accidente de coche, cuatro años antes.

Imágenes confusas de aquella noche volvieron a su mente: el olor a sangre y gasolina, la sirena de los bomberos, la voz del sanitario que le hablaba sin parar para que ella no perdiera el conocimiento, *¡No se duerma, señorita! ¡Escúcheme!* El sufrimiento inaudito que ascendía de la parte baja de su cuerpo, y el deseo profundo de dejarse ir, de adormecerse para que el dolor cesara de una vez y para siempre. Émilie alargó maquinalmente la mano para rascarse la pierna izquierda. El contacto de la prótesis bajo el pantalón le produjo el efecto de una inyección de realidad. Se insultó a sí misma antes de ponerse de nuevo al trabajo.

El grito enloquecedor de la sirena de los bomberos no había desaparecido, sin embargo.

A menos que se tratara del aullido de un perro.

Émilie le arrancó el vendaje y se aseguró de que las heridas de entrada y de salida de la bala no estuvieran infectadas. El fémur estaba intacto, el proyectil ni siquiera lo había rozado. Había algunos destrozos dolorosos, pero mínimos. Simon se recuperaría bien. Con ayuda de una pinza estéril, retiró después los fragmentos de tejido muscular quemados o desgarrados. Finalmente, aplicó Betadine en las heridas, colocó una nueva venda y fijó la férula de modo que minimizara la tensión en los músculos.

Una sonrisa de éxtasis se insinuó en los labios de Simon.

—¿Has visto lo bien que me ocupo de ti? —le espetó ella al salir de la habitación.

En las horas siguientes, Émilie se dedicó a sus ocupaciones cotidianas de jardinería como una perfecta zombi.

Su memoria automática de empleada modelo se ocupó de los aspectos prácticos.

Estableció mentalmente una lista de las prioridades del día y se puso al trabajo con el ardor de una neófita.

Empezó por cuidar la diarrea de un joven münsterlander de seis meses. El animal era demasiado tragón y se atiborraba con las croquetas de los otros cuatro habitantes de su jaula. Se le estaban vaciando las tripas desde hacía tres días. Régimen draconiano y aislamiento sin demasiada severidad. Émilie debía además verificar que el cachorro se hidratara bien, y pasar la manguera a presión Kärcher por su jaula para evitar que se revolcara en sus propios excrementos, lo que habría exigido el doble de trabajo. Luego tuvo que separar a dos spaniels que se peleaban. El más agresivo intentó morderla cuando entró en el recinto. Recibió en el morro una descarga ligera de la pistola Taser, que lo calmó. Una vez en la jaula de aislamiento, se atrevió a emitir un ladrido de protesta. ¿Pedía más? Bastó que Émilie le colocara bajo la nariz la pistola de impulsos eléctricos, sin llegar a accionarla, para que corriera a refugiarse en un rincón lloriqueando de canguelo, con la cola entre las patas.

La semana siguiente, un transportista de Labenne debía entregar seiscientos metros de cerca, el triple en rollos de alambre espinoso y algo más de doscientas estacas de pino desbastado. Émilie tenía que encontrar un lugar donde guardar ese material. Ignoraba dónde estaría al cabo de una semana, pero evitó pensar en ello. Se decidió por el cobertizo principal. Abrió las puertas correderas y puso en marcha la carretilla elevadora. La máquina soltaba un humo negro, los pistones chirriaban por falta de engrase, el ruido era insoportable. Empleó las últimas horas de la tarde en retirar cartones, palés, sacos y otros trastos para hacer sitio. Émilie tenía que estar alerta de

forma permanente, porque los pensamientos mórbidos la hacían desvariar y le retorcían el vientre.

Hacia las siete de la tarde, cuando cada músculo de su cuerpo, cada tendón, cada fibra de su pierna amputada le pedían a gritos que se acostara allí mismo, en el suelo, se dedicó a poner al día la contabilidad. Todo un programa: clasificación de las facturas, el IVA, inventario de cuidados programados para el día siguiente, gráficas de crecimiento, estado de los *stocks* y tablas Excel.

Encendió el PC del despacho y esperó pacientemente a que surgiera del ordenador la sintonía estridente de Windows 7 y apareciera la señal del inicio.

Tenía la cabeza en otra parte, absorbida por entero en repasar su propia historia. Era como el gato encerrado en el experimento de Schrödinger. Muerta y viva a la vez en su perrera. Muerta, viva y observadora de su propio estado de muerta-viva.

Émilie ya no pensaba en los perros, en los pelos de perro, en la caca de perro, en los ladridos de perro. Estaba lejos, muy lejos, en su máquina de remontar los meses y los años.

No dormía, pero tampoco estaba despierta.

No conseguía ya hacer el vacío.

Su única obsesión: pasar y repasar de nuevo los más nimios detalles de los cuatro últimos años, en su banco de datos mental.

Seis meses después del accidente, la dirección del hospital propuso a Émilie reintegrarse a su puesto, introduciendo algunos cambios en sus tareas y su empleo del tiempo. La soledad le pesaba. Las sesiones de fisioterapia y los repetitivos programas de televisión la volvían loca. Aceptó aliviada, una vez finalizada su reeducación.

Sus antiguos colegas la recibieron con los brazos abiertos. El seguro de enfermedad le pagó una pierna artificial. Revendió su apartamento y alquiló uno más grande en el segundo piso con ascensor de un edificio pequeño del centro. De su bolsillo, se costeó unos cursos particulares de yoga y de *fitness*. El ejercicio y la reanudación del trabajo le sentaron de maravilla. Se permitió a sí misma una salida a la semana. Recuperó algunos contactos. Apretó los dientes cuando le pidieron sus primeras horas extra. Adelgazó. Luego enflaqueció. Lo achacó al cambio de modo de vida, y perseveró. Negoció una reorganización de sus obligaciones, pero en esta ocasión Recursos Humanos se mostró menos flexible.

El nuevo estatuto de Émilie era el de trabajador discapacitado. Y en trabajador discapacitado daban mucha más importancia al primer término que al segundo.

Primero la sermonearon sobre sus derechos y sus deberes.

Cuando Émilie multiplicó los pequeños errores, a menudo por falta de organización, le hablaron de estrés, de dificultades de adaptación y de la posibilidad de una reorientación de sus tareas.

También entonces, Émilie aguantó.

Renunció a los desplazamientos en transporte público por sus horarios inverosímiles, y se compró un Renault Twingo de segunda mano.

Una noche, de vuelta a casa, se adormeció al volante y estuvo a punto de chocar con un poste de teléfonos. Al día siguiente, su médico generalista le prescribió baja por enfermedad y ansiolíticos, y la remitió a un especialista de Bayona.

El *leitmotiv* de este fue el de un síndrome de agotamiento profesional. No quería oír hablar ni del accidente de tráfico ni de la prótesis. Hizo pasar a Émilie el test MIB llamado test de Maslach en veintidós frases y midió su ansiedad en la escala de Hamilton. Sin el menor sentido clínico. Únicamente cifras y palabras clave. Émilie se salió en las dos escalas. La primera reveló incluso indicios de despersonalización, en el sentido de pérdida de empatía.

¡Victoria!

Oficialmente, Émilie estaba en *burnout*.^[1]

Amputada, discapacitada y estresada.

¡*Champagne!*

La dolencia estaba clasificada en el gran catálogo de inventos de la industria del siglo XXI, como una variante del síndrome de estrés postraumático de los soldados americanos que habían vuelto a su país desde Irak o desde Afganistán. A principios de 2012 se incluía en ocasiones, de forma pionera, el síndrome del *burnout* entre las enfermedades profesionales indemnizadas por la Seguridad Social. En la sala de las enfermeras, todo el mundo comentó la novedad.

Émilie volvió al hospital una segunda vez. Sus colegas murmuraban a su paso:

—¡Está quemada, la pobre!

Los internos que apostaban habitualmente sobre el color de sus bragas y que se preguntaban entre ellos si su amputación habría aumentado, de manera inversamente proporcional, su libido, entonaron a coro el nuevo eslogan.

—¡*Quemada, quemada!*

En sus bocas, sonaba como una enfermedad económicamente modificada. El *burnout* significaba a la vez: marginada, abroncada, inútil, fea y no deseable. El conjunto de esos calificativos le recordaba hasta qué punto era una discapacitada, no apta para el trabajo, no apta para la carrera pedestre, no apta para los pequeños convites entre amigos, no apta para la risa y, como colofón, no apta para follar. Émilie recurrió a una segunda baja. Volvió sin embargo al trabajo dos meses más tarde. Los murmullos se tornaron en reproches silenciosos. Incluso los pacientes la miraban de una forma extraña. A la tercera baja, Émilie tiró la toalla y pidió el finiquito.

Devolvió las llaves de su apartamento y encontró un estudio, más pequeño, en una residencia para personas discapacitadas. Treinta y cinco metros

cuadrados en una planta baja, discreción garantizada. Fueron sus nuevos vecinos, la mayoría de ellos en silla de ruedas por discapacidades motoras graves, quienes la informaron de aquella oferta de empleo en una perrera especializada en la cría de perros de caza.

Émilie tenía que ganarse la vida.

Negándose a sí misma el incendio que la arrasaba por dentro, se aferró a la idea de sobrevivir. La palabra «desclasamiento» ni siquiera se le ocurrió. Émilie era combativa. Quería a los animales por lo menos tanto como a los hombres. En los tiempos que corrían, los perros se convirtieron en sus mejores amigos.

La perrera representaba una segunda oportunidad.

Émilie puso en ella todo son corazón.

Su nuevo jefe le pagó una formación acelerada. ¡Ah, el mundo masculino de la caza a la tórtola y al zorzal! Hombres, hombres auténticos, enamorados de los animales, de la naturaleza a las primeras luces del sol, de los Range Rover y de las codornices rellenas con *foie-gras* de pato y uvas blancas. Émilie aprendió además todo lo que es posible saber sobre los perros, a saber: sus manías, debilidades, mordeduras, problemas gástricos, pelajes, espontaneidad, fidelidad, infidelidades. Su trabajo era físico. Limpieza de las jaulas, adiestramiento, reparación de los barrotes deteriorados, adecentamiento de los espacios verdes, tareas de mantenimiento diversas y variadas. El ejercicio le reafirmó las carnes, esculpió los músculos de sus brazos y de sus muslos, le mostró los beneficios reparadores del sueño y de las bromas salaces, y las virtudes de madrugar, de las manos palpando su culo y de los horarios fijos.

No se aisló del mundo, sin embargo; por lo menos, aún no.

Émilie acababa de soplar las treinta y seis velas de su pastel de cumpleaños. No se privó de nada. Con su primera paga, se regaló un abono de un año al Vituperia, el único club nocturno de los alrededores abierto todo el año. Allí descubrió el poder de su prótesis.

El objeto ejercía una fascinación extraña.

Sobre los hombres en primer lugar, porque, pasado el efecto sorpresa, ya no podían apartar la mirada, como hechizados, y se transformaban en hienas

que, al tropezar con el cadáver de un animal, empezaban a salivar al imaginar su futuro festín. Querían tocarla, era más fuerte que ellos. A pesar de la amiguita que sorbía un cóctel en el bar, de la esposa que les esperaba en casa, o de los colegas que se burlaban de ellos, sentían la necesidad de tocarla.

Sobre ella misma, también. Oh, por supuesto, la mayor parte del tiempo su relación con aquel pedazo de metal y de plástico se reducía a una serie de roces y frotamientos. El dolor, que oscilaba entre el simple hormigueo y lo intolerable, era una especie de reacción física, algo así como una resaca difusa y permanente. Por regla general, ella olvidaba incluso su existencia. Los límites de su propio cuerpo se localizaban a medio muslo. En cuanto al resto... bueno, el resto le resultaba tan extraño como un pendiente molesto o unos pantalones tejanos demasiado apretados.

Salvo cuando bailaba en el Vituperia.

¡Coño, entonces sí! Cuando bailaba, tenía lugar una alquimia imposible. Carne y prótesis se fusionaban para que ella se metamorfoseara en diosa. Lo olvidaba todo: el accidente, el dolor permanente, el haberse quemado con el trabajo, la caravana destartada donde iba a dormir cuando estaba demasiado agotada para volver a su casa, el Staffordshire adiestrado para matar que se había escapado el día anterior. Ya no existía nada más que aquella nueva identidad, de una belleza inaudita, evolucionando al ritmo de los bajos. La antigua Émilie había desaparecido para siempre. Aparte de ella, nadie podía entenderlo.

Émilie, sola en medio de la pista de baile, con su prótesis.

Se acordaba del primer tipo al que autorizó a tocar su pierna artificial. Fue en una velada tórrida, la discoteca estaba abarrotada. Lo eligió porque pensaba en los meses de abstinencia, y en que él tenía diez años menos que ella. No intentó averiguar quién era, ni por qué se interesaba por una amputada. Cuando él empezó a desplegar su plan de seducción posadolescente sobre la pista de baile, ella se le arrimó y le susurró al oído:

—¿Follamos?

El tipo abrió los ojos de par en par. No se atrevía a creer en su suerte. Lanzó una mirada confusa a su alrededor.

Preguntó:

—¿Ahora?

Émilie alzó los ojos al cielo.

—¿Tienes coche?

—Sí.

—Entonces, sígueme.

Lo arrastró de inmediato hasta el aparcamiento. Allí, lo abrazó y, con la mano izquierda, le acarició el sexo a través del pantalón. Él olía a sudor y a *aftershave* barato. Ella no le dejó tiempo para recuperar el aliento.

Señaló hacia la masa de vehículos aparcados en estrella alrededor de la discoteca:

—¿Cuál es?

—El Mégane negro, al fondo, debajo del pino grueso.

—Es de tu padre, ¿verdad?

—De mi madre.

Émilie soltó la carcajada. La pureza de su risa eliminó la sospecha de burla y de condescendencia que suponía su pregunta. El tipo sintió que le crecían alas. Pasó el brazo alrededor de las caderas de ella, le hizo dar un paso de baile y la condujo al asiento trasero del coche. Émilie se quitó las bragas, se arremangó el vestido hasta la cintura y se sentó a horcajadas sobre él.

Los ojos del chico se le salían de las órbitas, perdió el control de la respiración. Los ecos de los bajos que se escapaban de la discoteca les envolvían en un estuche sonoro algodónoso. Émilie le mostró su prótesis y le enseñó cómo desenganchar el mecanismo.

Murmuró:

—Para ti, guapo, solo para ti.

Evidentemente, no intentó volver a verlo. En el momento de la despedida, al tiempo que se reajustaba el vestido, le tendió sus bragas, con aire solemne.

Le dijo:

—Recuerdo de una discapacitada.

Luego se echó a reír, volvió a ajustarse su prótesis, salió del Mégane de mamá y regresó al baile.

Durante los dos años siguientes hubo otros. Ahora que estaba ahí, plantada delante de su escritorio introduciendo cifras en el ordenador, Émilie se daba cuenta de que habían sido un paquete enorme, los suficientes en todo caso para hacer imposible una contabilidad exacta y para que olvidara sus rostros o el vigor de sus proezas en la cama. Se llevó a algunos a su casa. La mayoría

no pasó de la puerta del aparcamiento del club nocturno. Más o menos jóvenes, más o menos cachas. Con más o menos regularidad, también. No todos los hombres fantaseaban sobre su prótesis, algunos la trataron realmente como una discapacitada. Una noche, uno de ellos, más cabrón que los otros, tuvo incluso el cuajo de decírselo. Ella lo abofeteó, y él se lo tomó muy mal. Más tarde, al cerrar la puerta de su apartamento, ella se deshizo en lágrimas. Tardó semanas en superar la afrenta. Se centró de nuevo en su trabajo, y solo despegó los labios para llamar a los perros en el momento de la comida o para insultar a su patrón en cuanto este se marchaba.

Cuando se hartó de dar vueltas en redondo y de deambular por ahí sin la prótesis, colgada de sus muletas, se tomó un día libre, se encerró en su casa, se maquilló, se puso su vestido ceñido más corto, de modo que nada quedara disimulado, ni de su anatomía ni de su amputación, anudó una cinta de seda roja alrededor de su prótesis, y se largó al Vituperia.

La conoció aquella noche.

La mujer se llamaba Isabelle. Vestía una falda plisada y parecía atornillada a su asiento, al borde de la pista, mirando bailar a sus amigas. Su piel era suave y tenía los dedos más ágiles que Émilie hubiera visto jamás. En cierta forma, si Simon Diez estaba hoy encerrado en ese cobertizo, con una venda alrededor del muslo, era por ella.

[1]. *Occupational burnout*: Síndrome de desgaste profesional. (N. de la E.)

Émilie ajustó el aparato de radio y subió el volumen. La música absorbió el estruendo de sus recuerdos y los ladridos excitados de los inquilinos de la perrera. Tragó un analgésico para reforzar la sensación de silencio y masajé mucho rato el muñón de su pierna amputada con árnica.

Hacia las ocho y media de la tarde, se sirvió un bol de cereales con frutos secos que no terminó, desanimada por la acidez de la leche. El tretrabrik llevaba sin duda demasiado tiempo en la nevera. Intentó acordarse de cuándo lo había abierto, pero desechó la idea.

Cambió de emisora y dio con France Info. Encendió un cigarrillo y se dejó caer en el taburete de la cocina exhalando anillos de humo. *Flash*. La sonda americana New Horizon hacía honor a su nombre. Después de pasearse durante nueve años y medio por el vacío intersidereal, efectuaba un «breve sobrevuelo» de Plutón, a unos siete mil millones de kilómetros del nido de mierdas de Émilie. Como para sentir vértigo. ¡Gran noticia! La voz del periodista anunció con una mezcla de orgullo y de solemnidad la condena del antiguo contable de Auschwitz, un tal Oskar Gröning, a cuatro años de prisión en firme por «complicidad» en el asesinato de trescientos mil judíos. La mala noticia era que aquel vejestorio tenía noventa y cuatro años y no iba a ser encarcelado. La siguiente información interrumpió las lamentaciones del abogado de Gröning, sin ninguna forma de transición. Alucinante: un tipo de la edad de Émilie acababa de ser condenado a seis meses de cárcel por haber filmado en la ducha a las turistas extranjeras a las que alojaba en su sofá-cama de la web Couchsurfing.

Émilie subió el sonido y cambió de posición para oír mejor.

El mirón había hecho un agujero en el armario empotrado de su habitación, y desde allí acechaba y filmaba a sus jóvenes huéspedes en la ducha. Detalle astuto: vertía ácido clorhídrico en el gel de la ducha y en las braguitas de ellas para poder prolongar sus pequeñas sesiones de observación clandestina. Quería que las chicas se ducharan más rato y que se frotaran intensamente el

sexo para eliminar el producto. Aquello lo excitaba al máximo. En su defensa, invocaba los horrores de un traumatismo infantil y las faldas demasiado cortas de su maestra de Primaria. Émilie aspiró perpleja el humo de su JPS. ¿Cómo había sabido el tipo lo del ácido? ¿Se lo había pasado él mismo por los genitales para ver el efecto que hacía, o fue su maestra de Primaria la que se lo enseñó? ¡Puto tarado! ¡Qué había podido descarrilar dentro de su cabeza para que germinara allí la idea de semejante plan de mierda!

Al caer la noche visitó a su prisionero, que dormía con los puños cerrados. Estimó que los somníferos lo mantendrían en ese estado todavía algunas horas. Colocó junto a él un paquete con una rebanada de pan de hogaza y una lata de atún en escabeche, por si tenía hambre al despertarse. Retiró el vendaje y lo olfateó, como hacía con los de los perros heridos, para asegurarse de que las llagas no se infectaban. Una vez tranquilizada, se sentó para dar descanso a su pierna. La respiración de Simon era tranquila y regular. En algunos momentos, parecía estar sufriendo pesadillas. Fruncía las cejas, sus globos oculares se movían bajo los párpados, sus labios temblaban, sus rasgos se crispaban, y luego, apenas un instante después, volvían a relajarse. Émilie se preguntó si, antes de que ella lo conociera, sería del tipo de los que vierten ácido clorhídrico en las braguitas de las mujeres con las que se acuestan. Sonrió al imaginarlo, febril y sofocado, diluyendo su ácido, con la esperanza de darse un buen meneo.

Le acarició la frente.

—Que tengas bonitos sueños, Simon Diez.

Extrajo el paquete de JPS del bolsillo de su blusa y fumó un buen rato, mirándolo, antes de irse a acostar.

Émilie cepillaba el pelaje de un labrador enfermizo cuando sonó el timbre de la entrada. Asomó la cabeza por encima de la reja y vio el techo rematado por un girofaro de un vehículo de la gendarmería. Sin dejarse arrastrar por el pánico, aferró sus muletas, volvió a la caravana y echó una ojeada al reloj.

07:33.

El timbre sonó de nuevo mientras ella se refrescaba la cara bajo el grifo.

Levantó la cabeza.

—¿Qué querrán de mí estos capullos?

Sintió por un instante la tentación de escapar por la parte de atrás. Buscó con los ojos su prótesis. Se había caído sobre el linóleo, en un rincón. Émilie fue hasta la mesa de formica dando saltitos, se agarró con una mano al montante de la puerta y se inclinó para recogerla. Cambió de idea, volvió a dejarla donde estaba, tomó sus muletas y se dirigió a la verja de entrada.

Los gendarmes eran dos. El primero tenía cierta prestancia varonil: hombros cuadrados, nariz fina, mandíbula ligeramente saliente. La insignia bordada en su guerrera color azul marino decía que era un oficial de la policía judicial. Tenía un clasificador negro en la mano, y un dedo en el botón del timbre. Él era el jefe. Émilie lo conocía de vista. El segundo, más joven, se balanceaba alternando la carga del cuerpo de un pie al otro, dos metros más atrás, mientras miraba con insistencia el espacio vacío que habría debido ocupar la pierna izquierda de Émilie. Ella fingió no darse cuenta. Accionó el mecanismo automático que desbloqueaba la puerta y esta se deslizó a un lado.

No las tenía todas consigo.

—¿Qué se les ofrece, señores?

El jefe se tomó su tiempo. Abrió su clasificador, volvió a cerrarlo.

Preguntó:

—¿Es usted la propietaria?

Émilie inclinó la cabeza.

—Si es al dueño a quien quiere ver, está de vacaciones desde hace una semana. No volverá antes de diez días.

El poli volvió a abrir su clasificador, con aire de suficiencia. Finalmente extrajo de él la fotocopia plastificada de una foto, que tendió a Émilie. Ella jugó a hacerse la discapacitada. Con un gesto torpe, tomó sus muletas con una sola mano, y con la otra la foto. No se inmutó cuando reconoció a Simon. Durante toda la operación, el poli no apartó la vista de ella.

Dijo:

—¿Lo conoce usted?

Émilie observó los rasgos de Simon durante un tiempo que le pareció razonable, y le devolvió la foto sacudiendo la cabeza.

—Nunca le he visto.

—Se llama Simon Diez.

Émilie simuló sorpresa y se enderezó sobre sus dos muletas sin prisas, a fin

de que el poli tomara plena conciencia de su hándicap físico y de su escote, y la dejara en paz de una vez. El oficial captó el mensaje pero sacó la conclusión errónea y siguió con su retahíla, articulando las palabras como si hablara a una retrasada.

—El hombre de la foto es un obrero forestal. Trabaja para una sociedad de por aquí, el edificio que está al lado de la antigua serrería que hace ángulo con la carretera de Begaarts, a unos dos kilómetros.

—Sí, sé dónde es, más o menos.

¡Ya puedes apostar a que lo sabía! Había espiado a Simon tantas veces a la salida de la empresa que conocía todos los rincones, así como los horarios de cada trabajador. Una noche, llegó incluso a introducirse en el recinto de la empresa por un agujero de la alambrada en la parte de atrás, que daba a un maizal. Esperaba conseguir información sobre Simon entre los papeles de su jefe, hojas de salario, primas, *curriculum vitae*, número de la Seguridad Social, esa clase de cosas. Su pequeña expedición de espía aficionada se frustró cuando apareció un pastor alemán.

El poli consultó a su colega con la mirada. El otro había dejado de balancearse. Ahora se ocupaba en anotar en un bloc el número de teléfono móvil que figuraba en el letrero colocado sobre la verja de entrada.

Émilie no perdió detalle de sus manejos. Se preguntó si los dos gendarmes habrían encontrado ya la relación entre la desaparición de Simon Diez y el accidente de tráfico en el que se había visto implicado. A menos que Simon tuviera una ficha más larga que el brazo, la información no podía tardar mucho en remontar a la superficie. Ese tipo de coincidencia intrigaba siempre a las mentes retorcidas. ¿Habían venido aquí por casualidad, o se hacían los listos con ella? Tuvo la impresión de que el jefe la observaba de una forma extraña mientras ella reflexionaba. Aquellos dos eran quizá menos estúpidos de lo que parecían.

Le mirada del jefe se detuvo un instante en sus muletas, con aire compasivo.

—No debe de resultar sencillo su trabajo con eso.

—Estoy acostumbrada.

Él meneó la cabeza y apretó los labios, como para decir que no veía cómo podía ella correr detrás de los perros en su estado. Émilie sabía cómo administrar aquel tipo de silencio elocuente. Sabía lo que la gente pensaba de ella. Leía sus pensamientos. La palabra «piedad» ocupaba en ellos un lugar

destacado. Llegado el caso, ella también sabía jugar con el sentimiento de culpabilidad que generaba en ellos.

Se apoyó en la muleta derecha para obligarle a mirar a otra parte.

—¿Y qué ha hecho ese tipo suyo?

—Figura como desaparecido, desde el 14 de julio.

Émilie ironizó:

—¡Cuánto tiempo!

—Nos hemos dicho que quizá rondaba por los alrededores, en casa de algún amigo —respondió paciente el poli—. Ya sabe lo que pasa, sale uno de parranda toda la noche con los colegas, y luego, al pasar la resaca, se da cuenta de que se le ha olvidado presentarse al trabajo, y como reacción, se esconde uno un poco para que se olviden de él. Estamos echando un vistazo, por si acaso.

El poli se rascó la sien maquinalmente. Émilie interpretó su gesto como una confesión de debilidad. Pensó que se estaba quedando con ella. No se movilizaba a la gendarmería porque un obrero se largara a beber un trago.

La hipótesis número uno la consideraría la principal sospechosa, pero en ese caso los polis se habrían dejado de cortesías y ya estarían registrando la perrera. El poli parecía dudar. Émilie percibió el aura del peligro y buscó un modo de desactivarla, pero no se le ocurrió ninguno. Optó por el mutismo. El jefe manipulaba su foto, nervioso. Cada uno de sus gestos revelaba en él al sabueso, al husmeador nato. Entonces supo que volvería a verlo sin remedio. Se dijo que quizá encontraría la relación entre Simon y ella más deprisa de lo que había pensado al principio. La justicia era más lenta que las neuronas hiperactivas de un oficial de campo. Podía contar con dos, quizá tres días antes de que la infernal artillería pesada judicial se pusiera en marcha contra ella. Se dio cuenta de que su escenario optimista incluía tal vez demasiados quizás.

Un hormigueo le invadía poco a poco el brazo izquierdo. Cambió de apoyo, esforzándose en parecer lo más natural posible.

El poli recorrió los alrededores con la mirada.

—Es un rincón muy apartado este.

Émilie asintió con la cabeza. Él dio unos golpecitos en la foto con la punta de los dedos.

—El automóvil de Simon Diez es un Volkswagen Passat azul.

—Si lo veo, le avisaré.

—Sería muy amable por su parte.

Volvió a guardar la foto en su clasificador a regañadientes, y se ajustó el cuello del uniforme con esmero; luego dio las gracias a Émilie. La visita de rutina había durado menos de cinco minutos.

Émilie volvió a cerrar la verja detrás de ellos. Cuando volvían a entrar en su coche de servicio, le pareció oír al más joven decir que la encontraba bastante resultona. Una portezuela se cerró de golpe, el motor ronroneó. Ella no pudo oír la conversación posterior, pero por la sonrisa incómoda del superior, supuso que el otro había añadido algo del estilo: «¿Crees que dará juego en la cama con su discapacidad?». Algunos tarados adoraban esa clase de clichés extravagantes. Dos años antes, Émilie había conocido a uno que tenía el mismo tipo de fantasías con las sordomudas. Le ponían los gorgoteos que emitían durante el acto. Aquel capullo pretendía que la parte «animal» del asunto lo ponía caliente al máximo y le hacía subir por las paredes.

Los dos gendarmes discutieron aún un instante; luego dieron media vuelta. Su vehículo desapareció poco después al final de la recta, sin dejar en su estela nada más que un olor sucio a monóxido de carbono y a sospecha.

Émilie se aferró a sus muletas para frenar el impulso de correr detrás de ellos e insultarlos. Volvió a la caravana. Allí, abrió el armarito de encima del fregadero y atrapó la botella de Negrita ámbar que reservaba para cocinar. Se sirvió dos dedos en un vaso y lo vació de un trago. Los temblores que agitaban sus manos menguaron pero no desaparecieron. Se sirvió una segunda dosis. Se dijo que todavía podía dejar que Simon se fuera. Émilie acarició la idea por un momento, y luego la rechazó. ¿Volverían pronto los gendarmes? Se llevó el vaso a los labios pero no bebió. Sus pensamientos se concentraron entonces en el coche de Simon. ¿Debía llevarlo a otro lugar, o deshacerse de él? Podía prenderle fuego para borrar todas las huellas. ¡No! Jugada incorrecta, demasiado complicado. También estaba el estanque de detrás de la perrera, lo bastante profundo para sumergir allí el Passat. No había ningún cazador en esta época del año, luego ningún riesgo tampoco.

Émilie volvió a colocar el vaso en la repisa de la cocina, sin haber bebido ni un sorbo. Se decidió por el estanque, y vertió el ron en el fregadero.

Simon estaba lívido, sentado en el centro de la estancia, frente a la puerta.

Se había vuelto a vestir, incluidos sus pantalones tejanos desgarrados del lado izquierdo. Su muslo no tenía buen aspecto. Se había hinchado, y moretones violáceos rebasaban el vendaje por ambos lados.

El ventilador chirriaba. El olor a mierda era insoportable. La única abertura, un tragaluz enrejado y polvoriento situado en el límite con el techo, daba la impresión de un decorado exageradamente teatral.

Simon dijo:

—¿Qué es lo que quieres?

Sin responderle, ella se dirigió al cubo lleno de excrementos y de pis, agarró el asa con su mano libre y fue a vaciarlo en los aseos de la caravana. Los gritos de Simon la acompañaron hasta la puerta del cobertizo. Cuando volvió, él no se había movido. Ella abrió la boca, pero dudó si hablarle de la visita de los polis, y de sus prisas por encontrarlo a él, un simple obrero agrícola. Pensó en todas las preguntas que tenía previsto hacerle, pero las palabras que tenía en la cabeza no querían salir.

Simon estiró su pierna herida con una mueca.

—Necesito un médico.

Émilie se burló.

—¡Vamos!

—Mi patrón debe de estar inquieto por mi ausencia. Me buscarán.

—Nadie se inquieta por tipos como tú.

—Estás loca.

Émilie ignoró la observación y apuntó el arma en dirección al vientre de Simon.

—¿De qué es esa cicatriz en tu abdomen?

Simon bizqueó ante el revólver. Émilie bajó el brazo.

—¡Contesta!

—Un accidente.

—¿Cuándo?

—Hará tres años, más o menos.

Simon articulaba cada sílaba con dificultad. Los analgésicos y el miedo daban a su voz un tono débil y confuso.

—Una rama gruesa, en unas obras. Me perforó el hígado, pero... ¡coño! ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Émilie seguía allí, sin saber qué decir ni cómo reaccionar, pensando en su propia pierna, perforada por una varilla de metal y triturada por compresión

en el accidente; y en el dolor, insoportable, mientras los bomberos la extraían de entre la chatarra. Simon pareció leer sus pensamientos y gritó:

—¿Qué coño estoy haciendo aquí, mierda?

Hubo como un chasquido en su interior. Las palabras surgieron por sí mismas. Émilie avanzó un paso, con el arma siempre pegada a su pierna.

—Quiero saber — dijo.

—¿Qué?

Simon casi se atragantó. Émilie dio un paso más y murmuró:

—Lo que sentiste después del accidente.

—¿Cómo?

—Cuando supiste lo mío.

Simon la miró sin comprender. Desvió la vista hacia el arma, luego volvió a Émilie.

—Hice todo lo que pude para evitarte. Volvía del trabajo, estaba reventado, yo...

Émilie le interrumpió en tono seco.

—No es eso lo que te pregunto.

Él desvió de nuevo la mirada en dirección al revólver.

—¡Mierda, no sé qué decirte!

—¿Qué sentiste al saber lo de mi pierna? —Émilie se golpeó el pecho con la palma de la mano—. ¡Porque yo no te vi nunca en el hospital, no viniste para saber de mí, ni para pedirme perdón, ni sencillamente para verme! ¡Para nada! ¡Nunca! Ni entonces ni luego, durante la rehabilitación. Como si yo no existiese. Al principio, me dije que tú estarías también en muy mal estado, que eso explicaba tu silencio. Luego me informé y, ¿sabes qué?, me contaron que te iba muy bien, que te habías librado, que no te hiciste más que unos rasguños. Algo realmente milagroso. Qué suerte, ¿verdad?

—Yo no tuve nada que ver.

Émilie se acercó un poco más. Simon abrió unos ojos desorbitados por el pánico. Esta vez, su mirada se quedó bloqueada en el revólver y no tuvo valor para mirarla a la cara.

—Cabrón...

Émilie agitó el arma.

—¿No tuviste nada que ver? ¡Sin coñas! Explícamelo un poco, creo que va a interesarme.

—Yo no sabía nada.

—¿Qué?

Simon alzó la cabeza.

—Yo no sabía lo de tu pierna. Vi que estabas herida, pero cuando pregunté, me dijeron que todo iba bien, que no era nada grave. Me habían contratado hacía apenas tres meses. Necesitaba ese empleo, no intenté averiguar nada más, y luego lo olvidé.

Émilie sintió que se ahogaba.

—¿«Te dijeron», quiénes?

—Sarlat, mi patrón.

Émilie hizo un gesto de incredulidad.

—¿Qué pinta él en esta historia?

—El coche era suyo.

—¿Y qué?

—Su coche, su seguro y su empleado.

—Ya veo.

—Su reputación.

Émilie pensó un rato. Los ecos de aquel: «Su coche, su seguro, su empleado, su reputación», resonaron en su interior con fuerza. Adivinó el resto. Simon estaba implicado en un accidente con un vehículo de Sarlat durante su horario de trabajo. Sarlat, el mayor contratista de la región, conocía bien a los polis de los alrededores. Es más, Sarlat conocía bien a todo el mundo. ¡Que se fuera al diablo Émilie con su pata de madera! Simon Diez no era más que un empleado que tendría la boca cerrada para no perder su empleo. Émilie se dio cuenta de pronto de que le daba igual todo. Sarlat, las causas, los efectos, las pequeñas complicidades entre amigos, los culpables, la cadena de responsabilidades, le importaban poco. Sabía muy bien en su fuero interno que el origen de su cólera no estaba allí.

Émilie quería algo aún.

Émilie esperaba más.

Cambió de postura para evitar el hormigueo de la mano que sujetaba el revólver y mantuvo el control de sí misma. Retrocedió despacio y se acuclilló, lejos de Simon.

—De acuerdo. No estabas al corriente, lo admito. Estoy dispuesta a creerte. Alzó las manos en el aire en señal de buena fe, y luego señaló su prótesis.

—¿Qué es lo que sientes ahora que estás al corriente?

—¡No lo sé, mierda!

La voz de Émilie se quebró.

—Necesito saber. Sé sincero.

Simon se frotó el rostro, con un movimiento breve y nervioso de la mano. Decir que dudaba en responder con sinceridad era un eufemismo. Ni siquiera se atrevía a dirigir la mirada al revólver, por miedo de que a Émilie le entraran de pronto ganas de utilizarlo. Su miedo atroz se transformaba poco a poco en una crisis de histeria, y no era eso lo que Émilie deseaba.

Decidió acelerar el proceso por vías menos previsibles. Etapa número uno: apuntó el cañón a la pierna derecha de Simon, la que seguía sana hasta ese momento, y simuló que disparaba. Era aterrador, pero directo y concreto.

Dijo:

—Cuéntame.

Simon se puso a temblar y se encogió sobre sí mismo.

Émilie repitió:

—Cuéntamelo todo.

—Yo no soy nadie.

Temía que ella disparara. Dudaba aún en abrir las compuertas. Émilie pasó a la etapa número dos. Deslizó el arma en su cinturón, hizo un gesto con la mano para invitarle a continuar, y contó mentalmente hasta tres. Simon suspiró:

—Nadie. Solo un pobre tipo que conduce un tractor forestal John Deere 7530 Premium, 6788 cm³, 185 caballos, fabricado por pobres tipos como yo, a seiscientos kilómetros de aquí, en las cadenas de montaje de la unidad Deere Power System de Orleans.

—Está bien. Continúa.

—Me siento vacío.

—¿Vacío, cómo?

—No siento nada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quieres tú que te diga? No tengo nada, no soy nada, hago lo que me dicen que haga desde hace tanto tiempo que no me acuerdo ni siquiera de cuándo empecé.

Simon hizo una pausa. Émilie se pasó la mano por el cabello y manoseó maquinalmente sus pendientes. El cañón helado del arma le cosquilleaba el bajo vientre. La sensación era desagradable. Cambió la posición del revólver.

Preguntó, por más que conocía ya la respuesta:

—¿Tienes críos?

—No.

—¿Familia?

—Un tío, en el norte de Francia. No le he visto desde hará unos diez años. Frédéric Fontès, rama materna, yo lo adoraba de niño. Obrero también él, en la construcción.

—¿Alguna amiguita?

Simon desvió la mirada.

—Nada permanente.

—No te van las relaciones estables, ¿verdad?

—¡Que te jodan!

Émilie reprimió una sonrisa.

—No olvides quién tiene el cacharro, Simon.

Simon no pudo evitar una mirada a la culata del arma. Sus ojos se encontraron. Él colocó las palmas de las manos sobre el suelo en señal de obediencia. Émilie las observó de reojo. Dedos grandes como diez tacos de madera, recubiertos de callos y de cicatrices, manos duras para el trabajo, de palmas rugosas, hechas para aferrar, serrar, levantar cargas pesadas, con muñecas gruesas, sólidamente plantadas en los músculos de los antebrazos. Émilie evaluó su fuerza como experta en el tema. Adivinó su precisión, pero también los dolores en las articulaciones, los signos precursores de la artrosis. Las visualizó, posadas sobre su propio cuerpo, y se estremeció de frustración, porque sabía que no iba a ocurrir nunca.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué hacías antes de ser leñador?

—Trabajaba en la planta municipal de reciclaje de residuos.

—¿El incinerador grande, en la carretera de Begaarts-Playa?

—Ese.

—¿Empleado municipal?

—Subcontratado. Curraba de noche. El horno funciona las veinticuatro horas del día. Mi turno iba desde las ocho de la tarde hasta las ocho de la mañana, tres días seguidos, dos de descanso. Había que alimentar el incinerador de forma permanente. Los cubos se preparaban sobre la marcha, lo demás se hacía casi automáticamente, había máquinas para eso.

—Era un buen curro.

—Sí.

—Con una buena paga.

—Sí.

—Pero la cagaste.

Simon la miró como diciendo: «Todos la cagamos un día u otro, ¿no es cierto?».

—Sí —resumió.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Diez años. Luego encontré este puesto con Sarlat.

Émilie levantó las manos abiertas al frente, y las inspeccionó. Callos, uñas rotas o abiertas. Las encontró feas y deformes. Ni finas ni fuertes. Buenas para limpiar mierda todo lo más.

—Yo era guapa antes. Mira en lo que me he convertido.

Simon fijó la mirada en un punto invisible, al frente, sin decir nada. Émilie se movió un poco a la derecha para entrar en su campo visual.

—¿Sientes piedad cuando me ves?

—No.

—Lo dices porque es lo que yo quiero oír.

Simon no se tomó el trabajo de responder. Un perro empezó a ladrar en alguna parte de la perrera, y sus congéneres le hicieron coro.

—¿Cómo lo haces para soportar esto, todo el día?

—¿El qué?

—Los ladridos, el olor...

—Ah, ¿eso?

Estuvo a punto de decir: «Una se acostumbra, ¿sabes?», pero era una chorrada y Simon lo sabía tan bien como ella. Soltó:

—No lo soporto.

Simon meneó la cabeza, luego gruñó y concentró súbitamente toda su atención en la venda que rodeaba su muslo hinchado. Un rictus deformó progresivamente sus rasgos. Émilie se levantó.

—Esta mañana han venido la poli —soltó, ya con la mano en la manecilla de la puerta—. Te buscaban.

—Me lo temía.

—¿No te sorprende?

—No demasiado.

—¿Por qué?

—Me llevé un poco de pasta de la caja para pagar una deuda. Después de mi desaparición, Sarlat debió de hacer números, supongo.

—¿Cuánto?

—Cuatro mil quinientos.

Émilie moduló un silbido burlón.

—¡Nada menos! ¡Eso está muy mal!

Simon se llevó la mano a la oreja y se tocó el lóbulo con la punta de los dedos.

—Tienes unos pendientes muy bonitos para ser una simple empleada. Son perlas, ¿no?

El rictus de su boca se convirtió en una mueca de sufrimiento. La observación había dado en el blanco. A Émilie no se le ocurrió nada que responder. Se le hizo un nudo en el estómago. Se precipitó hacia la puerta.

—Te traeré más comprimidos por la tarde —dijo antes de cerrar.

Un año antes:

Isabelle-la-mujer-perfecta.

Eso era lo que tal vez la definía mejor.

Émilie se acordaba de su encuentro como si hubiera sido ayer. Hubo buenas vibraciones entre las dos de inmediato. Hacia las cuatro de la mañana, ella le pidió que la acompañara de vuelta. Émilie no había bebido ni una gota. Isabelle estaba algo mareada después de varios tragos de tequila. Sus pendientes de perlas de Tahití y la manera que tenía de ruborizarse cuando hablaba le daban el aire de una niña modosa. Ella le confesó que no tenía ganas de volver aún. Su marido y sus hijos la esperaban pacientes en casa. Susurró: «¡Esta noche no! ¡No todavía!». Sorprendida y decepcionada a la vez, Émilie se reprimió *in extremis* para no exclamar: «¿Tú estás casada y eres madre de familia?». En lugar de eso, una vez en el aparcamiento, le preguntó:

—¿Qué edad tienen tus hijos?

Cosa extraña, su pregunta instaló de inmediato entre ellas una forma de complicidad, mejor, de intimidad. Isabelle se fundió en lágrimas en sus brazos. Se alzó un viento violento, el aire caliente venía cargado de polvo. Subieron las dos al coche de Émilie para resguardarse. Allí, con las orejas zumbando, en la incomodidad de los asientos del Twingo impregnados del olor de los perros, Isabelle le habló de sus hijos. Le contó también la historia de su vida, desde el colegio hasta el encuentro con Nicolas, entonces en prácticas en la empresa de seguros en la que se integraría poco tiempo después. No omitió ningún detalle: sus dudas, los engaños de su marido, las pequeñas traiciones, sus deseos sexuales, su fe inquebrantable en la felicidad simple y poderosa de los lazos familiares, las barbacoas con los amigos, sus proyectos de futuro, su tristeza, a veces, cuando se daba cuenta por las noticias televisadas de toda la miseria del mundo, de la suerte que tenía ella, por vivir aquí y ahora. Volvió a llorar, solo un poco, y luego la fuente se

secó, sus ojos brillaron con una luz extraña y se inclinó para besar a Émilie. El sabor azucarado del alcohol y de lo prohibido se mezcló con el regusto amargo del sudor en sus labios.

Cuando Émilie se separó, estupefacta porque le había gustado aquello, sus tímpanos vibraban aún con los ritmos tecno del Vituperia. Ignoraba que aquel beso haría gravitar sobre su vida un peso mayor aún que su amputación. Ignoraba que la perseguiría día y noche, que le haría perder hasta el hilo de su existencia en los doce meses siguientes. Ignoraba que la impulsaría a disparar a Simon, y a mentir a dos polis, una mañana de julio de 2015.

Ignoraba, finalmente, que pondría en marcha en las profundidades de su ser el más formidable, el más poderoso motor de vida y de muerte.

Algo se puso en marcha en aquel momento en el interior de Émilie, y ella hizo la única cosa que le pareció sensata. Devolvió a Isabelle su beso y la condujo hasta su casa sin soltar su mano una sola vez en todo el trayecto.

En las semanas siguientes, las dos alcanzaron velocidades de vértigo emocional. Los encuentros, por la noche o durante la jornada, al azar de las disponibilidades familiares de Isabelle, determinaron las nuevas reglas del juego. Los aullidos de los perros, el olor tenaz a mierda, los dolores relacionados con su discapacidad, las limitaciones, las broncas del jefe, las manos en el culo, el salario de miseria, los rencores acumulados a lo largo de los años acerca de su condición y la de sus padres, la vergüenza de haber nacido en lo más bajo y tener que luchar para sobrevivir, todo eso se desvaneció como por encanto.

En aquella época, desde luego, Émilie no tenía conciencia de que fuera así. Se alimentaba de las migajas que le proporcionaba Isabelle. Organizaba su día a día en función de sus anhelos. Devoraba con gula su deseo, como si se tratara de un remedio milagroso que le permitiría afrontar la vida y huir de sus miedos más profundos en el corazón mismo de la tierra que la había visto nacer. Un remedio cuya fórmula secreta solo conocía ella, y que preparaba con el calor de su fuero interno.

Tocó el sol tantas y tantas veces que lo perdió momentáneamente de vista.

Ardió, literalmente.

Y era bueno, aquel calor sofocante que irradiaba de su carne y su sangre,

como si viviera de verdad por primera vez.

Tenían la misma edad, solo se llevaban dos semanas. Isabelle lo descubrió por casualidad, cuando encontró el carné de identidad de Émilie al buscar un encendedor en su bolso de mano, y aquello la descolocó; la risa de Isabelle era una bendición.

Habían crecido a pocos kilómetros una de la otra, estudiado en escuelas diferentes. Los primeros días, hicieron la lista de sus conocidos comunes, de los bares que habían frecuentado cuando eran más jóvenes, y en los que se habían cruzado quizá sin saberlo. Se divertieron con las anécdotas, a veces compartidas, de la vida de una pequeña localidad de provincias. Luego Isabelle se había casado y su felicidad tomó el rostro de un chico «de aquí», con el que había tenido unos niños guapos, hoy escolarizados. Las alegrías sencillas de la vida; Isabelle siempre tenía esa expresión en la boca. Esposa modelo, luego madre modelo. No paraba nunca de hablar. La excitación de los dos cuando nació el primero; los planos de la futura casa diseñada por un arquitecto amigo de su marido, nada caro; los buenos consejos; el préstamo bancario, pagadero en veintitrés años; las obras; los errores del albañil, rápidamente corregidos; la mudanza, catorce meses más tarde; el nacimiento del segundo, la piscina, un nuevo embarazo, el parto difícil, las complicaciones ginecológicas, su hospitalización después, las lágrimas ante la perspectiva de que el tercero sería el último, el aborto espontáneo, la pena, y luego los proyectos de reacondicionamiento interior y la ampliación para que los dos hijos tuvieran cada uno su cuarto y ella, ella también, dispusiera de una habitación propia para sus «asuntillos»: su costura, sus dibujos, sus tubos de *guache* y de pintura al óleo, sus anhelos de modesta ama de casa.

Todo aquello, Émilie lo escuchó distraída, abrazada a la almohada, con una sonrisa en los labios, como si fueran relatos sobre países lejanos y exóticos.

Besaba su seno derecho y susurraba:

—Tengo ganas de ti.

Isabelle gorjeaba risueña, y la dejaba hacer; luego miraba su reloj de pulsera y gritaba, simulando estar sobresaltada:

—¡Mierda, ya es hora de ir a buscar a los niños a la escuela!

Émilie protestaba sin convicción:

—¡Tienes aún diez minutos!

Isabelle torcía el gesto.

—Nunca estaré lista.

—Cinco minutos.

—Mmm...

En las dunas al norte del pueblo, en el bosque, en ocasiones, en el apartamento de Émilie la mayor parte de las veces. En la perrera, nunca.

Una mañana de octubre, sin embargo, su historia se interrumpió brutalmente. Bebían un café en una terraza, saboreando el placer de la caricia del sol y los gritos del mercadillo. Isabelle le acarició la mano. Quería tocarla. Quería besarla. De inmediato. Isabelle no podía esperar ni un minuto más para tomarla en sus brazos.

Émilie la miró, desconcertada.

—¿Aquí, delante de todo el mundo?

Isabelle se echó a reír.

—¡No, claro que no!

—¿Dónde, entonces?

—¿En mi casa?

—¡Estás loca!

—Sí, en mi casa.

Consultó su reloj de pulsera.

—No hay nadie... Tenemos media hora antes de que Nicolas vuelva del trabajo con los niños. El almuerzo está listo. Verás dónde vivo, mi nidito confortable.

Entregada a su alegría ingenua, Isabelle no vio la duda que se insinuaba en Émilie. La casa. El hogar. El lugar prohibido, por excelencia. La propiedad privada cuyos muros constituían los límites que no se debían sobrepasar. La cuestión ni siquiera se había planteado hasta entonces. No debía ir, era algo evidente. En cierta manera, estaba mal, en el sentido perjudicial y destructor de la palabra. Sin embargo, Isabelle apuró su bebida, se pasó la lengua por los labios en un gesto goloso, se puso en pie, fue a pagar sus consumiciones en la barra y regresó a su mesa con las mejillas encendidas.

—¿Vamos?

—¿Estás segura?

Las manos en jarras, Isabelle rezumaba impaciencia. Su peinado, copiado de una de esas revistas de moda a las que era tan aficionada, era impecable.

El *bustier* dibujaba a la perfección la curva de sus caderas y la redondez de su pecho. Lucía sus pendientes fetiche, los que llevaba el día en que se conocieron.

—¡Evidentemente! —dijo.

Émilie la siguió como hipnotizada.

Fue peor de lo que temía.

La larga y monótona retahíla de la vida de urbanización desplegada en su integridad. Todo estaba allí: la palmera enana recién plantada en el camino de acceso, que se esperaba ver crecida algún día; las zapatillas de deporte de la familia cuidadosamente alineadas en un estante, en la entrada; las fotos de los niños en las paredes, cuando eran bebés, la mañana de su primer día de escuela, separados y luego juntos en una playa del sureste, el verano anterior; el libro de familia, sobre el arcón del salón; los recibos del banco; los *post-it* en la nevera; los aros de servilletas con sus nombres grabados, en una cesta de junco, al lado del cuchillo del pan y de los tarros de los macarrones; los juguetes por el suelo. En las antípodas del mundo de Émilie: todo lo que ella no tenía, no había tenido nunca y le gritaba: «¡Esto no es para ti!». Sin contar la frasecita mitad inquieta, mitad divertida, de Isabelle al llegar:

—¡No hagas caso del desorden!

A Émilie no le dio tiempo a decir que su lugar no estaba aquí. Ya Isabelle la besaba en la boca, la cubría de caricias, desabrochaba su sujetador y deslizaba la mano bajo su vestido. Ella respondió a sus avances con el automatismo de un robot. Absorta en su deseo, Isabelle tomó la torpeza y las vacilaciones de Émilie por pudor y ternura. La arrastró a su propia habitación.

Soltó una risita:

—En otro lugar no podría.

Recorrieron la casa. Isabelle la empujó sobre su pequeño sofá de cuero gastado, se desvistió. Era bella, bella, su esplendor al desnudarse eclipsaba todos los objetos de la habitación, incluso aquellos que se suponía que la definían, pacientemente escogidos a lo largo de los años. Se quitó sus joyas y las dejó sobre la mesa de costura, al lado de la plancha y de los lápices de colores. Émilie se dejó ir. Su abrazo fue breve, apasionado e intenso. Lo destruyó todo a su paso pero no dejó en la boca de Émilie más que un regusto

de sangre y de cenizas.

Sofocada, despeinada, irradiando calor e impregnada del olor a sexo y del perfume de lo prohibido, Isabelle miró el reloj de pared y gritó que se les echaba encima la hora. En un tono de complicidad, recomendó entre risas a Émilie que al vestirse no olvidara las bragas debajo de un cojín del sofá. Subió el toldo, abrió la puerta-ventana de par en par para airear la habitación, y corrió a darse una ducha.

Un malestar profundo invadió a Émilie, mientras seguía tendida, como petrificada, consternada, aturdida por la vaharada de angustia que la desbordaba.

Tuvo conciencia de dos cosas.

Una: aquella partida de sexo desenfrenado en territorio familiar hostil había sido cosa de Isabelle. El orgasmo de ella, no el suyo propio.

Dos: volvió en ese momento a su memoria una conversación que habían tenido dos semanas antes. Ni siquiera una conversación, de hecho; no, más bien retazos de conversación, una charla en apariencia banal. Dormitaban, pegadas la una a la otra en la cama de Émilie. Isabelle le había preguntado por qué no tenía niños. Émilie no supo qué responder. Isabelle había añadido:

—Yo no podría vivir como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Sin ataduras.

Émilie lo había pensado antes de replicar:

—¡Te tengo a ti!

Émilie había olvidado la continuación, pero lo que quedaba de aquello, ahora, se resumía en una sola pregunta: ¿qué era lo que se había torcido en ella para que su vida fuera tan radicalmente diferente a la de Isabelle? Dicho de otra manera: ¿por qué y cuándo la había cagado? Su vida no tenía sentido. Isabelle lo tenía todo, incluso una amante proletaria con una sola pierna.

Émilie no tenía nada.

Le llegó el ruido de la ducha, y sintió en su interior como la puesta en marcha de un mecanismo. Recogió sus cosas y se vistió con prisas. Sin saber exactamente por qué, se llevó los pendientes de perlas cultivadas de Isabelle, abrió algunos cajones, robó fotos, un collar de oro y un sobre blanco que contenía algunos billetes de veinte y de cincuenta euros, y sobre el que habían escrito a mano: «Navidad de los niños». Luego huyó a la carrera, como si llevara el diablo pegado los talones.

Isabelle le envió un mensaje a su móvil esa misma noche. Pocas palabras, tecleadas con prisa mientras su marido estaba posiblemente cepillándose los dientes o jugando con los niños:

Émilie. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te has marchado sin decirme adiós? ¿Qué es lo que he hecho mal? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Lllámame pronto. Tenemos que vernos, necesito hablarte, te necesito. Isabelle.

Hubo un segundo mensaje, tres días después:

Me ha hecho feliz conocerte. Puedes quedarte con los pendientes, te los regalo.

Luego, nada más. Ninguna denuncia, ningún telefonazo inundado de lágrimas, ni siquiera los gritos desesperados de un marido celoso al que finalmente se habría confiado, o que habría descubierto los hurtos de Émilie y hecho demasiadas preguntas, hasta obligarla a confesar. Isabelle, la amante modelo. Perfecta hasta el final.

Émilie no contestó a ninguno de sus mensajes. Borró el número de su agenda, compró vodka y ginebra, se encerró en su apartamento, metió su prótesis en el cubo de la basura y se dedicó a vaciar sus reservas de alcohol. La borrachera le duró toda una semana.

Los «¿por qué?» del primer mensaje de Isabelle se sumaron a sus propias preguntas. Con una botella de vodka en la mano, remontó el hilo de su vida e hizo el inventario de las personas que había conocido. En cada ocasión, la misma constatación de fracaso, el mismo proceso amargo de descuelgue y de desclasamiento social. Estudió todas las pistas que se le presentaron, todos los por qué y todos los: «¡Has perdido! ¡Vuelve a jugar!». Repitió en bucle los primeros versos de un poema célebre, escrito por una discapacitada al parecer.

Émilie se lo sabía de memoria. Su madre lo había clavado con chinchetas encima de su cama después de la muerte de su padre, como un mantra destinado a sostenerla el mayor tiempo posible; fueron dos meses, ni un día más. Decía: «Si la vida te parece demasiado absurda. / Si te han decepcionado demasiadas cosas y demasiadas personas. / No busques comprender por qué. / Recomendanza». Émilie se quedó bloqueada en el *no busques comprender*. Le pareció que era lo que le habían impuesto toda su

vida: pasar a otra cosa, soportar, encajar, asumir, apretar los puños y los dientes, recomenzar, recomenzar otra vez, sin intentar nunca analizar ni plantear las preguntas pertinentes. Sobre todo, eso no. Sin embargo, lo que ella deseaba por encima de todo se centraba precisamente en esa palabra de diez letras: comprender. Abarcar el mundo a través del pensamiento. Captar el sentido de su vida.

Mierda, aquello era chino para ella.

Peor que una amputación.

Se derrumbó sobre la moqueta, y con la nariz hundida en su vómito intentó hasta la desesperación acordarse del número de Isabelle borrado de su agenda, salmodió muchos *te amo* y finalmente perdió el conocimiento. Al despertar, la mañana del octavo día, estaba hambrienta y temblaba de frío. En el océano de su resaca solo emergía un nombre.

Simon Diez.

Puso a recargar su teléfono móvil y esperó. El timbre sonó casi de inmediato. Descolgó.

Stéphane Amorena, el dueño de la perrera, aulló en el aparato:

—Olvida mis mensajes anteriores, te perdono. ¡Vuelve, te necesito! Les perros se han vuelto locos, pero joder, ¿dónde has estado?

Ella tragó saliva. La cabeza le daba vueltas. Encontró, pese a todo, fuerzas para responder:

—El tiempo de darme una ducha y voy para allá.

Émilie abrió del todo la puerta corredera del cobertizo, salió hasta la verja de entrada y miró a un lado y a otro en busca de eventuales testigos.

Un sol de plomo se esforzaba en mantener la perrera en estado letárgico. Su reflejo en el techo de chapa de la caravana deslumbraba a Émilie, que hizo visera con las manos para inspeccionar los alrededores. El aire era seco, incluso a la sombra de los pinos. Los perros, abrumados por el calor, jadeaban, inmóviles y silenciosos, en la penumbra de sus jaulas.

Émilie no vio a nadie, y volvió al interior para retirar la lona que cubría el Passat de Simon. Empujó a un lado los palés que había colocado el día anterior. Se sentó al volante y puso el contacto. La radio se encendió enseguida. Un periodista de *France Bleu Gascogne* disertaba sobre las temperaturas caniculares de récord, y pasó luego a los consejos de prudencia a los veraneantes: sombrillas, horarios de baño, bandera amarilla, crema solar, cáncer de piel, *¡hidratad a vuestros hijos y pasadlo bien, panda de surfistas!* Y para terminar, el lanzamiento de la canción del verano.

Émilie arrancó al ritmo de *Cheerleader*. Apagó la radio y puso la primera marcha.

Rodando al paso, dio la vuelta al cobertizo por la parte trasera y avanzó por el caminito pedregoso que se adentraba en el bosque. El tractor que Amorena utilizaba para transportar la leña y las jaulas de los patos había dejado rodadas profundas que hacían delicada la conducción. El Passat avanzaba fatigosamente, siempre a punto de quedarse bloqueado en cada agujero. A su paso, juncos y helechos se doblaban entre crujidos contra el radiador y los parachoques, dejando escapar nubes de saltamontes y de moscardones.

Más lejos, el suelo arenoso cedió el lugar a una capa fina de arenisca oscura dura como la piedra, recubierta de agujas de pino en descomposición.

El camino mejoró sensiblemente. Émilie puso la segunda y se relajó un instante, lo justo para que sus ideas negras volvieran a aparecer.

Las imágenes de la herida de Simon aparecieron sobreimpresos en el parabrisas. Émilie parpadeó para eliminarlas. Recuerdos de su propio accidente y de su pierna ensangrentada las reemplazaron. Durante un segundo, Émilie creyó ver abalanzarse por su derecha la *pick-up* negra que conducía Simon aquel día. Hizo un viraje brusco en su camino, puso en marcha los limpiaparabrisas sin querer y caló el coche a menos de un metro de una encina. Un perro ladró muy cerca. Las imágenes desaparecieron. Émilie miró por el retrovisor y no vio nada. Se agachó y allí estaba el pequeño bastardo invendible llamado Bop, que vagabundeaba en libertad por la perrera. El animal la había seguido por curiosidad.

—¿De dónde sales tú?

Émilie dio una palmada en la portezuela para hacerle huir, pero el perro se acercó meneando la cola.

—¡Te preocupas por mí, eh!

El perro la miró en silencio. Émilie se inclinó un poco más para acariciarle la nariz. El animal se dejó hacer, cerrando los párpados de placer. Émilie abrió la portezuela y le dejó saltar al asiento, a su lado. Luego volvió a poner el motor en marcha, e hizo marcha atrás hasta llegar al camino. Llegó a la reja exterior poco después.

Émilie siguió la línea de la reja un centenar de metros y, pasado el portal de la entrada, cruzó una simple barrera de madera reforzada con alambre espinoso, y avanzó en zigzag entre los tocones de pino hasta el embarcadero de madera, en el que había amarrada una barca.

Frente a ella se extendía el estanque de Amorena, especialidad local para aficionados a la caza. Media hectárea, de dos a cuatro metros de profundidad, una isla pequeña en el centro adornada con jaulas, laureles, y una acacia flanqueada por dos cabañas de caza. Las algas proliferaban, el agua era opaca y en ella bullían castores, peces sol, bagres, percas americanas y cangrejos.

Diez años antes, su patrón había comprado esta parcela de tres hectáreas atravesada por un arroyo, y la había vallado para impedir el paso de los furtivos y proteger sus setas de los buscadores domingueros. Amorena taló él mismo los pinos y los viejos robles centenarios que constituían el núcleo original del bosque. Hizo venir una serrería móvil del Gers para cortar los maderos de roble y pagó las obras con leña para calefacción, sacada de los

pinos restantes. Vendió luego a varios agricultores y a una empresa de obras públicas la media hectárea de tierra que quería hacer excavar, y con el dinero reunido hizo venir a una empresa de nivelación, que trazó y excavó su futuro estanque. Los maderos fueron apilados de a cuatro en todo el perímetro a fin de impedir que la arena recuperara sus derechos. El agua del arroyo fue después desviada con un *bulldozer* y vertida en el agujero. En menos de dos semanas, el estanque estuvo lleno. Martinetes, garcetas y garzas grises reaparecieron, prueba de que el pescado abundaba. Los primeros patos salvajes se posaron allí al llegar la primavera. Amorena esperó al otoño siguiente para empezar a dispararles con los amigos.

La región contaba con docenas de terrenos de caza como aquel. Émilie había sido educada en esta cultura. Un estanque así había sido el sueño de su padre, y antes, del padre de su padre. Ninguno de los dos había podido costárselo nunca. Una maldición familiar: tenían el dinero justo para sobrevivir y pagar los gastos de una casa, pero no el suficiente para llegar a ser propietarios rurales. Su padre, sin embargo, había conseguido ahorrar. Aunque no lo bastante. Así pues, había invertido el dinero en otro de sus sueños: financiar los estudios de su hija para romper así el círculo vicioso.

Más sencillo decirlo que hacerlo.

La mala suerte no se daba por vencida con tanta facilidad.

Émilie buscaba con la mirada el mejor lugar para hundir el Passat. Vio una zona más elevada, a la derecha, accesible desde el bosque y que bajaba a plomo hasta un rincón de agua profunda y rodeada por un macizo de juncos particularmente denso. Era probable que Amorena nunca hubiera puesto los pies allí.

Imagino por un instante el coche hundido en el lodo. El cadáver de Simon, encogido en el maletero, mordido por los cangrejos de río y las alimañas, se precisó poco a poco en su mente. La imagen mental la trastornó y despertó el dolor de su muslo. Se repitió varias veces que no era una asesina, e inhaló una gran bocanada de aire. Dio media vuelta, consiguió abrirse paso entre los helechos y las zarzas sin calar el coche, y acabó por colocar el Passat en el borde inclinado del estanque. Tiró del freno de mano y apagó el motor. Retiró la llave, la lanzó lo más lejos posible en el agua y abrió la portezuela al máximo. El perro observaba la maniobra, circunspecto.

Ella le preguntó:

—¿Tú sabes nadar?

Silbó y dio palmadas para que saliera, pero él no se movió. Ella se inclinó entonces para agarrarlo, pero el animal, asustado de pronto, se le escurrió entre los dedos y la empujó antes de desaparecer entre la maleza. Émilie perdió el equilibrio y cayó boca arriba.

—¡Que te zurzan!

Se incorporó con dificultad; tenía los brazos y la nuca despellejados por las espinas. Lianas de zarzas se habían enganchado a su prótesis, como para recordarle su discapacidad. Con lágrimas en los ojos, tuvo que arrancarlas para conseguir extraerla de allí. Una vez de pie, maldijo al perro, a Amorena y a los sueños perdidos de su padre. Pensó en mandarlo todo al carajo y dejarse ir, allí, en aquel estanque quemado por el sol. Podría instalarse al volante, ponerse el cinturón de seguridad, sujetarse sólidamente con ayuda de una cuerda y de la cadena del portal de la entrada, echar el cerrojo, tirar la llave por la ventanilla y pisar el acelerador hasta que el agua negra se la tragase para siempre. Se debatiría un momento, el limo invadiría sus pulmones, todo acabaría deprisa. Émilie exhaló un suspiro de alivio antes de acordarse de Simon Diez, tendido en el cobertizo con la pierna vendada. Los brazos que la muerte le tendía se desvanecieron, Émilie reprimió sus lágrimas con una carcajada, abrió la portezuela del conductor, se inclinó para quitar el freno de mano y retrocedió deprisa para no ser arrastrada.

El vehículo se movió como había previsto, adquirió velocidad y penetró en el estanque en medio de un gran surtidor de agua sonora.

Eran las cuatro de la tarde cuando Émilie estuvo de vuelta en la perrera. El bastardo la esperaba junto a la caravana. Sentado sobre sus patas traseras, las orejas bajas, la observaba con un aire plácido. Toda su actitud expresaba la superioridad de su condición canina y, por un efecto de espejo invertido, la mediocridad de todo lo que le rodeaba.

Irritada, Émilie agarró el primer objeto que encontró a mano, un listón de madera agujereado por los gusanos, y se precipitó sobre él con aire amenazador.

—¡Bestia inmunda!

El animal meneó la cabeza, como si se avergonzara de ella, y luego saltó con agilidad y desapareció detrás del cobertizo antes de que Émilie hubiera

recorrido la mitad de la distancia que les separaba.

El perro Bop era un rescatado, como Émilie. Un superviviente. Podía dejarse acariciar el morro por un desconocido, ronronear como un gato cuando Émilie lo acariciaba, o, sin lógica aparente, morder la mano que le daba de comer. No se dejaba ver durante días, y luego reaparecía de forma milagrosa, y vigilaba la verja o dormitaba en el patio de la caravana, como si nunca se hubiera ido de allí.

De todas formas, el perro no era un enigma. Digamos que tenía sus razones. Émilie las comprendía a la perfección.

Su encuentro se remontaba al año en que Amorena la contrató. Fue a finales del mes de mayo. En aquella época, Émilie no fumaba aún un paquete entero al día y se imponía varias horas de marcha a diario como ejercicio de rehabilitación. Al terminar su jornada, salía de la perrera y exploraba los alrededores, siguiendo los caminos forestales y sus propios caprichos. Las hileras rectilíneas de pinos que se extendían hasta el infinito le proporcionaban una serenidad solitaria que no encontraba ni en el trabajo ni en las salas de los gimnasios. Aquel día, Émilie recorría uno de los barrios más apartados de Begaarts, al este de la localidad.

Plantaciones de pinos y campos de maíz apenas salidos de su barbecho invernal rodeaban unas pocas granjas, en su mayor parte reconvertidas en segundas residencias. Choque de culturas: las carreteras secundarias eran así testigos silenciosos de encuentros tan insólitos como los de Audi Q5 y berlinas BMW flamantes y relucientes con tractores destartados Mc Cormick o Renault Express.

En el límite de una propiedad que incluía un cobertizo cubierto de hiedra y una casa, Émilie vio un cerezo cuyas ramas se doblaban bajo el peso de la fruta. Varios mirlos se repartían la parte superior de la copa del árbol. Ella cogió un puñado de cerezas que devoró mientras recorría el lugar con la mirada.

Se percibía la miseria. Los postigos del edificio principal cerrados, hierbas

crecidas en el patio central, montones de astillas y de rollos de alambre herrumbroso invadidos por las zarzas. Solo la parte trasera del jardín daba señales de actividad reciente. La tierra había sido removida en una franja de unos diez metros, y dos hileras de remolachas y de lechugas se disputaban el espacio cultivado. Habían plantado una estaca con un tablón de madera clavado en la parte superior, y escrito en él con pintura negra el anuncio siguiente: «Ladrones, ¡cuidado con el plomo!». Buen ambiente y relaciones de vecindad cordiales aseguradas. Émilie estaba a punto de seguir su camino cuando la puerta de la casa se abrió y apareció un anciano armado con un fusil de caza. Caminaba a grandes zancadas hacia el cobertizo cuando vio a Émilie. Frenó en seco y se dirigió a ella.

—¿Sí?

El tono era seco y ronco. Émilie balbuceó un: «¡No, no, nada, ya me iba!», con los ojos clavados en el arma. El tipo le hizo un gesto que quería decir: «Acércate, no te oigo». Ella obedeció y se le acercó cojeando. El viejo le dio un repaso con la mirada de la cabeza a los pies sin ningún disimulo, mientras ella se acercaba. Mirada azul acerada, dura, penetrante, casi inquisitiva, hombros anchos, brazos sólidos, corte de pelo a cepillo y cejas blancas, bien parecido, a pesar de la edad.

Cuando ella llegó a su altura, él sencillamente le tendió la mano.

—Eres la chica de la perrera, ¿verdad?

—¿Nos conocemos?

El azul de sus ojos viró al gris, sus mejillas se cubrieron con decenas de arrugas finas. El conjunto recordaba a una sonrisa inquietante. Su aliento no olía a alcohol. El tipo estaba perfectamente lúcido. Émilie estrechó su mano.

Él dijo:

—Conozco a todo el mundo de por aquí. Y todo el mundo me conoce.

—¿Y usted es...?

Su sonrisa se amplió, y bajó un instante los ojos hacia el fusil antes de levantarlos hacia Émilie.

—Un viejo imbécil que ha follado mucho.

—Si es por las cerezas, he creído que su propiedad estaba abandonada y no...

Él frunció el entrecejo.

—¿Las cerezas?

—Sí, ahí, al borde de la carretera.

—¡Oh!

Él sacudió la cabeza.

—Llévate las que quieras. Yo no me las como. Están ahí solo para atraer a los pájaros dañinos como los mirlos y las urracas.

Señaló con el mentón varias trampas instaladas en semicírculo alrededor del tronco y tamborileó con los dedos en el cañón de su arma, con una sonrisa maliciosa.

—¿Lo captas?

Émilie asintió. Se preguntó por un instante si su alusión a los mirlos y a las urracas no era una insinuación directa destinada a ella misma. El tipo parecía un poco tocado. Ella retrocedió un paso, dispuesta a escabullirse. El viejo tomó buena nota de su reacción prudente. Blandió su arma y le sonrió, divertido.

—¡Es para la perra, no para ti!

Émilie no comprendía nada.

—¿Qué perra?

—La que me vendieron el otoño pasado. Una parson russell para la caza, decían que esterilizada. ¡Bonito timo!

—¿Decían?

Soltó una carcajada.

—Ven conmigo, te lo enseñaré.

—Tengo que irme.

—¡Ven, te digo! Eres especialista en perros, algún consejo me darás.

Sin esperar su respuesta, giró los talones y echó a andar en dirección al ala derecha de su cobertizo, sin mirar atrás más que una vez para asegurarse de que Émilie le seguía.

En la prolongación del edificio había instalada una inmensa jaula con barrotes. En su interior, dos bidones metálicos oxidados, cortados en sentido longitudinal y acondicionados con paja, hacían la vez de una caseta provisional; tres cazuelas viejas vacías, un cubo de plástico lleno de agua sucia colocado en el suelo, una losa de cemento tapizada de mierda. Con las patas sobre el enrejado, una perra joven de pelo corto meneaba la cola y ladraba de placer al verlos. Una de las patas delanteras hinchada, quizás incluso rota. Pelaje deslucido, no era desde luego un animal de concurso. Detrás de ella, un cachorro aún por destetar gimoteaba y se movía a saltitos; con toda evidencia, su madre era apta para reproducirse, y el tipo que la

compró había sido víctima de un timo redondo. Los animales tenían pulgas y apestaban a orines. Émilie se preguntó a cuál de los dos estaba destinado el cartucho del fusil.

Hizo una mueca ostensible de disgusto y esperó. No hubo reacción por parte del viejo. La idea de quitarle su fusil por la fuerza y encerrarlo en el lugar de sus perros fue tomando cuerpo en su mente. El silencio se hizo muy pesado.

Émilie se inclinó para acariciar el morro de la perra, que se encogió como si esperara recibir un golpe.

—Hola, preciosa.

El animal se mantuvo a distancia, acostumbrado a los golpes. Émilie no insistió. El viejo escupió en el suelo y golpeó los barrotes con la mano abierta. Presa del pánico, la perra corrió a acurrucarse en el fondo de la jaula.

—Se come mis gallinas en cuanto la dejo suelta, es inútil para la caza, y tampoco vale nada para las ratas.

Émilie se irguió para enfrentarse a él.

—¡No es razón para matarla!

—A decir verdad, mi intención era ocuparme de los dos.

—Santo cielo, es usted un...

No terminó la frase. El viejo apretó los dientes. Su mano se crispó sobre la culata del arma. Émilie pensó: «¡Maldito tarado de mierda! A ti tendrían que pegarte un tiro». Se planteó seriamente abalanzarse sobre él. Calculó sus fuerzas. El hombre no era tan viejo, setenta, tal vez setenta y cinco años. El bulto de sus bíceps bajo las mangas de la camisa abogaba en favor de la primera estimación. Émilie solo tenía una pierna.

Dijo lo primero que le pasó por la cabeza:

—Démelos a mí.

—¿Qué?

—Deme al cachorro y a la madre, yo me ocuparé de ellos. Es mi oficio.

—Es que valen una pasta, a pesar de todo —dijo el viejo, pero no tenía aire de acabar de creérselo—. No puedo regalarlos por las buenas.

Émilie se plantó delante de él, los brazos en jarras.

—Hace apenas unos segundos, iba usted a cargarse a los dos.

—No tiene nada que ver.

—¡Al contrario, esa es la cuestión!

El tipo murmuró algo para sí. Miró a los dos animales y luego a Émilie.

—De acuerdo en cuanto al cachorro —dijo—. De todos modos es un bastardo, su padre es un braco. La mezcla no vale un pimiento.

—¿Y la madre?

—Me la quedo.

—¿No iba a matarla?

—He cambiado de opinión.

Le tendió la mano para sellar el trato. Émilie se dio cuenta de que toda aquella escena de cólera y fusil solo iba en serio en parte. Puede que el viejo fuera a matar a los perros. O puede que no. Necesitaba espectadores, y Émilie había llegado en el momento preciso. Ella acabó por aceptar el trato. El viejo se relajó. Una sonrisa complacida iluminó su rostro.

—Me llamo André. Al cachorro le he puesto Bop. ¿Y tú?

Émilie replicó:

—Solo soy una joven idiota que ha follado mucho.

Volvió a ver a André el mes siguiente para recuperar al cachorro, una vez destetado. El viejo apenas habló. Tenía un mal día y a punto estuvo de romper su acuerdo. Amorena le había dicho de André que estaba medio loco, roído por sus recuerdos y sus remordimientos. Hijo maltratado por su padre, prisionero durante la guerra de Argelia o verdugo, a saber; sin mujer, sin hijos, por lo menos reconocidos. Un tipo raro, antiguo leñador de talento que había ganado premios «y todo, ¡eh!», en otro tiempo, condenado dos veces por atacar violentamente a unos vecinos con arma blanca —con hacha una vez, la otra con una hoz—. Una fuerza de la naturaleza que hablaba con fluidez el argelino, que tenía miedo de todo y de todo el mundo, de los árabes, los gitanos, los comunistas, los pedófilos, los jóvenes, los paseantes, los curiosos, la gente en general y la gente que se interesaba por él en particular. Corrían rumores, casi siempre historias sórdidas a las que más valía no prestar atención.

El viejo le tendió el cachorro, y luego le volvió la espalda y se encerró en su casa.

—Ya verás, este chucho no vale nada.

André tenía razón. El perro Bop se convirtió en un auténtico salvaje, como su primer amo. Incluso aunque Émilie no lo privaba de nada, siguió bebiendo

el agua de los charcos, se negó a comer en una escudilla limpia y dormía la mayor parte del tiempo en una de las jaulas enrejadas de la perrera. Como Émilie, era libre. Libre y prisionero de su propia vida, a la vez. Huraño como un lobo, ardía con un fuego que lo arrasaba por dentro y le volvía hipersensible al mundo que lo rodeaba, dejándolo a veces en un estado próximo a la locura.

El viejo André se suicidó un año después. Lo encontraron sentado en su bañera, con el cañón de su fusil en la boca. Antes de morir, había matado a la perra y a su nueva camada de cinco cachorros, una verdadera carnicería. Los vecinos escupieron sobre su memoria y organizaron expediciones nocturnas a sus cobertizos para robar todo lo que el viejo les había negado en vida antes de que se lo llevaran a la subasta —hubo dos subastas, incluso—, e intentaron, sin éxito, poner en marcha su tractor y su trilladora, que encontraron al día siguiente en el fondo de una fosa que no habían visto en la oscuridad. El día de la muerte de su primer amo, el perro Bop desapareció misteriosamente y no volvió en diez días. Émilie lo creyó muerto también, hasta que se presentó una tarde, hambriento, con la lengua colgando y el rabo entre las piernas.

Ocurrió en la época en que la ascendencia de Isabelle sobre Émilie había llegado a su apogeo. La semana siguiente se separaron. El universo entero se derrumbó sobre sí mismo en un gigantesco agujero negro y todo volvió a recomenzar, una y otra vez, sin que nunca acabara de romperse el círculo vicioso.

Su terremoto particular: chapa hundida y una amputación.

El accidente de Émilie había hecho de ella una desclasada, y dejado a Simon Diez libre de seguir con su vida como si nada hubiera ocurrido, mientras caía sobre ella todo el peso de los hechos y de las consecuencias. El descenso a los infiernos que siguió a su ruptura con Isabelle no tenía ninguna relación con su accidente de tráfico; entendámonos, ninguna relación visible. Sin embargo, actuó sobre Émilie como un catalizador. Ella poseía ahora un superpoder: el de detectar, más allá del seísmo, la poderosa tectónica de placas que modelaba y destruía su vida.

En aquel momento, por supuesto, Émilie no tenía las ideas tan claras. En apariencia, Simon Diez reunía los requisitos del culpable ideal. ¿Su discapacidad? Culpa de él. ¿Su despido del hospital y su contrato en la perrera Amorena, en el mismísimo fondo del agujero del culo del mundo? También de él. ¿Su mala vida? También de eso tenía él toda la culpa. Esa era la razón que la impulsó en primer lugar a partir en su busca, para ponerle cara a un nombre, y quién sabe si encontrar en su casa las pruebas de que era un completo cabrón.

El guion estaba escrito por adelantado, y ella creía en él sin fisuras. Buscaba a Simon Diez, lo encontraba, lo abordaba una noche a la salida de su trabajo, si tenía uno, o mejor en la barra del bar donde él acostumbraba a ahogar sus penas, él se excusaba, tartamudeaba, lloraba, su mediocridad exudaba por cada uno de los poros de su piel, y así llegaba la prueba mortalviviente de que el fracasado era él y no ella; que era el triste destino del pobre tipo lo que había perturbado temporalmente la vida de Émilie. Como en las películas, el bar era destartalado, en la radio sonaban piezas decadentes, una de las luces de neón parpadeaba. Simon apestaba a alcohol y a tabaco frío, la conversación de los dos no llevaba a ninguna parte. Émilie le ponía un rápido punto final, convencida ya de que los tres últimos años no habían sido más que un paréntesis nefasto. El globo inflado de su depresión y del síndrome de

reproducción de la maldición familiar se deshinchaba al instante. Émilie se despedía de la perrera, adiós Amorena y sus trapicheos insignificantes, liaba sus bártulos y se largaba para rehacer su vida en otro lugar mejor y más excitante.

La idea maestra de su plan se basaba en una evidencia.

Citius, altius, fortius.

Dicho de otra manera, retomar el control de su vida y obedecer en adelante tan solo a una única norma: más diversión, más sexo, más fiestas, más dinero, ¡y que se mueran los tontos! Cagarse en los fantasmas de su pasado, cagarse en sus padres y su herencia, cagarse en su puta discapacidad y en su prótesis, cagarse en Simon Diez, cagarse en los amigos de dar lecciones, cagarse en todos, más rápido, más alto, más fuerte, y aullar de placer cada día hasta el final de los tiempos. ¡Maldita sea, era así como *debían* suceder las cosas!

El sábado después de su vuelta al trabajo, Émilie puso de nuevo los contadores a cero.

Sacó cuatro mil quinientos euros de su libreta de ahorros. Se conectó a la web gratuita Vivastreet y se pagó los servicios de un chico de compañía para todo el fin de semana, 800 euros, propina no incluida. Reservó una *suite* en el Radisson Blu, un hotel de cuatro estrellas de Biarritz, se puso su vestido más *sexy*, tomó el primer tren rápido en dirección al País Vasco y pasó la tarde y buena parte de la velada sorbiendo cócteles de colores en el bar del casino en brazos de Jon, un joven efebo de veintidós años con físico de atleta, traje de Armani y mirada de terciopelo.

Desde su llegada, Émilie dejó como al descuido la llave de su habitación encima de la mesa; al instante, jóvenes camareras con trajes sastre impecables, blusas inmaculadas y ropa interior Chantal Thomass enloquecedores, se pusieron a revolotear alrededor de ellos, atentas a cualquier mínimo capricho por su parte, ignorando como por arte de magia la prótesis que ocupaba el lugar de su pierna izquierda. Jon palpaba con la punta de los dedos la redondez de sus caderas mientras Émilie se insinuaba abiertamente con la mirada a los solteros de las mesas próximas. El vodka hacía brillar con mil luces su reflejo en los espejos de la sala. La risa discreta de Jon ante cualquier música, la promesa de los excesos, el perfume de lo prohibido en las camareras que la rozaban, las miradas insistentes de los envidiosos...

Émilie revivía.

Después del bar, vinieron la *suite* en la última planta y la cama muy mullida y *very very king size*. Cenaron un bogavante carísimo y dos docenas de ostras que Émilie aderezó con pimienta gris y regó con limón, mientras Jon llenaba las copas de *champagne* y preparaba dos rayas de cocaína. Luego la desvistió con delicadeza, fingió ruborizarse de admiración por la elasticidad de su piel de mujer joven *muy guapa*, se desvistió a su vez, sin remilgos, y le ofreció la más bella erección que jamás hubiera visto.

—¡Santo cielo!

Vació de un solo trago su copa y encendió un cigarrillo. Jon sonrió con un aire falsamente modesto. Émilie lo besó, guio la boca de él hacia su sexo, luego a su muñón, luego a su sexo de nuevo, y gozó una primera vez, rápidamente, antes de empezar de nuevo.

Cuando las botellas de *champagne* estuvieron vacías y la sesión de sexo acrobático se convirtió en un *déjà-vu*, Émilie bostezó ostensiblemente y pidió en un tono lascivo a Jon que llamara a una amiga, antes de encerrarse en el cuarto de baño para disfrutar del *jacuzzi*. Cuando salió de allí, una hora más tarde, el servicio de planta acababa de entregar los canapés y más *champagne*, y una criatura sublime de la edad de Émilie, cuyo nombre olvidó desde el instante en que fue pronunciado, ronroneaba en vestido de noche recostada en uno de los sillones del saloncito. Jon preparó seis rayas de cocaína, y la criatura se acercó para tener su parte, dejó que se deslizara el tirante de su vestido, y sirvió el *champagne*. Émilie se echó a reír. Olvidó que se estaba fundiendo cuatro meses de salario en una sola noche, y se dejó aturdir por el alcohol. Los rostros radiantes de Isabelle y de Simon se superpusieron a los de los dos prostitutas. Las caricias a cuatro manos que recorrían su cuerpo se intensificaron, el cóctel droga / *champagne* / cuatro manos / dos bocas / dos lenguas, multiplicó sus sensaciones, Émilie cerró los ojos y perdió poco a poco el hilo de los acontecimientos.

A la mañana siguiente, ella fue la primera en levantarse. Derrumbados sobre la cama, Jon y la criatura olían a sexo y a sudor. Émilie se dio una ducha rápida, se colocó la prótesis, y recogió sus cosas al vuelo. Se fue de la habitación sin despertarlos. Se apeó del tren de las 08:23 en la estación de Begaarts, con la mente lúcida; pasó por su casa, llenó dos maletas y una caja de cartón de vestidos, y luego fue a instalarse en la caravana de la perrera Amorena, con una sola idea en la cabeza: encontrar a Simon Diez.

Empezó su búsqueda esa misma tarde, después de dar de comer a los

perros.

La dirección indicada por Simon Diez en el atestado de la gendarmería ya no era válida. Una pareja de jubilados ocupaba ahora el apartamento situado en el centro de la ciudad. Se habían mudado dos semanas después del accidente, y nunca lo habían conocido.

Ningún resultado tampoco en el listín telefónico. Nada en Begaarts ni en los alrededores, lo cual significaba una de estas tres cosas: o bien Simon se había marchado de la región, o no tenía ninguna línea telefónica fija, o bien prefería la discreción. Émilie esperó a la pausa de las diez, al día siguiente por la mañana, para desplazarse a la agencia inmobiliaria que se había encargado de la transacción.

La encargada de la recepción, una morena de mandíbula cuadrada y moño impecable, simuló rebuscar entre sus papeles, con el culo atornillado a su silla, mientras repetía una buena docena de veces que no solían facilitar ese tipo de información, pero que dado «el estado» de la situación, estaba dispuesta a hacer una excepción al reglamento. Émilie la clasificó de inmediato en la categoría: «Yo soy una mujer como es debido, siempre dispuesta a acudir en ayuda de los minusválidos: ¡pobre, pobre joven discapacitada a la búsqueda de un hombre!».

La mujer sacudió la cabeza mientras se dedicaba a manipular sus fichas.

—Mmm. Nada en este dossier... nada tampoco en este otro...

Émilie se aferró un poco más a sus muletas.

—¡Gracias, gracias!

—Diarte, Diaz...

Alzó los ojos hacia Émilie.

—¿Está segura de que efectivamente es D-I-E-Z, con una «e» y no una «a»?

—Ninguna duda.

La empleada hizo una mueca y reanudó su enumeración.

—Didier, Didomenico, Didrich, Dinieri, Di Luca, Edouard...

Volvió a cerrar su archivador, y luego jugueteó con su alianza con un aire triste, del tipo: «¡He hecho verdaderamente todo lo que he podido!». Abrió un cajón y depositó en él sus dossieres.

—No tenemos a nadie registrado con ese nombre. Solo guardamos los datos relacionados con los asuntos en curso. La ley nos obliga a...

Émilie la interrumpió, irritada:

—Tal vez podría volver a verificarlo.

—Lo siento.

Descolgó su teléfono, como para subrayar que ya había perdido suficiente tiempo con ella, y que tenía trabajo.

Dijo:

—La llamaré si averiguo algo. Deme su nombre y su dirección y le prometo...

Frustrada, Émilie no le dejó terminar la frase. Dio media vuelta y se fue sin tomarse la molestia de volver a cerrar la puerta tras ella.

La misma ducha fría se repitió en las otras cuatro agencias de la ciudad, y en las diecisiete de las localidades vecinas. Desfilaron todos los nombres que empezaban por la letra D: hombres, mujeres, parejas jóvenes que alquilaban su primer nido, jubilados en busca de un barrio tranquilo, turistas.

Aquel primer fracaso reforzó su propósito de no recurrir a un profesional especializado en la búsqueda de personas desaparecidas. Era su misión secreta, su proceso de redención, como si cada una de esas personas anónimas de la letra «D» le susurrara: «¡Encuentra a Simon Diez tú misma, persíguelo y jódelo!».

Émilie retomó el camino de la perrera y se puso a trabajar más combativa que nunca. Limpió las jaulas con una rabia multiplicada por diez y redactó la lista de las opciones que se le ofrecían. En la pausa siguiente, se encerró en la caravana y estableció un plan de batalla en función del empleo de su tiempo.

Con manos temblorosas, reescribió su nueva agenda en una hoja grande, negro sobre blanco. La sujetó con chinchetas en el lugar de su cartel de *West Side Story*, frente a la cama. Hizo sus cuentas, dedujo el dispendio del fin de semana anterior y su inclinación al alcohol, a la depresión y a los clubes nocturnos, y calculó lo que le quedaba de la venta de su apartamento, unos meses antes. La herencia de sus padres se había fundido como la nieve al sol. Su fortuna personal se limitaba a menos de tres mil euros.

Luego telefoneó a su jefe y le pidió permiso para instalarse en la perrera. Con su consentimiento, tomó prestada la camioneta, se trasladó a su apartamento, atiborró el vehículo hasta arriba, abandonó en el lugar los muebles demasiado pesados, en adelante inútiles, y tiró el resto a los

basureros de la entrada de la urbanización. Las idas y venidas por la escalera, con los brazos cargados, fueron sinónimo de tortura. Su muñón la hizo sufrir un martirio, pero resistió hasta el final la tentación de pedir ayuda a algún vecino.

La misma tarde devolvió las llaves a su propietario, se mudó a la perrera y, después de una ducha y de un largo masaje con crema regeneradora y aceite de árnica, emprendió su cotidiana ronda por los bares.

El primero en el que aterrizó se llamaba La Terrasse. Decoración minimalista, fotos enmarcadas de corridas de toros y carteles de marcas de cerveza colgados de las paredes. Las nueve de una noche entre semana de noviembre, la hora de los obreros solteros, de los asiduos, de las pandas juveniles y de los surfistas a punto de partir. Unos quince clientes, repartidos entre la barra, la *pinball* y la retransmisión de un partido de la *Champions League*. Émilie optó por la barra y pidió una cerveza de barril. Había tenido cuidado de disimular su prótesis bajo unos tejanos, botas de cuero y un chaquetón de talla extra grande. Se instaló en el taburete que le ofrecía la mejor vista de la sala y aguzó el oído al tiempo que pasaba revista a los rostros en busca de una señal que le indicara: «¡Soy yo!», segura de reconocer a Simon en cuanto lo viera.

La única camarera que atendía la barra, ojeras, en la cuarentena, vio en ella su *alter ego* y la tomó enseguida bajo su protección.

—¿Eres de por aquí?

Émilie bebió un sorbo de cerveza. Optó por la sinceridad.

—Trabajo para una perrera a algunos kilómetros de aquí.

—¿Dueña?

—Empleada.

La camarera echó una ojeada a sus manos estropeadas por el trabajo. Émilie cambió de tema y la interrogó con discreción sobre la clientela, en su mayor parte temporeros a punto de marcharse, algunos habituales y un «sujetabarras». La otra creyó que andaba buscando un tío para terminar la velada y le aconsejó que volviera mejor el viernes o el sábado. Émilie le dio las gracias, atrapó su cerveza y se acercó a las mesas del fondo. Escuchó las conversaciones un momento, fingiendo interesarse por el resultado del partido para mimetizarse con el entorno.

Entraron cinco clientes y se instalaron detrás de ella, saturando el aire de ruido y de perfumes baratos a la vainilla. Los dos tipos fanfarroneaban, las

tres mujeres que les acompañaban reían ruidosamente a cada momento. Émilie se giró un poco para observarles. Uno de los hombres la integró rápidamente en su grupo y la invitó a una ronda. Émilie aceptó y se unió al concierto de risas femeninas.

Su radar personal ajustado en modo ultrasensible no detectó ningún Simon Diez, pero decidió quedarse todavía un poco.

Aquellos jóvenes se parecían a ella, se sintió bien en su compañía, por lo menos así quiso creerlo. Se presentó con su nombre y ellos hicieron lo mismo, confirmando su primera intuición: ningún Simon en la mesa. El hombre sentado a su izquierda se llamaba Antonio. Era empleado municipal y se ocupaba de la conservación de los espacios verdes del municipio. Su acento español era delicioso, pero encontraba vulgar su físico. Émilie le dejó desplegar sus artes de seducción y aceptó el pedazo de papel en el que escribió su número de móvil mientras le dirigía miradas incendiarias. Ella guardó el papel y escuchó la conversación. Antonio y sus amigos venían muy poco por aquí. Solían frecuentar una cervecería abierta hacía poco en la costa, el Red. El ambiente les parecía más agradable. Émilie ya había oído hablar del lugar, situado a una veintena de kilómetros, pero nunca había puesto los pies allí. Lo apuntó en su lista.

La conversación derivó luego hacia por dónde saldrían el fin de semana siguiente, y más tarde hacia las vacaciones de fin de año. Unos se reunían con sus respectivas familias, otros habían reservado un chalé en la montaña o se iban a surfear a Bali. Émilie cayó en la cuenta de que hacía una eternidad que no tenía proyectos de ese tipo. Imaginó de inmediato a Isabelle planificando en familia su estancia anual en los Alpes, el alquiler de los esquís, las reservas hechas por Internet, los descansos demasiado pequeños que habría que reemplazar, el portaequipajes por fijar sobre el techo del Renault Scénic. Émilie midió la profundidad brutal del foso que separaba su vida de la de ellos, a pesar de que un minuto antes los veía casi como sus gemelos. Aquel descubrimiento le produjo el efecto de un violento puñetazo en el estómago. Sufrió vértigos y tuvo que agarrarse con las dos manos a la mesa para ocultar su confusión y no salir huyendo a la carrera.

Apuró su vaso mientras mil preguntas simultáneas asaeteaban su mente. ¿Se parecía de verdad a ellos? ¿Habían elegido su destino o lo soportaban? ¿La veían a ella como ella les veía a ellos? ¿La consideraban como una de los suyos, afanándose de la mañana hasta la noche, consumiendo lo poco que

ganaba en facturas y en naderías ilusorias? ¿Era ella tan diferente por situarse como observadora mientras que ellos se limitaban a vivir y a soportar su vida? Eso le parecía raro: algunos parecían felices y plenamente satisfechos con su vida, como si fuera tan sencillo como eso: hacer proyectos, vivir, creer en sí mismos y limitarse a ocupar su lugar, consumir, beber cerveza y pasar buenos ratos entre amigos, como si no pasara nada, como si el mundo no se estuviera derrumbando a su alrededor. ¿Por qué a ella sí le dolía? ¿Es que los demás no tenían conciencia de ser los grandes perdedores de la historia?

Una voz emergió por encima de los aullidos de su cerebro y Émilie se aferró a ella.

—¿Quieres algo más?

—¿Qué?

Todas las miradas estaban ahora fijas en ella. La mujer sentada enfrente señalaba su vaso vacío.

—¿Otra cerveza?

Émilie buscó en las profundidades de su alma la energía para rehacerse y balbuceó una negativa educada. Se levantó pretextando una cita y se fue precipitadamente. Trastornada, en el límite de sus fuerzas, aplazó su ronda por los bares y emprendió el camino de regreso, huyendo de una multitud imaginaria de personas normales que la señalaban con el dedo, se burlaban de ella e intentaban tirar de su parachoques para precipitarla en la cuneta. Sintió alivio al llegar a la caravana, se encerró con doble llave y se emborrachó con ron hasta que las risas se apagaron.

Aun así, Émilie no abandonó. Tuvo que aprender a superar sus angustias. El cambio esperado se produjo, y amaneció un nuevo día. Émilie despertó decidida a no volver a hundirse, y para ello, a imponerse una disciplina de hierro.

Como medida inmediata, sobre todo ningún contacto directo. Una vez cumplidas las tareas matinales, fue a la oficina local de empleo, se instaló en un banco y permaneció una hora delante de la puerta observando entrar y salir a los parados, los expertos en leyes, los depresivos y las miradas perdidas. Ningún Simon; por más que era poco probable que diera con él al primer intento.

Lo mismo ocurrió una hora después en el centro comercial de la ciudad, y de nuevo por la tarde, y al día siguiente.

Con todos los radares y las antenas desplegados, atenta al menor desplazamiento sospechoso en aquel espacio, paseó por las galerías, curioseó en la sección de charcutería, se probó unos pantalones o un vestido, compró el diario, picoteó una promoción de queso de oveja, olisqueó los aromas de una perfumería. Dos días después, completó sus investigaciones con una visita en regla a la sede de las asociaciones. En estos rincones rurales olvidados por todos salvo durante las vacaciones estivales, las asociaciones deportivas y los clubs de *fitness* eran lo único que marchaba siempre viento en popa, al mismo nivel que la caza, la pesca y, en otro género, el surf; pero la mayor aglomeración de visitantes tenía lugar sin ninguna duda en el centro comercial y sus gasolineras. Si había un lugar por el que todo el mundo acababa por pasar tarde o temprano, era ese. La cultura popular de las personas como Émilie y Simon encontraba su alimento en las galerías iluminadas del único centro comercial de Begaarts.

Bastaría tan solo con que Émilie estuviera allí en el momento en que apareciera Simon. Repitió la maniobra el día siguiente y los sucesivos. Simon no apareció. Ella perseveró, y adoptó una marcha de crucero —perrera, centro comercial, oficina de empleo, perrera— durante un mes. Siguió su búsqueda durante las fiestas de fin de año, sin éxito pero con una determinación y una rabia cada día más grandes. Enero acudió a su cita anual sin que ella flaqueara, y eso le hizo sentir un gran orgullo.

Un jueves, al final de la jornada de trabajo, decidió que había llegado el momento de ampliar su técnica y su campo de investigación. Recurrió al pedazo de papel que le había pasado el tipo llamado Antonio y lo llamó. El hombre fingió estar sorprendido, y se dio importancia. Émilie jugó a halagarlo y le propuso encontrarse en la cervecería de la que había hablado él la tarde en que se conocieron. Antonio mordió el anzuelo y le propuso crudamente citarse en la perrera aquella misma tarde. Émilie insistió en ser ella la que pasara a recogerlo, cosa que lo divirtió.

Febril, llamó a la puerta de su casa a la hora convenida. Estaba situada en el corazón de una urbanización de las afueras, una docena de cabañas de

madera. Planchas, instrumental de surf y material obsoleto de inmersión abarrotaban el cobertizo adosado al edificio principal. La guinda del espectáculo era un Clio Sport rutilante, con llantas de aluminio y pintura gris metalizada, que reinaba en mitad del patio. La puerta se abrió, apareció Antonio, todo sonrisas, y la invitó a entrar y a beber una copa antes de reunirse con los amigos en el Red.

Émilie coqueteó:

—¡Por qué no!

Antonio se apartó para dejarla pasar. Ella se escurrió dentro, pero tuvo cuidado de rozarlo pese a todo, a fin de romper el hielo y de poner a prueba sus propias capacidades para entrar en contacto físico con un ser humano. Pasó el test con nota alta.

El interior de la casa rivalizaba con el exterior: un piso de soltero, con polvo, ropa sucia amontonada y cartones de *pizza*, todo ello rodeado por una decoración conmovedora de surfista trotamundos, más algunos grandes cuadros abstractos del más puro estilo *cool*. Repulsivo y conmovedor a la vez; mil veces más *cool* que la caravana destartada, pero no demasiado distinto del aspecto que tenía su apartamento de tres años atrás. Segundo test aprobado.

Émilie decidió quedarse.

Boletos de rasca y gana y platos sucios cubrían por completo la mesa baja del salón. Antonio trajo dos latas de Super Bock y liberó un poco de espacio para colocarlas. Le señaló el sofá.

—No hagas caso del desorden.

Émilie soltó una risita y echó una ojeada a las fotos de las paredes.

—Parece que viajas mucho.

—En cuanto puedo ahorrar un poco de dinero.

Sirvió dos vasos.

—Y si el ayuntamiento me deja tomarme más de dos semanas seguidas de permiso.

—Empleado municipal, ¿no es eso?

Antonio asintió, y luego se inclinó hacia ella y se dio aires de misterio.

—Y si necesitas planos, o material de jardinería a buen precio, pregunta por Antonio, ¡siempre encontraremos una solución!

Émilie puso cara de interés. Alzó su vaso, y los dos brindaron.

—Por los bellos encuentros inesperados —dijo Antonio.

Émilie sintió ascender en su interior un hormigueo desagradable. Lo reprimió como pudo y tomó uno de los cartones de Millionnaire esparcidos por la mesa.

—¿Juegas a estas cosas, tú?

Antonio se acercó a ella.

—¿Tú no?

—No le veo ningún interés.

Él levantó los brazos en signo de rendición.

—¡Es la historia de mi vida! Perder mi dinero intentando salir de este lugar.

Émilie rio de buena gana. Antonio se envalentonó. Puso la mano en el muslo derecho de ella y la besó. Ella lamentó inmediatamente haber ido. En su pecho, los manoseos se convirtieron en laceraciones. Revivió imágenes violentas. Tuvo que luchar mentalmente para resistirse al deseo de partirla la lata de cerveza en el cráneo, como si debiera hacerlo, como si él encarnara el Mal. Aquella pulsión la asustó. Peor aún, estableció un paralelismo entre Antonio y Simon, en relación con el accidente y su amputación. La idea de golpear a Antonio / Simon para vengarse y erradicar el Mal atravesó una vez más su mente. Comprendió entonces que se trataba de una especie de prueba para testar su voluntad de encontrar a Simon afrontando a sus demonios. Como dos semanas antes, en aquel bar del centro, le faltaba el aire. Esta vez, sin embargo, estaba preparada.

Se concentró en su paquete de JPS negro, que guardaba en el bolsillo exterior de su bolso, y rechazó a Antonio suavemente con la mano.

—¡Eh! —protestó.

Antonio sonrió con arrogancia para disimular, y se apartó un poco.

—No tenía intención de incomodarte.

Por toda respuesta, Émilie sacó un cigarrillo, lo encendió con una pose enigmática e inhaló largamente para calmarse. La nicotina tuvo el efecto previsto, su ritmo cardíaco se normalizó, ella respiró de nuevo. Podía soportarlo. Era una primera victoria, y se sintió orgullosa. Para celebrarlo, Émilie aplastó su colilla en uno de los platos sucios y bebió un sorbo. Antonio atrapó su vaso de cerveza y lo vació de un trago.

Ella rompió a reír.

—Bueno, ¿me llevas a esa cervecería?

Antonio se relajó y pensó que la velada quizá no había terminado aún de

forma definitiva para él.

Émilie depositó un beso en su mejilla, se levantó de un salto y le tendió la mano.

—¿Sin rencor?

Antonio aceptó de buena gana.

—Sin rencor.

—Entonces, ¡en marcha!

El Red. Rojo como el color de la tapicería de las paredes y como los machos en celo que poblaban los alrededores de la minúscula pista de baile.

La cervecería estaba llena, el ambiente era alegre. Después de la sesión del beso húmedo adolescente a solas con Antonio y de un mes y medio de abstinencia, Émilie encontró aquello interesante y sugerente.

A lo largo de la velada, llegó hasta los límites que le dictaban su cuerpo y su debilidad mental para mantener el control de sí misma. Hizo lo que se esperaba de ella: pidió un mojito como las chicas de la panda, les rio los chistes a Antonio y a otros tíos que habían pedido, por su parte, vodka o *whisky* con cola, rechazó cortésmente las invitaciones a bailar para disimular su discapacidad, pidió otro mojito, coqueteó, escuchó con aire distraído las conversaciones, pagó una ronda en el bar, vació su tercer vaso, este de invitación, flirteó un poco, y simuló que la cabeza le daba vueltas cuando los avances de Antonio resultaban demasiado explícitos. Durante ese tiempo inspeccionó el lugar con el rabillo del ojo, vigiló las entradas y las salidas, aguzó el oído. Si Simon había cruzado aquella puerta, ella no lo detectó.

El Red se vació poco a poco, los mojitos se sucedían, Émilie volcaba dos de cada tres en el vaso de su vecino. Antonio estaba borracho y dormitaba en su asiento. Cuando el reloj colocado encima de la barra marcó las dos y media, Émilie decidió que Simon ya no vendría. Saludó a las personas aún presentes, y guiñó un ojo a Antonio, que se levantó titubeando para acompañarla hasta su coche. Se dejó manosear un momento, sin placer, pero sorprendida de su capacidad para soportarlo. No pudo sin embargo reprimir un escalofrío de disgusto cuando la mano de Antonio se deslizó bajo sus bragas. Ella se zafó enseguida del abrazo cuando las caricias se hicieron demasiado insistentes. Atontado por el exceso de alcohol, Antonio tuvo que

agarrarse al retrovisor para no perder el equilibrio. Émilie aprovechó el momento para abrir la puerta de su coche e instalarse al volante.

Cuando Antonio intentó entrar también ella le hizo una seña clara de que «no», con el índice. Dijo:

—Es tarde.

Antonio hizo una mueca.

—¿Quién me lleva a casa, entonces?

Émilie fingió no haber captado el sobreentendido. Encendió su último cigarrillo, arrugó el paquete y lo metió en su bolso.

—Tengo que trabajar temprano mañana.

Arrancó en tromba y salió del aparcamiento. Para concluir dignamente su primera salida sin crisis de pánico, marchó en dirección a la playa y ascendió por el camino arenoso que llevaba a la cima de la duna. Una vez arriba, apagó la música, salió del vehículo y recibió el equivalente a un *uppercut*, un golpe de boxeo de abajo arriba, en pleno pecho. La tempestad que se cernía sobre la costa desde hacía dos días había alcanzado su apogeo. No llovía, soplaba un viento continuo e insensato que venía de alta mar. Émilie apenas podía tenerse de pie. Abrió las piernas y los brazos para saborear la desmesura de los elementos y avanzó hasta tropezar con una valla de madera.

La escena tenía un lado melodramático casi wagneriano.

Redobles de tambores: el rugido terrible del océano, las olas abatiéndose en ráfagas invisibles debajo de ella. La noche era oscura, y los faros del coche, detrás, no llegaban a atravesar el muro de brumas y de arena que le azotaba el rostro. La sombra de Émilie flotaba a pocos metros, fantasmal e inestable, como si una borrasca un poco más violenta que las otras fuera a llevársela. Lágrimas de sal y de arena bañaban sus mejillas. Una sensación inaudita de felicidad y de vida la exaltó, y se desvaneció enseguida. Émilie sintió un breve sofoco, y volvió para resguardarse en el coche. Se aferró al volante, cerró los ojos y se echó a reír.

Con las primeras luces del alba, el viento amainó. Descendió una bruma espesa y húmeda. A quince kilómetros de allí, en sus jaulas, los perros habrían empezado a ladrar. Transida de frío, Émilie dio media vuelta para regresar.

Tomó la carretera que bordeaba la costa, y se desvió a la entrada de Begaarts para evitar la vía rápida y cruzar el centro. En la calle General Leclerc, se detuvo delante del bar-estanco que hacía esquina. El camarero sirvió una cerveza a un cliente y se acercó para tomar su pedido.

Émilie enseñó un billete de veinte euros.

—Dos JPS negro, por favor.

Vio el expositor de *Française des Jeux*,^[2] pensó en Antonio y sonrió.

—Póngame también uno de esos cartones de juego.

—¿Cuál?

Émilie plantó el dedo sobre un cartón, al azar. El camarero carraspeó.

—¿Un bingo?

—Que sea un bingo.

El hombre fue a la caja y le devolvió el cambio con su compra. Ella guardó las cajetillas en el bolso, estudió las reglas en el dorso del cartón, no entendió gran cosa, le dio la vuelta y rascó con una moneda de cincuenta céntimos. Apareció una serie de números repartida en varias casillas. Émilie tendió el cartón al camarero y le preguntó si había ganado algo. El hombre sacudió la cabeza con aire aburrido, y añadió, como si fuera lo único que se pudiera hacer:

—¿Quiere otro?

Émilie ironizó.

—En otra ocasión, quizá.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. El tipo acodado en la barra apuró su cerveza, bajó de su taburete y pidió dos paquetes de cigarrillos.

El camarero preguntó:

—¿Camel Blue light como de costumbre, Simon?

—Vale.

Con la mano ya en la manecilla de la puerta, Émilie se detuvo en seco. Volvió despacio la cabeza. Captó a toda velocidad el perfil del tipo. Unos cuarenta tacos, corpulento, hombros anchos, corte de pelo a cepillo y mono de trabajo. Su corazón se disparó hasta casi romper el pecho. Pensó: «¡Es él, santo cielo!». Empujó la puerta, corrió cojeando hasta su coche, puso el motor en marcha y esperó con los ojos clavados en el retrovisor central.

El tipo salió poco después con un cigarrillo en los labios. Sus andares eran descuidados. Se tomó tiempo para encenderlo, echó una ojeada a la derecha,

a la izquierda, cruzó la calle, llegó a la acera opuesta con largas zancadas y se metió en una berlina azul que tenía los parachoques y los bajos salpicados de barro. Arrancó enseguida y remontó la calle.

Émilie le dio cincuenta metros de ventaja. Lo siguió hasta la vía rápida, que él tomó en dirección sur. Embocó la primera salida, cinco kilómetros más allá, pasó el puente, rodó en paralelo a la vía rápida unos doscientos metros y giró a la izquierda delante de un panel: «Incubadoras del Adour–6 km.». Émilie conocía el lugar. Hectáreas de pinos que se perdían de vista, partidas en dos por una línea eléctrica de alta tensión, hasta las instalaciones de uno de los mayores productores de patos y ocas de los alrededores.

La carretera estaba en muy mal estado. Émilie disminuyó la marcha. Delante de ella, el tipo zigzagueaba a toda velocidad entre los baches. Estaba a punto de perderlo de vista cuando él frenó bruscamente y giró de nuevo a la izquierda. Cuando ella llegó al nivel del cruce, había desaparecido. Un camino de tierra constelado de charcos se adentraba en la pineda. A la entrada, un panel metálico llevaba grabados un nombre, «Les Arthauds», y un número, el 2377. También había un único buzón de correos, clavado en el extremo superior de un poste de madera.

Émilie aparcó en el arcén, se apeó del coche, y se adelantó temblorosa hasta que pudo leer el nombre del propietario. Luego levantó la cabeza y paseó la mirada despacio por los alrededores.

—Simon, Simon —suspiró—. ¿Era aquí entonces donde te escondías?

[2]. *Française des Jeux* es una empresa pública francesa que tiene el monopolio de las loterías y las apuestas deportivas. (N. de la E.)

Todo lo que se necesitaba ante la presencia de un poli en el lugar de un crimen era prudencia, más prudencia todavía, y un poco de suerte. Émilie simuló estar sorprendida y no encendió su cigarrillo hasta haber llegado al portal. Sonriente, el oficial de la policía judicial esperó a que ella estuviera a su altura para saludarla.

Agitó luego su dedo índice en el aire y lo movió de izquierda a derecha en un gesto de reproche que significaba: «¡Me ha mentado usted, joven!».

Dijo:

—22 de abril de 2011.

Émilie señaló su prótesis con el mentón y respondió de inmediato:

—Le agradezco su delicadeza.

—Simon Diez...

—¿Sí?

—Estaba allí, el día de su accidente.

Émilie vaciló. Sabía exactamente dónde quería llegar el poli. Pensó: «Sabes que Simon conducía el coche que me dejó sin pierna, ¿y qué?».

Balbuceó:

—No entiendo.

El poli se acercó.

—Usted me dijo que no lo conocía.

Rebuscó en el bolsillo interior de su guerrera y extrajo de él una copia del parte del accidente. Émilie reconoció de inmediato el documento oficial, era el mismo que guardaba entre sus cosas. Lo tomó. El nombre de Simon Diez estaba escrito con todas las letras, así como su dirección de entonces. Se sabía todos los detalles de corrido. Fingió recuperar la memoria al recorrer con la mirada las primeras líneas.

—Me acuerdo, sí...

Le devolvió los papeles y sacudió la cabeza.

—Qué doloroso es todo esto.

Las lágrimas asomaron a sus ojos. No tuvo que forzarlas: su muñón le hacía daño de verdad, y estaba muerta de miedo. El poli la observaba. Émilie bajó la vista y lo observó a su vez con disimulo, cuidando de evitar mirarlo directamente. El poli no se estaba quieto. Manoseaba nervioso los documentos. Émilie intuyó alguna otra cosa en su actitud, pero no alcanzó a dar nombre a su sensación.

El gendarme dobló en cuatro el parte del accidente y se abanicó con él, dándose importancia.

Permanecieron silenciosos durante casi treinta segundos, él mirando a Émilie, ella buscando por todos los medios una manera de salirse por la tangente y echar de allí a aquel poli entrometido.

Émilie fijó la vista en sus pies. En su mente se dibujaba un escenario de catástrofe. Se dijo que el poli habría preguntado en todas las agencias de la propiedad de Begaarts, que los empleados le habrían facilitado el retrato robot de una mujer joven que buscaba a un tal Simon Diez. La mujer joven cojeaba. Su actitud era sospechosa. Otro escenario posible: Simon se despertaba y se ponía a gritar. Sus gritos resonaban en el cobertizo y en toda la perrera, amplificadas pronto por los ladridos de los perros. Émilie se estremeció y apretó el puño derecho sobre una culata imaginaria. Visualizó mentalmente el revólver, encerrado bajo llave en el cajón del mueblecito del cobertizo. Calculó el tiempo que necesitaría para ir a buscarlo, no importa con qué pretexto, y volverlo contra ella misma o disparar al poli. Se imaginó hundiendo el coche del poli junto al de Simon, y luego tomando un tren y huyendo hacia la frontera española. Sus posibilidades de éxito eran insignificantes, ¡puta prótesis! También podía rendirse, ahora mismo, y poner fin a toda aquella historia. Alzó la cabeza y las miradas de los dos se cruzaron. Ella se preguntó enseguida si el poli podría leer sus pensamientos. Se imaginó lo peor y olvidó la prudencia. Su tensión se disparó, y su cerebro empezó a desvariar.

Arrojó su colilla.

—Yo...

El poli interpretó mal sus intenciones. Posó la mano en el hombro de Émilie, como para consolarla.

—Lo siento, no pretendía hierla haciéndole revivir aquellos momentos terribles.

Émilie se puso rígida pero le dejó hacer. La mano del poli se deslizó hacia

su omóplato. Émilie se esforzó en reflexionar. Sentía que algo no iba bien. El comportamiento del poli era extraño. Echó una ojeada al automóvil de la gendarmería vacío, plantado en mitad del vado, y súbitamente tuvo conciencia de dos cosas.

Una: en esta ocasión el poli en jefe había venido sin su subordinado.

Dos: no tenía absolutamente nada contra ella. No venía a arrestarla ni a registrar la perrera. No sospechaba ni por un segundo que Simon Diez estuviese allí, al alcance de su voz. Fue solo en aquel instante, al levantar la cabeza, cuando comprendió su error. Vio claramente los ojos del poli pendientes de su cuello, de sus caderas y de su pierna izquierda. Advirtió cada uno de sus gestos febriles, con el documento en la mano, el tic nervioso de su ceja izquierda, el pliegue impecable del cuello de su camisa, las mejillas perfectamente rasuradas. Notó el olor del agua de colonia y la tensión sexual que desprendía la palma de la mano del poli en su omóplato. El parte del accidente era un pretexto. La investigación sobre Simon Diez era un pretexto. El vehículo aparcado de través en el vado para impresionar a la galería, el escudo oficial de la policía judicial con los colores de la República, los aires de importancia, todo aquello, un amasijo de jodidos pretextos. Émilie sabía ahora lo que quería el poli.

Estaba aquí solo por ella.

Le invadió un sentimiento de alivio, seguido de una fuerte y repentina subida de adrenalina. Consiguió sin embargo dominar su cólera. Se tragó sus lágrimas y retrocedió un paso. Incómodo, el poli no supo qué hacer con su mano suspendida en el aire, y la hundió en su bolsillo.

Émilie preguntó:

—¿Se me está insinuando?

El poli abrió mucho los ojos, desconcertado por la pregunta.

—No.

—No le creo, es eso, ¡se me está insinuando!

El poli retrocedió a su vez.

—¡No, claro que no!

—¿Piensa usted que tengo el aspecto de una mujer fácil, teniente...?

Émilie se dijo que, decididamente, nadie la tomaba nunca en serio, y aquello le provocó una rabia loca. Reprimió las ganas de echarlo todo a rodar. «¡Su desaparecido está aquí! En ese cobertizo, detrás de mí, en una mesa de operaciones para perros. ¿No me cree capaz? ¿Quiere comprobarlo por sí

mismo?». Optó por callar porque aquel poli no lo merecía. Leyó con atención su chapa de identificación antes de seguir.

—Teniente Vetter —dijo con una voz hiriente, poniendo énfasis en cada sílaba—. ¿Piensa usted en serio que, por el hecho de estar enferma, me siento necesitada hasta el punto de saltar al cuello del primer teniente de la gendarmería que aparezca?

Al oír su propio nombre, el poli reculó aún más, rojo de confusión.

—¡No!

—¡Y tanto que sí!

Émilie culeó, encendió un nuevo cigarrillo y se plantó en una pose provocativa.

—¡Esta sí que es buena!

Ahora el poli se había puesto de perfil, y lanzaba miradas desesperadas hacia su coche.

—¡Está usted loca!

—¿Y hace usted esto a menudo?

—¡No!

—¿Qué es, entonces? ¿Ha hecho una apuesta con su colega?

—No le permito pensar que...

Ella escupió en el suelo.

—¡Yo me permito lo que me da la gana, puto tarado!

Un camión cargado de troncos de pino hasta arriba pasó en tromba por la carretera. Émilie lo siguió con la mirada hasta que desapareció, y luego dirigió al gendarme una mirada retadora. Finalmente, pivotó sobre sí misma y lo dejó plantado. No había cubierto aún la mitad de la distancia que la separaba de la caravana cuando el teniente Vetter se marchaba por donde había venido, con el rabo entre las piernas.

Émilie no se permitió mirar atrás hasta haber llegado al patio.

El poli se había largado definitivamente.

Cruzó el césped, apretó el botón del cierre automático de la verja y se sentó en un taburete. Aplastó su cigarrillo en el cenicero y, al retirar su mano agitada por temblores, comprendió que estaba metida en un embrollo. Encendió el aparato de radio y eligió una frecuencia que emitía música

electrónica.

El dolor en el pecho y en la pierna se hizo intolerable. Émilie sacó la dosis de Fentadon del armarito de encima del fregadero, dejó la mayor parte en su sitio y se preparó un cuarto de dosis en una jeringa, buscó una vena en su muslo y se inyectó sin titubeos. La química analgésica operó al cabo de cinco minutos y los dolores desaparecieron casi al instante.

—¡Santo cielo!

Émilie se sentó en el sofá, sacó un cigarrillo y se refugió en su delirio psíquico personal para meditar en las opciones que se le ofrecían.

¿Cómo había llegado ella hasta este punto?

Los titulares de sucesos estaban saturados de insensateces parecidas. A cada día, su medida de miseria humana. En Golbey, Vosgos, un tipo atrincherado en su casa con un fusil de caza amenazaba enloquecido con pegarse un tiro. Otra región, otras costumbres: un tipo en el Var asesinaba a toda su familia mientras dormían por una historia de endeudamiento excesivo. En otra parte, en el suroeste esta vez, otro tipo se tiraba por la ventana del quinto piso de su vivienda. Otro más, Dios sabe dónde, había sacado un arma automática en un centro comercial o en una escuela y había tiroteado a todo lo que se movía antes de saltarse la tapa de los sesos. Otro aún, ya ves, apuñaló a varios transeúntes al azar, en una calle peatonal de la aglomeración de Grenoble, en plena temporada de rebajas. Un último ejemplo, más entusiasta y ambicioso que la media: el empleado modelo de una empresa privada de transportes de fondos, se le fundieron los plomos un buen día y desvió algo más de once millones de euros, esperando *sinceramente* salir airoso, según confesó cuando lo atraparon. Dos millones y medio habían volado, de todos modos. A fin de cuentas, quizá no era tan descerebrado como parecía.

Y en medio de todo aquello, una tal Émilie Boyer, treinta y nueve años, empleada en la perrera Amorena, municipio de Begaarts, disparaba a bocajarro en la pierna a un tipo que había chocado con su coche un siglo antes, sumergía su cacharro, un Passat azul, en un estanque, y lo secuestraba con la secreta esperanza de... ¿de qué, en concreto? ¿Un milagro? ¿Una jodida revelación? ¿Un ángel bajado del cielo en un halo de luz que haría rebrotar su pierna?

La verdad es que aquel maldito tarado de poli tenía razón.

Simón tenía razón.

Antonio, los clientes del centro comercial, los empleados de las agencias inmobiliarias, sus antiguos colegas del hospital, la sociedad, todo el mundo tenía razón.

Émilie estaba loca, completamente loca. Ignoraba lo que hacía, y por qué lo hacía. Dos minutos antes, estaba dispuesta a matar a un poli. Y a Simon, antes de intentar salvarle de una infección. Y a un chucho llamado Bop. Y al mundo entero, ¡coño! Y para terminar, a meterse una bala en el cráneo.

El Fentadon incrementó su potencia y alcanzó la velocidad punta.

Émilie dijo:

—¿Y ahora?

La vocecita suave de Isabelle murmuró a su oído:

—Te quiero.

Las voces a coro del teniente Vetter, de Simon, de Antonio y de los demás:

—Todos queremos besarte.

Émilie se cogió la cabeza entre las manos.

—¡Yo no estoy loca!

El coro al completo, incluidos Isabelle y los inquilinos de la perrera:

—¡Te necesitamos!

Las paredes de la caravana ondularon al ritmo de los bajos de la música electrónica. El espacio se encogió y se dilató en un único movimiento suave y armonioso. Émilie parpadeó y se quemó los dedos con su cigarrillo consumido. Sabía que todo aquello era solo fruto de su imaginación y de los efectos de la droga, pero tenía ganas de creer que existía de verdad.

Y existió.

Extendió los brazos hacia los lados; sus dedos alcanzaron las mamparas, las atravesaron como si fueran de miel, y asomaron del otro lado. Las voces de su cabeza resonaron y se desagregaron en una infinidad de susurros apagados. Émilie se levantó, el suelo se movió bajo sus pies, volvió a sentarse y esperó a que su respiración recuperara poco a poco con una cadencia normal. La caravana cesó por fin de moverse.

Émilie se sentía increíblemente bien.

Pasó una hora, una ligera migraña acompañó su descenso. Se levantó de nuevo, esta vez sin vacilar. Se acercó a la ventana. Desde allí veía la verja de

entrada, la fachada sur del cobertizo y, si se inclinaba un poco, la puerta corredera. Estaba entreabierta; no mucho, lo justo para dejar pasar a un hombre. Émilie se estremeció. Se vio a sí misma cerrarla después de que sonara el timbre de la entrada, poco antes, a la llegada del poli. En ese punto, sus recuerdos eran muy precisos.

Su paranoia se disparó. Pensó: «¡Teniente Vetter, maldito pirado entrometido de mierda!».

Se precipitó fuera, recogió sus muletas al paso y corrió cojeando al cobertizo. Se inmovilizó al abrigo de la pared y aguzó el oído. Ningún ruido. Pasó con cautela la cabeza por la abertura y barrió el espacio con la mirada. Nada, tampoco. Se fijó en el mueble en el que había guardado el revólver, y sacó las llaves del bolsillo. Se adentró después en el cobertizo, lo atravesó pegada a las paredes y no recuperó su respiración hasta haber alcanzado su objetivo. Abrió el cajón con la llave, soltó una de sus muletas y metió la mano dentro para recuperar el arma. El contacto de la culata la alivió por un instante. Dio media vuelta y apuntó con el revólver en todas direcciones.

Llamó:

—¡Teniente Vetter!

El eco de su voz rebotó en las paredes de chapa ondulada. Émilie trató de recordar si el poli iba armado, o si había oído algún ruido de motor de automóvil, durante su pequeña sesión recreativa de Fentadon. Ninguna imagen ni sonido afloraron a la superficie.

Gritó:

—¡Sé que está usted ahí!

El mismo eco, el mismo silencio en respuesta. Émilie rodeó los *stocks* de palés y se dirigió hacia el fondo.

—Teniente Vet...

Se calló en seco cuando vio la puerta del laboratorio abierta de par en par. Entró con la muleta en un puño y el arma en el otro. La mesa de operaciones estaba vacía. Las correas que sujetaban a Simon una hora antes colgaban, a uno y otro lado. Émilie lanzó una retahíla de juramentos. Registró la estancia y el cobertizo en vano. Solo cuando estuvo de nuevo fuera, empapada en sudor, en mitad del patio, se tomó un respiro e intentó razonar. Simon se había escapado solo; el poli no tenía nada que ver, porque de haber sido así, ya habría aparecido para proteger al herido. Luego vio las huellas de sangre en la grava.

Se irguió, pivotó sobre sí misma varias veces trescientos sesenta grados y encontró por fin lo que buscaba: el bastardo llamado Bop la observaba, inquieto. Se había apostado junto al enrejado que bordeaba el bosque de pinos. Émilie no perdió un minuto. Volvió para colocarse la prótesis, se metió el revólver en el bolsillo y empezó a perseguir a Simon.

Aquella mañana de un viernes de enero, Émilie no se contentó con leer un nombre en un buzón de correo. Aparcó su Twingo a cierta distancia, al borde de la carretera, y subió a pie por el camino que llevaba al domicilio de Simon Diez, muy decidida a llamar a su puerta, exhibir su prótesis y reclamar las cuentas pendientes.

Llevaba unos cinco minutos caminando cuando el Passat azul de Simon apareció de pronto, unos doscientos metros, en dirección a ella. Dio un salto de lado y se tumbó en medio de un macizo de brezos y helechos secos. El vehículo pasó en tromba sin detenerse.

Émilie esperó a que el ruido del motor desapareciera para levantarse.

Calculó que, en el tiempo que tardara en volver a su coche, Simon estaría ya lejos, Dios sabe dónde. Miró un rato atrás, y por fin se decidió a entrar para satisfacer su curiosidad.

La casa surgió de detrás de un bosquete de sauces y de mimosas en flor, después de un buen kilómetro de marcha. Era una antigua granja reformada a fondo, de postigos azules y con el techo rematado por una antena inmensa — exactamente la clase de lugar en el que los padres de Émilie habrían deseado verla criar una pequeña familia: un marido manitas y aficionado a la naturaleza, niños jugando a la pelota en el césped, berlina para papá, monovolumen para mamá—. Aquí no había rastro de otro coche o de juguetes infantiles. Ladrillo visto, césped cuidado, huerta vallada, cabaña para guardar las herramientas en un rincón, todo ello rodeado por un bosque de pinos, al abrigo de miradas indiscretas. Después de todos los esfuerzos que Émilie se había tomado para encontrarlo, se sintió sorprendida, casi decepcionada. Había imaginado algo más sórdido. Una choza de cazador, una *roulotte*, una barraca de chapa ondulada y tablones podridos, quizás algo parecido a la caravana apolillada en la que vivía ella. Petrificada, trató por un instante de convencerse de que era mejor marcharse y abandonarlo todo, pero la curiosidad pudo más.

Llamó, dos timbrazos cortos. No hubo ruido de pasos, ni el: «¡Un segundo, ya voy!» de una voz femenina, o los ladridos de un perro. Tomó nota, aguardó aún un minuto, y nada se movió. Empuñó entonces el mango de la puerta y lo hizo girar, sin ruido. La puerta no estaba cerrada con llave y se abrió sin rechinar.

Émilie cruzó el umbral.

El interior correspondía a la imagen de la fachada, desesperantemente sobrio y pulido. El interior medio de un individuo medio. Una estancia grande con cocina integrada, microondas, cazuelas en las paredes de un lado, sofá dos plazas, mesita baja, adornos sin valor en un estante, estufa de leña, *home cinema* y colección de discos y de DVD. El aroma a café flotaba aún en el aire.

Émilie llamó:

—¿Hay alguien?

No hubo ninguna respuesta. Entró por las buenas y cerró la puerta detrás de ella. Un hormigueo de excitación le cosquilleaba el vientre. Se quedó plantada allí un momento, al acecho del menor movimiento. Contó cuatro ventanas, una de ellas sin postigos encima del fregadero de la cocina. Exploró con la mirada las estanterías, los cuadros de las paredes; las llaves abandonadas sobre una revista, a su derecha; el jarrón de estaño sobre la mesita, al fondo. Se dio cuenta de que no había ninguna foto de familia. Se acercó a la estantería de los libros. Agarró sus muletas con una mano y recorrió rápidamente con la punta de los dedos de su mano libre los lomos de algunos libros sobre pesca y los títulos de los DVD, películas para el gran público, del género que aparecía en los expositores de las grandes superficies a precios reducidos; Émilie lo sabía, había comprado los mismos, o la mayoría de ellos.

Atravesó la habitación y encendió el ordenador. Pedía contraseña, intento fallido. Tecleó al azar un rato, y abandonó. La puerta del fondo daba a un pasillo corto. Cuatro puertas más. Émilie las abrió todas. Aseos, baño, armario ropero y habitación. Un solo cepillo de dientes sobre el lavabo del cuarto de baño, lo que confirmaba la teoría de la soltería. Nada fuera de lo habitual en el armario del botiquín; una caja de doce preservativos, Émilie los contó, faltaban tres. Se le apareció su reflejo en el espejo de la puerta al cerrar. Sus ojos brillaban con una luz extraña. No vio en ellos ninguna forma de estrés. Su brazo apenas tembló cuando empujó la puerta de la alcoba para

explorar la última estancia.

Cama deshecha, armario ropero abierto de par en par, seis pares de zapatos, prendas de moda, tampoco allí ninguna foto. Émilie pasó la mano por detrás de las pilas de ropa. No encontró más que polvo y un calcetín agujereado. Revisó los cajones de una cómoda, uno por uno. Revolvió los papeles, encontró un talonario de cheques, a nombre de Simon Diez, de la agencia del Crédit Mutuel de Begaarts; facturas de la luz, un aviso de Hacienda y hojas de salario. Una llamada de alerta resonó en el cerebro de Émilie. Tomó el montón de papeles y lo examinó con más atención. Las pagas eran por cuenta de la empresa Sarlat para un puesto de obrero agrícola. La más antigua se remontaba al 4 de enero de 2011, cuatro años antes. Émilie memorizó el nombre y la dirección, y dejó de nuevo todo en su sitio.

El último cajón le reservaba una pequeña sorpresa.

Una pila de revistas pornográficas —Simon Diez era un soltero heterosexual— y un revólver, envuelto en un trapo grasiento, acompañado por una caja grande de proyectiles.

Émilie pensó: «¡Sigue el olor del hombre que ama a las mujeres abiertas de piernas en papel satinado y las armas de gran calibre!».

Metió al instante la mano en el cajón. Un gato salió de ninguna parte y se frotó contra su pierna. El corazón de Émilie dio un salto en su pecho. Sus dedos se crisparon mecánicamente sobre la culata del arma y se revolvió, dispuesta a disparar. Asustado, el gato se refugió debajo de la cama.

Émilie apuntó al colchón y susurró:

—¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

El revólver no estaba cargado. Pesaba toneladas y parecía nuevo. Émilie olisqueó el cañón, que olía a lubricante. Deslizó el arma en la cintura de su pantalón tejano, cogió la caja de las balas, la metió en su bolso y salió de la casa.

Simon Diez era un tipo vulgar. Émilie, una espía de primera clase. Se olvidó de los bares, las plantas de los supermercados, los flirteos estériles y las agencias inmobiliarias. En adelante se dedicó a dos actividades sin la menor relación entre ellas: criar perros y espiar hasta el menor detalle de la vida de Simon.

Regla número uno: conócete a ti misma, no desafíes a los dioses. La primera tarea por cumplir consistía en precisar lo que Émilie quería saber de Simon, aparte del hecho de que tenía un arma de fuego. Había una respuesta inequívoca para esa pregunta: todo. ¿Por qué? Porque era algo humano, catártico, excitante y malsano. ¿Pero además? Porque después de haber encontrado su pista, Émilie sufría aún de pesadillas despierta durante el día, y de insomnio por las noches. Sentía hormigueos permanentes en su pierna izquierda ausente, pero aún no le había vuelto a crecer, ni por milagro ni simbólicamente. Ni siquiera en sueños.

El arte de la guerra, regla número dos: aprende a conocer a tu enemigo. En primer lugar, su arma.

Aquella misma noche, provista de una linterna, se internó en la pineda de detrás de la perrera, y caminó hasta que dejó de oír los ladridos de los perros. Allí se detuvo, se sentó sobre un tocón y estudió el revólver de cerca. Una vez hubo desmontado y vuelto a montar el mecanismo, sacó una bala y la alojó en el barrilete. Se puso en pie, dejó la linterna sobre el tocón y la orientó hacia un pino grueso; luego extendió la pierna derecha todo lo que pudo, y cargó su peso sobre la prótesis. Adelantó el cuerpo para apuntar, montó el percutor, contó hasta tres y apretó el gatillo. Clic. Su ritmo cardíaco subió por encima de las cien pulsaciones por minuto. Émilie retuvo la respiración y apuntó de nuevo con los brazos extendidos. Visualizó a Simon Diez y tiró tres veces seguidas. Clic. Clic. A la tercera fue la vencida. ¡Bang! Su corazón rozó las ciento treinta pulsaciones. Émilie cerró los ojos. Le pareció que el eco de la detonación no acababa nunca de extenderse, de pino en pino.

El revólver funcionaba.

Émilie bajó los brazos, recogió la linterna y la apagó. Una vez en la oscuridad, escrutó las tinieblas en todas direcciones, como si hordas de vecinos o de policías alertados por el ruido del disparo fueran a acudir de un momento a otro. Nadie apareció. Volvió a encender la linterna y se acercó al árbol. Lo inspeccionó y no encontró ningún impacto de bala. Volvió sobre sus pasos, hizo el vacío en su mente y recargó el revólver. Disparó las seis balas. Los oídos zumbando, calambres en los antebrazos y el corazón a ciento sesenta. El cañón del arma ardía. Volvió hasta el árbol y encontró tres grandes rasguños a la altura de su pecho. Se concedió cinco minutos para recoger y ordenar su material, y volvió a la perrera.

Émilie pasó buena parte de la noche limpiando el revólver, contando las

balas que le quedaban y preguntándose qué coño iba a hacer con el arma de fuego del tipo que había chocado con su coche hacía exactamente tres años y nueve meses.

El fin de semana siguiente, Amorena se quedó a dormir en la perrera y no le dejó un solo instante de respiro. El lunes, se levantó temprano, se lavó y se preparó para el trabajo. Los disparos resonaban aún en su cabeza mientras desenrollaba la manguera para limpiar las jaulas a chorro. A mediodía, durante su pausa para el almuerzo, subió al Twingo y fue a vigilar las proximidades de la entrada del domicilio de Simon. Volvió al trabajo a las dos de la tarde. A las cinco y media, estaba de regreso.

El Passat asomó poco después de anochecer. Émilie se permitió un paseíto bajo las ventanas de Simon en cuanto se apagaron las luces de la terraza. Mantuvo una distancia razonable entre ella y las ventanas.

Eligió el mejor ángulo de visión, el del mueble de la cocina que hacía esquina: Simon enciende el hornillo, Simon pone agua a calentar, Simon fuma un cigarrillo y abre una Heineken, Simon se desviste para darse una ducha, apura su cerveza, desaparece en el cuarto de baño y vuelve a aparecer diez minutos más tarde en calzoncillos y camiseta negra para acabar de preparar su cena, Simon come su pasta con salsa boloñesa mientras mira los guiñoles del telediario, Simon bosteza, eructa, fuma de nuevo y bebe otra cerveza, Simon despeja la mesa y se instala en el sofá rascándose los huevos, Simon abre un libro, lo vuelve a cerrar, zapea una y otra vez, Simon se pone una chaqueta, sale al césped, fuma dos cigarrillos mirando al cielo, entra de nuevo, apaga las luces y se va a acostar, buenas noches Émilie, ¡que tengas bonitas pesadillas, y limpia bien el revólver que me has robado!

El mismo escenario el martes, los días siguientes y la semana después. Simon era tan regular como un reloj. Pasada la excitación de su pequeña intrusión en la casa y el descubrimiento del arma, Émilie vacilaba. Sin embargo, algo en su interior le ordenaba continuar. Así pues, volvió una y otra vez. Lo espío también en su lugar de trabajo, con menos frecuencia; una mujer con una sola pierna en un Twingo, por las cuatro esquinas de los bosques del departamento no podía pasar desapercibida. Cuando se hartó, espío a Sarlat, su jefe, y a los otros obreros: sus horas de salida, los bares que frecuentaban, con o sin Simon, sus parejas o sus niños. Anotó la forma en que empleaban el tiempo, sus direcciones. Hizo equilibrios entre sus horarios de trabajo y los de Simon. Se deslizó de nuevo, de noche, bajo las ventanas de

Les Arthauds para comprobar que no había cambiado en nada sus hábitos. Iba siempre dos veces por semana a hacer la compra en el pequeño supermercado de Begaarts-Playa, cenaba en casa de un compañero u otro la noche del sábado, se ocupaba del jardín los sábados, se quedaba en cama todo el domingo. El resto del tiempo, curraba y llevaba una vida de gilipollas, como Émilie. Todos los viernes por la mañana, antes de entrar a trabajar, paraba en el bar-estanco donde ella lo había encontrado para comprar dos paquetes de Camel Light y beber una cerveza de barril, como una especie de rito. Era el único momento en que Émilie se autorizaba una excepción a su pequeño reglamento interno. La técnica era siempre la misma. Esperaba a que él se hubiera instalado, entraba, pedía cigarrillos y un cartón de bingo, rascaba, perdía o ganaba poco, y se marchaba como había venido, sin una mirada para Simon.

Había visto los ojos de él, un día, en el espejo grande de detrás de la barra. Estuvieron clavados en su pierna todo el tiempo mientras ella pagaba y daba media vuelta para salir, y luego habían ascendido despacio hasta sus nalgas. Estaba más o menos segura de que él no se había dado cuenta de que ella lo observaba.

A principios de abril, dos días antes del aniversario de su accidente, vio a una mujer con él. Era jueves por la tarde, después del trabajo, y se dio cuenta de los esfuerzos que hacía él por gustarle. La asaltó dos veces, en el sofá. Émilie admiró la línea curva de sus nalgas varoniles y los músculos de su espalda. Su cara estaba colorada por el sofoco. Un seno de la mujer era más pequeño que el otro, pero en cambio tenía las dos piernas.

Émilie la oyó prometer, al despedirse, que volvería el día siguiente. No volvió a verla y, *a priori*, Simon tampoco. Durante algún tiempo, él bebió más cerveza y salió menos, pero al fin la rutina se impuso.

Pasaba más tiempo fuera. Abrió la cabaña de las herramientas y se dedicó al jardín y la huerta.

Émilie adoptó pequeñas manías. Se compró unos prismáticos y tomó mil precauciones, ahora que los días se alargaban. La vegetación renaciente le ofrecía el mejor de los escondites. Descubrió un puesto elevado, en voladizo, a ciento cincuenta metros. Entre los troncos de los pinos, el encuadre era perfecto. Tres veces por semana, se instalaba allí y observaba al hombre que cavaba, regaba, plantaba, cortaba. A Simon le gustaba esforzarse, como a Émilie. Se tomaba el trabajo con una actitud seria, respetuosa, el rostro

siempre mirando al suelo.

Un sábado a media tarde la emprendió con un roble enorme. El árbol estaba enfermo, roído por una plaga de escarabajo Gran Capricornio, y tenía algunas ramas muertas. El menor golpe de viento podía abatirlo. Émilie extendió un *foulard* sobre la alfombra de agujas de pino y helechos, se recostó en un pino para aliviar sus piernas, y se quitó la prótesis. Sacó los prismáticos de su estuche, ajustó la nitidez de la imagen y se colocó en posición.

El espectáculo podía empezar.

Simon hizo primero varios viajes entre la casa y el árbol. Calculó el mejor ángulo de corte durante un largo rato, y verificó que la hoja estuviera bien afilada. Émilie se dio cuenta de que dudaba, de que temía cometer un error de juicio. Sintió alivio al verle arrancar por fin el motor de la sierra mecánica. Hizo una mueca ancha en el eje de caída, hundió la guía a los lados para minimizar la zona de tala, e inició el corte propiamente dicho desde atrás. El roble cayó rozando la fachada oeste de la casa. El ruido fue ensordecedor. Astillas de madera muerta volaron en todas las direcciones. Simon se quedó quieto. Se volvió primero hacia la casa, luego hacia el árbol. Parecía asombrado por haber conseguido su objetivo. Émilie encontró aquello conmovedor. Distinguía mal su cara. Hizo girar la ruedecilla de los prismáticos para ajustar la nitidez, pero no lo consiguió. Lo imaginó sonriente, contemplando con satisfacción el trabajo bien hecho. Se alegró cuando le vio poner de nuevo en marcha su máquina y empezar la poda de las ramas.

Dejó a un lado los prismáticos y sonrió.

—Estamos bien aquí solos los dos, Simon, ¿no?

Ahuyentó con la mano un insecto y se tumbó. A pesar del ruido, se durmió. La humedad la despertó dos horas más tarde. Ya había caído la noche. Simon se afanaba en partir zoquetes de roble, a la luz de la terraza. Los chasquidos de la azuela en la madera y los resoplidos del hombre seguían un ritmo regular. Émilie se dio cuenta de que no había sido tan feliz desde hacía años.

Hubo otra mujer el mes siguiente, más joven.

El tiempo había mejorado. La nueva conquista de Simon apenas tenía

veinticinco años, y llevaba un vestido ligero y florido que ponía de relieve sus curvas. Era guapa a rabiar. Además tenía dos piernas, y un culo que Simon no se cansaba de admirar en cuanto ella le daba la espalda. Por un instante, a Émilie le entraron ganas de correr a su caravana, coger el revólver que escondía en una maleta debajo de su cama, y volver a dispararle dos balas en la cabeza. Aquella idea la dejó perpleja.

La chica visitó a Simon dos tardes seguidas. Él la llevó a cenar la noche del sábado a un restaurante de la costa donde servían pescado; Émilie se preguntó qué estaba haciendo ella, al otro lado del panel acristalado, viéndoles reír y chupar cangrejos y caracolas de mar, pero también entonces perseveró y no se perdió nada del espectáculo, agazapada en la sombra de una callejuela. Era como esos telespectadores mirones que, atrincherados en su sofá, con una *pizza* congelada sobre las rodillas, el móvil en una mano y el mando a distancia en la otra, se enganchan a un *reality show* y miran a los pobres tipos y las pobres chicas que representan su cotidianeidad y se cubren de ridículo exhibiendo la insignificancia de sus vidas. Ella asistió al momento en que Simon pagó la cuenta ruborizado, y les siguió a distancia hasta Les Arthauds. Les dio diez minutos de ventaja. El salón estaba iluminado pero vacío. Supo dónde estaban. Simon apostaba al premio gordo. Émilie se escabulló detrás de la casa cuidando de no hacer el menor ruido.

Sintió que algún tornillo se había soltado de verdad en su interior cuando se acurrucó junto a la ventana, con el oído pegado a los postigos cerrados, y se masturbó frenéticamente mientras escuchaba los gemidos, las risas y los jadeos del uno y la otra, deformados y atenuados por el doble cristal, sin saber del todo si eran de ellos o los suyos. Y, ¡maldita sea su estampa! aquello duró muchos minutos, y a ella le gustó, y su placer le dio miedo.

Aquella noche, Émilie volvió pensativa a la perrera. Nunca estuvo tan cerca de pararlo todo. Se repitió para sí misma, como un mantra: «Déjalo estar, Émilie, acepta la pérdida, olvida tu pierna izquierda, olvida el olor del macho y de su grueso calibre, recupera el control de tu vida y pasa a otra cosa». Cien veces se propuso volver a entrar sin ruido en la casa de Simon, abrir el último cajón de la cómoda y devolver el revólver a su lugar. Cien veces dejó de hacerlo.

Volvió al trabajo con la rabia de la desesperación. Multiplicó las horas extra para compensar sus repetidas ausencias. Amorena vio con buenos ojos aquel incremento de eficacia. Con el retorno de la primavera hubo nuevas camadas de cachorros y nuevos pedidos. Simon obsesionaba a Émilie, pero el número de inquilinos de la perrera aumentó, y con él la carga de trabajo. No volvió a tener un minuto para ella hasta junio.

Para festejar su primer fin de semana libre, se regaló a sí misma un día a orillas del océano. Apareció allí por la mañana temprano, cuando las playas estaban aún desiertas. Eligió un rincón apartado, se desvistió, se quitó la prótesis y nadó, nadó hasta que dejó de sentir los músculos de los brazos y la ausencia de su pierna. Cuando los bañistas empezaron a afluir, se vistió con un pareo y se refugió bajo una sombrilla. Pasó el resto del día mordisqueando galletas y observando a los surfistas que evolucionaban sobre las olas, más allá del banco de arena. Viento de levante, mar ondulado, no toda esperanza se había perdido. Émilie lo tomó como una señal positiva del destino.

Por la tarde, llamó a Antonio.

—En tu casa, directamente.

—¡Émilie, si ha pasado una eternidad! ¿Hacia las diez, te va bien?

—Prefiero ahora.

Él preguntó:

—¿Te llevo al Red después, entonces?

Ella replicó:

—Olvídate del Red.

Bebieron vino y tomaron tapas. Ella se le echó encima después de la segunda botella, y se dejó manosear durante una hora, pero cuando Antonio intentó desenganchar su prótesis se vio invadida por una fuerte náusea y por el deseo de matarlo. Lo rechazó violentamente, recogió sus cosas a toda prisa y escapó de allí con una excusa.

Eran apenas las nueve de la noche, e incluso follar se le hacía imposible.

Bañada en lágrimas, deambuló al azar por las calles de Begaarts y se encontró en las proximidades de la villa de Isabelle. Rodeó la tapia exterior, dio la vuelta a la flamante piscina nueva y se refugió bajo el cobertizo donde estaban instalados los muebles de jardín. Allí se acurrucó y cerró los ojos para calmar los latidos de su corazón. Cuando volvió a abrirlos, Isabelle estaba allí, como por encanto, a siete u ocho metros, instalada en su sofá, en combinación. Solo el doble cristal de la galería y la diferencia de temperatura

las separaban.

Las nuevas redondeces de Isabelle la hacían más deseable todavía. Su pecho estaba henchido, y el seno disimulado en parte por el sofá parecía a punto de estallar. Émilie tendió las manos, como para tocarla, acariciarla. Se desplazó un poco para verla mejor y vio con sorpresa el bebé que mamaba su leche con avidez. Se acercó al cristal reptando. Las lágrimas que brotaban de sus ojos deformaban la imagen. Le pareció ver que Isabelle sonreía hacia ella y simulaba el gesto de besarla con la punta de los labios. El cuadro era romántico; el aroma insistente de las rosas y de la glicina, y el olor a hierba cortada perfumaban la terraza. Émilie se acercó un poco más. Imaginó que la tomaba en sus brazos, la abrazaba, levantaba al bebé, lo instalaba en un cochecito, daba la mano a Isabelle y se llevaba a los dos lejos de aquí.

Murmuró:

—Estoy dispuesta de verdad a volver ahora, mi amor.

Estaba tan cerca del vidrio que se formó una nubecilla de vaho en la superficie.

—¿Todavía me quieres?

Isabelle no contestó.

El marido entró en el campo de visión. Émilie intentó ignorarlo pero Isabelle levantó la cabeza, le escuchó con atención y se echó a reír. Émilie hizo un gesto con la mano para indicarle que estaba allí, que el hombre no tenía nada que hacer en aquel lugar, pero Isabelle se concentraba ahora en un punto invisible situado detrás del marido y, de pronto, sus dos hijos mayores llegaron a la carrera, saltaron sobre el sofá, se apoderaron de los cojines y empezaron una pelea de almohadas. Resonaron gritos ahogados, Isabelle protegió con el brazo y entre risas la cabeza del bebé. Hubo una cabalgata y un torbellino de cuerpos infantiles sobreexcitados. El padre frunció el ceño y levantó la mano para restablecer la calma. Émilie gesticuló para advertirles que estaba allí, pero cuando se decidió por fin a dar golpecitos en el cristal, la habitación estaba vacía, la luz apagada, y los gritos alegres se habían desplazado a otro lugar de la casa.

Nadie se dio cuenta de su presencia.

Nadie oyó sus golpes.

Volvió a verse acurrucada debajo de la ventana de Simon, unas semanas antes, con el oído pegado al postigo, las piernas separadas, los dedos entre los muslos. La crisis de angustia extendió sus tentáculos, la vista se le oscureció.

Émilie se mordió la palma de la mano hasta sangrar para reprimir su deseo de gritar. Empezó a caer una lluvia fina y cálida. Los postigos rodantes del pabellón se cerraron todos simultáneamente, como si el mecanismo automático hubiese detectado el chaparrón y protegiera a la familia de toda intrusión.

—Pobre Émilie —gimió la voz híbrida en su cabeza—. Pobre loquita sin pierna y sin ilusiones, ¡deja ya de lamentarte de tu mala suerte y muévete, santo cielo! ¡Actúa!

Cuando Émilie entró forzando la puerta en Les Arthauds, dos semanas más tarde, la casa estaba vacía, y las temperaturas eran ya estivales.

La chica de veinticinco años que Simon había invitado al restaurante no estaba allí. Había algunas fotos de la pareja desparramadas sobre la cómoda, pero Émilie adivinó por el montón de latas vacías en la mesita baja del salón que la historia había terminado y la muchacha no iba a volver más.

Simon volvió del trabajo tarde aquella noche. Apestaba a alcohol y parecía un espectro. Émilie se estremeció y se aferró a sus muletas como si fueran flotadores salvavidas. Le vio arrugar las fotos, hacerlas pedazos, y luego rebuscar en la nevera, tumbarse en el sofá con una cerveza a la mano y dormirse como un tronco. Por primera vez desde hacía meses, ella tuvo la impresión de contemplarse en él como en un espejo. No percibió ni la decepción amorosa ni la soledad, sino el espectáculo de un hombre que no era más que el fantasma de sí mismo.

Solo vio el drama humano en un mundo en bancarrota.

Émilie se vio a sí misma.

Y a partir de ahí, no descuidó nada.

Durmió en el Twingo y esperó todo el día, la noche siguiente y el día después, a que él subiera a su coche y pasara delante de ella. Cuando por fin ocurrió, resistió las ganas de interpelarle y de decirle que entendía muy bien su pena. Fue al verlo, la misma noche, borracho perdido, riendo, tambaleándose y hablando fuerte, insinuándose con descarro a mujeres que lo insultaban, en la barra de un bar del centro, cuando la chispa prendió en su interior.

Émilie supo que había llegado su momento.

El viernes por la mañana, Simon estaba en el bar-estanco habitual con la nariz en su cerveza. En el momento de pagar su bingo y las cervezas, Émilie se las arregló para cruzar su mirada. La sostuvo durante varios segundos, como si le dijera: «¡Ya es hora de que hablemos un poco, tú y yo!», antes de salir de allí y volver al trabajo.

Durante muchos días, limpió el revólver, dio de comer a los perros y maduró su plan, a la espera paciente de una ocasión. El 14 de julio, esta se presentó por fin.

El perro Bop correteó por el sendero y desapareció en la primera revuelta. El sol pegaba con más violencia que nunca. Émilie se acercó a la verja. La manecilla de la puerta estaba manchada de sangre. La volvió a cerrar después de pasar, y se secó la frente con la mano.

A su derecha, macizos repletos de zarzas y de juncos altos como dos hombres. Descartó de inmediato esa dirección.

Enfrente, el camino. Ella pensó: «Demasiado evidente».

A la izquierda, una extensión cubierta de helechos bajo un bosque de pinos que conducía, doscientos metros más allá, al río. Eligió esta opción.

Los zarzales colonizaban las riberas y hacían imposible el avance, pero el agua era poco profunda en esta orilla del río. Émilie bajó hasta allí, dando zarpazos al aire con la mano para ahuyentar las nubes de moscardones y mosquitos que volaban a su alrededor. Dudaba. Buscaba un indicio que le señalara, sin ningún género de duda, que Simon había tomado en efecto ese camino. Chapoteó un poco a lo largo de unos diez metros, examinando las orillas y el fondo del agua. Fue entonces cuando vio el saco blanco enganchado a las zarzas, río abajo. Se fijó en él porque estaba demasiado alto para haber sido depositado por la corriente y demasiado limpio para llevar allí varias semanas. Émilie tomó esa dirección. A cada paso, sus botas se hundían en el barro produciendo un ruido de succión desagradable.

Alcanzó su objetivo.

El saco blanco no era tal. Se trataba del vendaje de Simon inflado como una pelota. Émilie entendió lo ocurrido. Descalzo y metido en el agua hasta las pantorrillas, debilitado por la operación, Simon debía de haberse caído. El vendaje hinchado de agua se habría soltado y quedado atrás.

Émilie se humedeció la cara con agua fresca y continuó su descenso.

El sol apenas conseguía atravesar la espesa capa de follaje del sotobosque. El lecho del río exhalaba una frescura salvadora que hacía casi soportable el calor. Émilie distinguió en la orilla las mandíbulas metálicas de una trampa

para lobos. Los cazadores se dejaban caer a menudo por aquel paraje. Traían consigo estas trampas y las utilizaban para atrapar a las nutrias. Aquel rincón estaba infestado de ellas. Los propietarios de los terrenos ribereños llegaban a ofrecer hasta diez euros por animal. En un día bueno, se podían atrapar hasta siete u ocho. Era dinero fácil y sin esfuerzo, porque los roedores se reproducían a tal velocidad que nunca escaseaban. Algunas trampas desaparecían a veces, robadas por un ventajista o requisadas por los guardas forestales, pero los cazadores eran astutos y la mayor parte de las veces no se dejaban atrapar.

Simon también era astuto. Sabía que la mujer que le perseguía era una discapacitada. Animado por la energía de la desesperación, se adentraba en las zonas más pantanosas y entre los zarzales, donde pocas personas se aventuraban. ¡Y que Émilie intentara encontrarlo en aquel laberinto de juncos, de raíces retorcidas de alisos, de retoños de sauces y de tocones aserrados!

Ella dio un rodeo para evitar la trampa, hizo una pausa breve e inspeccionó los alrededores.

Más lejos, el arroyo se bifurcaba a la izquierda antes de dividirse en dos ramas. Una fluía a través de una pineda repleta de maleza. La otra serpenteaba hacia el corazón de un bosque de sauces y encinas, para abrirse luego a un lago próximo a la perrera. Simon había podido optar por una u otra, ¿cómo saberlo? Una de dos, Émilie lo atraparía antes de que llegara a la primera carretera o a una zona habitada. O bien lo perdería definitivamente.

Murmuró:

—¡Sigue el olor del macho!

Sacudió la cabeza con los dientes apretados y eligió la primera solución al azar.

Conocía un poco el lugar. Había ido un par de veces a bañarse con un temporero. El tipo se dedicaba a la limpieza de los espacios comunes de un *camping* grande de la costa; adecentaba las letrinas y las duchas todas las mañanas y todas las tardes. Ella había pasado con él cuatro o cinco días. El tipo estaba completamente pirado. Le encantaba follar en el agua en medio de los peces, o en una de las jaulas de la perrera. Saber que alguien podía sorprenderles en cualquier momento o que los animales les vieran fornicar lo excitaba. Émilie llevaba dentro aquello aún: el chapoteo en el agua, el ronquido de un tractor muy cerca, o los ladridos, la pestilencia obsesiva de la

perrera, el gusto de su saliva, la excitación, el vaivén mecánico de sus pelvis, el olor acre de su propia transpiración, la decepción, siempre, una vez concluido el asunto, y su sonrisita esquinada cuando se apartaba de ella.

Recordó que una vez, en la perrera, él la había abrazado por detrás, sujetado entre sus brazos y suplicado que le dejara matar a un perro. Émilie había intentado zafarse del abrazo pero él había apretado con más fuerza.

—¡Quita!

Ella se retorció para hacerle frente y rechazarle. Él apretó más fuerte. La misma sonrisa extraña iluminaba su rostro.

—Hazlo por mí. Tu patrón no se enterará. Te pagaré por el perro.

—Mierda, ¿qué me estás diciendo?

—Podría ser tan...

No terminó la frase. Ella había sentido una rabia loca y consiguió librarse de él. Cada detalle de su disputa seguía aún grabado en la mente de Émilie. Él la había golpeado aquel día, y ella le había devuelto los golpes.

Sabía pelear. Había dado prueba de ello antes y volvería a hacerlo. Era capaz de actuar.

—Simon, ¿dónde estás?

Émilie avanzó una cincuentena de metros con una lentitud espantosa. Los mosquitos le devoraban la piel del cuello y de los brazos. Los picotazos la volvían loca.

El sonido metálico de la prótesis marcaba el ritmo de la persecución.

Llegó a una especie de parapeto de cemento, sin ningún letrero. A partir de ahí, por el lado izquierdo, las orillas estaban ajardinadas. Émilie abandonó el agua con alivio y trepó por el talud.

Un sendero seguía el curso del arroyo que descendía hacia Begaarts, tres kilómetros más lejos a vuelo de pájaro. La marcha se hizo más cómoda. Simon habría seguido con toda seguridad la dirección del arroyo. El bosque, no. Tampoco el lago. En su lugar, es lo que habría hecho ella. Él no podía saltar ni trepar a los árboles, no corría, no nadaba. Era un minusválido, como ella, se lo comían los mosquitos, como a ella, no tenía mil opciones a su disposición, exactamente igual que ella. Él iba descalzo, ella llevaba botas. Contaba con una ligera ventaja. Iba a atraparlo. Era lo más lógico. Se lo jugó todo a esa carta y aceleró el paso.

Las sombras retrocedieron, el sol se instaló en el eje del río e hizo subir la temperatura varios grados. Émilie no se cruzó con nadie. No detectó ninguna

señal del paso de Simon, ni gotas de sangre, ni huellas de pies.

Calculó sus posibilidades de dar media vuelta y optar por otro camino. Se dijo que, dado su estado, Simon no podía haber llegado muy lejos. Sin duda no lo había visto, tendido en un hoyo, desmayado, escondido o incluso muerto. Se sobresaltó cuando un grupo de cuervos, molestado por la mujer de la prótesis, se echó a volar con grandes graznidos desde un sauce inmenso y se elevó por los aires.

Luego lo vio.

Simon estaba de espaldas. Los bajos de la pernera izquierda de su pantalón estaban empapados de sangre. Se agarraba con las dos manos a un bastón que le servía de muleta.

Émilie le ordenó:

—¡Quieto!

Simon no le prestó atención. Siguió avanzando. En el estado en que se encontraba, quizá no la había oído.

Émilie gritó:

—¡Para o disparo!

Simon se quedó inmóvil, sin darse la vuelta. Émilie avanzó dos pasos y montó el percutor del revólver. El bastón pasó a una sola mano. Simon lo levantó. Émilie se detuvo.

—¡Suelta eso!

Simon no soltó nada. Dio media vuelta, despacio. Un rictus de dolor deformaba los rasgos de su cara. No parecía tener miedo. Agarró el bastón como arma para defenderse. Émilie apuntó a su cabeza con el revólver. Su índice acarició nervioso el gatillo sin llegar a apretarlo. Simon no se inmutó. Émilie estaba a menos de cuatro metros de él, y el arma un metro más cerca. El ojo de cíclope del cañón lo miraba con fijeza. Émilie también. Tres ojos miraban en su dirección, a la espera de hacer fuego.

El bastón se convirtió en arma ofensiva. La mirada decidida que Simon lanzó a Émilie fue muy clara en ese punto. Su brazo temblaba únicamente porque estaba débil.

Émilie no disparó.

Simon atacó.

Hubo un fogonazo, seguido de un breve zumbido. Émilie había apuntado hacia el brazo izquierdo. Disparó pero erró el blanco. Ella no quería matarlo, solo defenderse y devolverlo a la perrera. Simon no lo sabía y golpeó el primero.

Un golpe seco en el antebrazo de Émilie: el arma fue a parar a la hierba. Simon levantó de nuevo el brazo para golpear. Émilie se le echó encima para evitar un bastonazo en la cabeza. El choque fue brutal. Él la proyectó al suelo sin que ella pudiera amortiguar la caída. Simon perdió su bastón, se inclinó hacia adelante y se sostuvo con la mano.

Sin perderlo de vista, Émilie palpó el suelo con la punta de los dedos para recuperar el arma. No encontró más que ramitas y grava.

Dijo:

—Vuelve conmigo.

—¡Que te jodan!

—Sabes que voy a ganar.

Simon se le echó encima. Ella lo recibió con un rodillazo en el vientre que le dejó sin resuello. Le empujó y rodó a un lado. Vio el bastón y se inclinó para atraparlo. Simon la agarró por el tobillo de su pierna buena y tiró con todas sus fuerzas. No fue suficiente. Ella consiguió coger el bastón y pegarle en la espalda a su adversario, que dio un grito y soltó su presa. Ella se apartó y buscó el revólver con los ojos.

Lo localizó, un par de metros más lejos. Intentó el todo por el todo, pero Simon cayó sobre ella antes de que lo alcanzara. Esta vez, él la inmovilizó contra el suelo, sujetó sus muñecas y cargó todo su peso sobre la pelvis de ella.

Émilie hipó.

Simon gritó:

—¡Socorro!

Émilie arqueó el cuerpo, Simon se impulsó con los riñones y afianzó su presa.

—¡Suéltame!

Ella se retorció en todas direcciones, pero no contaba con ningún margen de maniobra. Simon ardía. Émilie vio lágrimas de fiebre en sus ojos. En primer plano, su herida en el muslo destilaba pus mezclado con sangre. La mitad de los puntos habían saltado. Debía de hacerle un daño atroz. Émilie le escupió en la cara.

—¡Suéltame, cabrón!

Echó un vistazo rápido al revólver. Él siguió su mirada. Calculó las posibilidades de apoderarse de él en primer lugar, y se abalanzó otra vez sobre ella. No tenía derecho a fallar.

Dijo:

—Se ha acabado.

Saltó adelante y extendió la mano, pero Émilie fue más rápida. En cuanto se sintió libre, le soltó un puñetazo en el cuello y otro en las costillas, y se estiró para alcanzar el arma antes que él. Rodaron juntos entre las zarzas, y Émilie perdió la noción del espacio durante un instante. El sistema de fijación de su prótesis saltó. Ella se tendió y aprovechó el desequilibrio de ambos para volver a colocarse encima. Simon gimió cuando la parte de atrás de su cráneo chocó con una piedra; Émilie se encogió todo lo que pudo, apuntó el cañón en dirección a su pecho y montó el percutor.

—¡No te muevas más o disparo!

Esta vez, Simon la creyó. Había vivido ya la misma escena tres días antes. Había recibido un balazo en la pierna. No tenía ninguna razón para dudar de las palabras de ella y seguía medio aturdido. Se vio atacado por una serie de espasmos. Se llevó la mano al muslo y miró a Émilie.

—¡Mátame, especie de loca! ¡Acabemos de una vez!

—No es así como van a ir las cosas.

Él sollozó.

—¿Por qué?

Émilie no respondió, ocupada en volver a ajustar la prótesis en su lugar. Hizo una mueca de dolor. Una marca violácea iba extendiéndose por su antebrazo, en el lugar donde Simon la había golpeado con el bastón. Se puso en pie.

—Levántate, volvemos.

Simon obedeció, meneando la cabeza.

—No podré llegar.

Émilie rodeó el lugar donde se encontraba él, recogió el bastón / muleta y se lo tendió.

—¡Toma!

Él le enseñó su muslo.

—Hoy me has cuidado, no eres mala.

Émilie avanzó hacia él y le plantó el cañón del arma en el pecho.

—Sobre todo no vayas a pensar que soy una ingenua y que vas a poder manipularme con esa clase de trucos, ¿de acuerdo?

—No es...

Émilie le interrumpió.

—Ne me trates de mediocre.

—¡Nunca he dicho eso!

El mismo golpe con el arma, más violento. Simon avanzó. Émilie le siguió.

—Es lo que leo en la mirada de la gente todos los días. Es lo que piensa el capullo de mi patrón, es lo que piensa la gente de la calle cuando me ve con mis muletas o mi prótesis, es lo que piensan los clientes de la perrera cuando al llegar me ven con un cepillo en las manos, mi mono de trabajo sucio de caca de perro y ¡gran Dios, pobre, pobre chica!, piensan, con su discapacidad no puede hacer otra cosa, limpiar la mierda de los animales y dar las gracias al santo patrón que ha aceptado contratarla para su lamentable pequeña empresa. ¡Pero no! ¡Las cosas no funcionan así conmigo!

Volvió a golpear a Simon, que aceleró el paso.

—Los mediocres son ellos, con sus cochinas sobre la piedad y la conmiseración. Miran con disimulo mi culo, como el policía de esta tarde, y se dicen: con esta, hay pocas posibilidades de que me diga que no, tendría que estar pirada o completamente en Babia. Miran mi muñón también, imaginan, fantasean, se preguntan cuánto juego puede dar, se dicen: ¿es flexible? A las mujeres como yo las manosean, les toquetean la pierna, les palpan el muñón, les chupan la sangre hasta la médula, las comen crudas, y sabes qué, durante años yo he aceptado eso, les he creído, antes incluso de mi accidente. Siempre he dicho «¡Amén!» a todas sus chorradas, y ¡mierda!, vergüenza me da confesarlo, no me lo perdonaré nunca, les he creído de verdad cuando me miraban como si yo solo fuera una pobre chica, pero ahora, se ha terminado. No soy mediocre. Tú tampoco, con tu minúscula vida de mierda y esas bonitas muñecas que desfilan por tu guarida y que nunca consigues guardar. No somos mediocres. Es la imagen que ellos nos transmiten de nosotros mismos, pero créeme, no es así. Somos pueblo, y el pueblo no es nunca mediocre. Lo que pasa es sencillamente que ya no se parece a como era antes. Cambia. Muta. Aguanta. Evoluciona, para mal o para bien. Como tú y yo.

Se detuvo, temblorosa, mientras Simon seguía caminando. Dijo, para sí misma:

—Tengo tantas cosas que decirte, coño, ¿por dónde empezar?

Émilie se apoyó en un árbol para disminuir la presión sobre su muñón y aliviar la irritación debida al roce de la prótesis.

—Tantas cosas como llevo dentro y no acaban de salir, ¿qué puedo hacer?

Levantó la cabeza achinando los ojos, miró el cielo un instante, a través del follaje, como si las respuestas pudieran caer de arriba. Aterrizó de nuevo en la realidad. Simon también se había parado, veinte metros más lejos. Observaba a Émilie con aire ausente. Había llegado al lugar donde el sendero desaparecía bajo la vegetación. Esperaba las consignas. Quizá ya no esperaba nada. Se había parado, eso era todo. Émilie siguió con la mirada el camino que habían seguido a la ida, se vio a sí misma chapoteando en el agua y el barro. Simon estaba en unas condiciones deplorables. Cambió la pierna de apoyo y se volvió hacia el bosque.

Dijo:

—Vamos a atajar.

Émilie se concentró en los detalles. Trató sus cabellos con henna y subrayó el contorno de sus ojos con *khôl*. Fahrenheit en la cuello, crema de leche de coco en el muñón, pulsera en espiral en la muñeca. Se puso su vestido ceñido más explosivo, color verde manzana, muy escotado arriba, largo hasta los tobillos; la curva de sus caderas haría el resto. Simon no debía tener ojos más que para ella.

Se aseguró luego de que el revólver estuviera cargado, lo guardó en un cajón del rincón cocina, lo volvió a sacar, lo colocó en el aseo detrás de una pila de revistas, cambió de opinión otra vez y lo deslizó finalmente debajo de las almohadas de la cama. Ensayó un par de veces el movimiento de saltar sobre la cama, hundir la mano entre las almohadas y empuñar el arma. Se puso su prótesis y repitió la operación hasta encontrar el lugar adecuado y la buena posición. Cuando estuvo satisfecha, volvió a colocar todo en su lugar, puso un poco de orden y revisó por última vez la decoración interior de la caravana.

A las ocho en punto, se puso al volante del Twingo y rodó hasta la entrada de Les Arthauds. 14 de julio: noche de fiesta, fuegos artificiales y planes de ligue. Simon no se lo perdería por nada del mundo.

A las diez menos cuarto, rio de puro gusto al ver aparecer el Passat en el cruce del buzón de correos. Ajustó la nitidez de sus prismáticos. Tres segundos para un vistazo: Simon se había afeitado y llevaba una camisa blanca.

Un plan perfecto. Cielo estrellado, brisa ligera del oeste, temperaturas caniculares propicias a los espíritus febriles.

Deslizó un CD de los Black Eyed Peas en la radio del coche y subió el volumen. *Boom Boom Pow*, era exactamente el género de música obsesiva que tenía ganas de escuchar. Émilie dejó a Simon doscientos metros de ventaja antes de arrancar.

Él marchó directamente a Begaarts-Playa.

El ritual era siempre el mismo: Émilie espiaba a Simon, y él no se daba cuenta de nada.

En esta ocasión, una multitud de veinte o treinta mil personas en movimiento sustituía al bosque de pinos inmóviles. Era una especie de juego. Émilie zigzagueaba entre los turistas buscando con la mirada el lugar adecuado para aparecer.

Simon se topó con una pareja de amigos y se instaló en la terraza para beber una cerveza con ellos. Émilie los conocía por haberles seguido en varias ocasiones. El tipo, un leñador de cuello de toro, trabajaba con Simon en Sarlat. Soltaba discursos definitivos y confusos sobre Siria, los banqueros judíos, el paro. Almorzaba por lo general en el Quick y practicaba el surf. La mujer trabajaba como secretaria en el ayuntamiento, vestía trajes sastre de marca y lanzaba miradas incendiarias a Simon en cuanto su acompañante volvía la vista a otra parte. Émilie pidió un helado de dos bolas, limón verde y fresas silvestres, en el puesto de enfrente, y lo degustó mientras les observaba sin ser vista.

Poco antes de las once, la mujer emitió unos grititos agudos. Se colgó del brazo del tipo y señaló las dunas con el dedo. El trío se levantó y se separó. La gran masa de personas que les rodeaba se puso en marcha simultáneamente y se dirigió al camino que llevaba a la playa. La misa mayor de la fiesta nacional iba a empezar.

Émilie se pasó la lengua por los labios, tiró el resto de su helado a una papelería y se abrió paso con los codos para alcanzar a Simon. Dio un rodeo por la izquierda, se escabulló junto a las barreras y se deslizó hasta aparecer en el eje de su mirada. El mensaje corporal que le envió era claro: «¡Es a ti a quien quiero, esta noche!».

Simon comprendió.

Un minuto después, las luces se apagaron y se lanzaron los primeros cohetes, propulsados a una velocidad supersónica por encima del océano.

Los petardos estallaron por docenas en el cielo. Émilie hizo un mohín y simuló volverse para presenciar el espectáculo.

No perdió ni un segundo de vista a Simon mientras él se abría paso entre la multitud para acercarse. Se apartó algunos metros hacia la derecha para que él no la localizara de inmediato. Él estiraba el cuello, buscándola. Frustrado,

se sentó en un pilón, encendió un cigarrillo y dio unas chupadas mirándose los pies. Con el castillo de fuegos final, Émilie se aproximó hasta que solo la separó de él un tipo que llevaba en brazos a un niño llorón sujeto a un globo con la cara de Mickey Mouse. Con el último cohete, el globo voló, y el chiquillo lloró con más ganas. Se hizo la oscuridad completa, y luego brotó la luz de las farolas. Simon aplastó su colilla y se puso en pie. Émilie se plantó delante de él con los brazos en jarras.

Al principio no habló.

Simon encendió dos cigarrillos, con aire de seguridad en él mismo, y le tendió uno, que ella aceptó. Émilie volvió a ver claramente la escena en que, con la sierra mecánica aún empuñada, después de haber abatido el gran roble enfermo, él se había quedado quieto un instante para admirar la precisión del trabajo bien hecho. Se dio cuenta de que él buscaba las palabras. Le dejó hacer, podía esperar un poco todavía.

Él preguntó:

—Nos hemos visto antes, ¿no?

Simon apenas se sostenía de pie. Su herida infectada tenía mal aspecto. Émilie lo presionaba con el revólver cuando desfallecía o se paraba y hacía ademán de querer sentarse. Tardaron casi una hora y media en volver a la perrera. No se cruzaron con nadie, un verdadero milagro.

Émilie abrió sus compuertas de par en par, le contó todo. Su infancia, los sueños de sus padres, los cuatro últimos años después del accidente, las esperanzas rotas, el deseo de los hombres por su pierna amputada, el poli que buscaba a Simon y se le insinuaba abiertamente, la dulce locura de Isabelle, Antonio, el Red, los últimos meses buscándolo, espiándolo, escondida bajo las ventanas de Les Arthauds.

Después de llegar a la perrera, el chorro de las confidencias no disminuyó.

Émilie habló de la chica de veinticinco años que Simon había llevado a su casa por primavera, de los celos que había sentido. Mientras hablaba, instaló a Simon en su habitación y le sujetó las muñecas a la cabecera de la cama. Lo desvistió, lo desinfectó y vendó su herida, le puso el mono de trabajo de Amorena. La fiebre no cedía. Émilie cogió el botiquín el resto de la dosis de Fentadon y se la inyectó a Simon, que quedó en una plácida inconsciencia, con babas en las comisuras de los labios. Ella frotó su prótesis en el fregadero, mojó un paño y lo utilizó para limpiar la junta del aparato, lavó con agua abundante el cubre-muñón y la faja de suspensión, y los puso a secar. Dio un paseo por la habitación. Simon seguía inconsciente. Ella comprobó su pulso, extremadamente lento, y pasó la mano delante de sus ojos. Las pupilas eran como dos cabezas de alfiler. Él siguió el gesto con dos segundos de retraso. Émilie calculó que disponía de unos treinta minutos antes de que el efecto disminuyera, y salió para lavarse con agua helada.

Después de la ducha, se sentó en el patio, en bragas y bata, y masajéó largo rato su muñón irritado con una mezcla de Nok y un fondo de crema suavizante Akilortho. Entró después para ponerse un vestido ligero, y luego se llevó una silla a su habitación, se instaló frente a Simon con el revólver en

las rodillas, y esperó a que despertara.

El muñón marcaba un bulto obsceno bajo el tejido de su falda. Cambió de posición y se esforzó en no pensar en él.

Émilie se despertó al ponerse el sol. Recordó las últimas horas y se hizo de inmediato un resumen de la situación.

Simon estaba vivo.

La observaba fijamente desde el otro extremo de la habitación. Había ahuecado las almohadas y se había sentado de espaldas a la ventana de plexiglás, a contraluz.

Ella extendió la mano para encender la luz.

El neón acentuó la palidez de los rasgos de Simon. Su cabeza colgaba ligeramente de lado, como suspendida de un hilo a punto de romperse. Su boca entreabierta dejaba al descubierto los dientes y le daba un aire un poco idiota. Sus pupilas habían recuperado el tamaño normal.

Dijo:

—No me tienes encerrado aquí por tu pierna, si lo he entendido bien.

Émilie tardó varios segundos en captar el sentido exacto de su observación. Sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Él alzó la mirada al cielo.

—No se te da muy bien hablar, ¿eh?

—No mucho.

Él señaló el revólver con un gesto cansado.

—Estás haciendo tu pequeña revolución, vaya —dijo con una voz cavernosa.

—¿Qué quieres decir?

—Espías a un pobre tipo, lo secuestras, le disparas, lo persigues...

Sacudió sus esposas.

—Lo atas, le golpeas como un hombre, te vengas de todo lo que los hombres, las mujeres, los jefes, los colegas, en una palabra, lo que el mundo entero te ha hecho sufrir desde que naciste.

Émilie se dio la vuelta.

—Parece un discurso político, esa labia tuya. ¡Tampoco a ti se te da bien

hablar!

—Soy un obrero.

—¿Y qué?

Simon esbozó una sonrisa.

—Pues que, por lo general, si tengo algo inteligente que decir, me lo callo para no perder mi curro.

Dio unos golpecitos al vendaje con la punta de los dedos.

—O mi pierna.

La mano de Émilie se crispó sobre el revólver, se levantó de un salto. Simon se puso rígido.

Dijo:

—Damos vueltas a lo mismo.

Ella gesticuló con su mano armada.

—¡Todo esto no nos lleva a ninguna parte, coño!

Simon siguió el revólver con la mirada. Llegó hasta ellos el ruido de un motor. Émilie apretó la nariz contra la ventana para ver el vehículo, que pasó delante de la verja y se alejó.

Siguió diciendo:

—Vivimos en un país donde los asalariados se inmolan en el aparcamiento de sus empresas porque les maltratan en su trabajo para engordar a otros tipos que nunca tienen bastante. Estamos rodeados de locura, y los tipos como tú, vosotros...

—Yo, ¿qué?

—Vosotros...

Simon seguía concentrado en el arma.

—¿Qué relación tiene eso con mi pierna?

—No lo sé.

—Qué relación con tu... —tartamudeó él—. ¡Mierda! Ni siquiera sé cómo llamarlo, tu plan para mí.

—¡No lo sé!

—Qué relación con tu amante lesbiana, tu carrera de enfermera frustrada, y el amigote ese, el tipo de nombre español, Pablo...

—Antonio.

—Sí, qué más da. En resumen, ¿qué relación?

Émilie golpeó con violencia la pared con el puño y gritó:

—¡No lo sé, mierda!

—¿Tú quieres que las cosas cambien?

—Sí.

—¿Quieres que tu vida tenga sentido?

—Sí, por supuesto que sí.

—Y te dices que el problema no eres tú, es tu lugar en la sociedad, es el funcionamiento mismo de la sociedad, ¿es eso?

Émilie se sujetó la cabeza entre las manos.

—No entiendo nada de lo que me dices. ¿La sociedad? ¿Qué significa la sociedad? ¿Qué es? ¿Es una especie de organización secreta, con un gran jefe y muchos subalternos que obedecen órdenes y se pasan el tiempo pensando en el mejor sistema para hundir a las personas como tú y como yo en la mierda? ¿Es un burdel enorme lleno de putas, de chicas maltratadas y violadas, de chulos, de tipos como tú con mal de amores o incapaces de amar, y de capullos que solo se sienten alguien cuando hacen daño a las mujeres? ¿O bien un tinglado del tipo puertas del infierno, con instrumentos de tortura, permiso para matar, explotación infantil, alarma climática, cáncer, gripe aviar y destrucción final en una gigantesca explosión nuclear? Y nosotros, qué hacemos, ahí dentro? ¿Vivimos? ¿Sobrevivimos? Todo eso tiene que servir para algo, ¿no?

—¿Y por eso me has secuestrado?

Émilie dejó de gesticular. No respondió enseguida.

—De alguna manera, sí —susurró mientras volvía a sentarse.

—¿Y por qué no a tu jefe, por ejemplo, o a ese tipo que te ofrecía pasta para que le dejaras matar un chuchito mientras te la metía?

Émilie suspiró.

—Porque tú eres como yo.

—¿Qué?

Simon tosió. Émilie apuntó el arma a su propio pecho y luego al de Simon, dos veces.

—Tú y yo somos iguales.

—¡La puta, esta sí que es buena!

Émilie se puso rígida.

—Escucha, es todo lo que puedo responderte. No sé cómo explicarlo de otra manera. En mi cabeza todas estas cosas están muy claras, pero en el momento de expresarlas, lo que me sale ya no se parece en nada a lo que pensaba. Es como si solo dijera estupideces o chorradas. ¿Qué habrías hecho

tú en mi lugar, di?

—¡Yo no estoy en tu lugar!

—¡Contesta, mierda! Hablo en serio.

Simon pareció considerar su pregunta. Sudaba a chorros.

—La chica, sabes, la que viste en mi casa, se llama Sylvie, pues bien, yo estaba enamorado de ella de verdad. Cuando me plantó, no pude entender por qué lo hizo.

—¿Se lo preguntaste?

—¡Claro! Me contestó que no había ninguna razón particular, que no lo sabía. Que no era por mí, que era cosa suya.

—¿Y eso fue todo?

—Pensé en matarme.

Émilie se levantó y fue a sentarse al pie de la cama.

—¿Qué sentiste?

Simon respiraba cada vez más deprisa. Cambió de posición con una mueca.

—No lo sé muy bien. Quizás algo parecido a lo que sientes tú en este momento, lo que te ha llevado a buscarme después de tu accidente para vengarte.

—Lo que quieres decir es: tú te matas, y yo, en cambio, te disparo a ti.

—Sí.

Émilie meneó la cabeza con aire grave. Simon se frotó la cara.

—Pensé en serio en matarme.

—Pero no lo hiciste.

Él le dijo que no con la cabeza.

—Y pasé a otra cosa.

—¿Qué quieres decir?

Simon no respondió. No la escuchaba. Se agarró al montante de la cama, se arqueó y los ojos se le desorbitaron. Émilie se precipitó a ayudarlo. Él no perdió el conocimiento.

Ella preguntó:

—¿Estás bien?

Él tosió.

—Sigamos hablando.

—¿Estás seguro?

—¡Sigamos! —gruñó él.

Lo sacudió un violento ataque de tos. Émilie fue a buscar un vaso de agua. Se lo hizo beber a pequeños sorbos. Él tragó y le dio las gracias, volvió a toser y se desmayó por segunda vez. Esta vez, no volvió en sí de inmediato.

Émilie le puso la palma de la mano en su frente. La piel estaba helada. Le dio un cachete flojo en la mejilla, y no reaccionó. Otro un poco más fuerte, y tampoco hubo reacción. Lo pellizcó, le tiró del pelo. Simon tenía los ojos en blanco. Lo abofeteó otra vez y lo sacudió.

Gritó:

—¡Despierta!

Le tomó el pulso. Los latidos eran débiles. Supuso que era culpa del Fentadon. Pensó que estaba sufriendo una sobredosis, y se inquietó de verdad.

Lo desató, lo desvistió e intentó arrastrarlo hasta el cuarto de baño, pero una sola pierna válida y un muñón no bastaban para tirar de un hombre que casi la doblaba en peso. Fue a buscar su prótesis y se la colocó. Hizo correr el agua de la ducha hasta que salió caliente, se desnudó, volvió a la habitación, agarró a Simon por debajo de las axilas y lo levantó en vilo para colocarlo bajo el chorro ardiente. El agua actuó como un *electroshock*. Simon abrió los ojos de par en par. Se ahogaba e intentó levantarse solo, pero sus músculos no le obedecieron. Se tambaleó, pero siguió despierto. Émilie dejó correr el agua hasta que ya no salió caliente, y luego repitió el trayecto en sentido inverso y le ayudó a subir a la cama.

Él ya dormía cuando ella lo ató de nuevo a la cama.

Hacia las tres de la madrugada, Simon abrió los ojos. Vio a Émilie inclinada sobre él.

Declamó:

—El ángel exterminador vela por mí.

Émilie lo miró como si sus palabras fueran las de un enfermo que deliraba. Simon guiñó dos veces los ojos e inclinó la cabeza a un lado.

—Tienes miedo de que me muera —dijo.

—¡Claro que tengo miedo!

—Yo no.

—¡Venga ya!

Él remachó:

—Soy lo que tú no te atreves a ser.

Émilie agitó el arma debajo de su nariz. Él sacudió la cabeza, apretó los labios y se enderezó, como para provocarla.

—No me das miedo.

—¿Después de todo lo que te he hecho pasar?

Él sonrió.

—El ángel exterminador nunca ha querido matarme.

Émilie abrió la boca, pero no encontró nada que contestar. Los papeles se invertían, pero seguía sin estar satisfecha. Las voces en el interior de su cráneo no se acallaban. Echó una mirada al revólver tirado sobre el linóleo, al pie de la cama. Pensó que la respuesta a todas sus preguntas estaba allí, así de simple. Puso la mano sobre el torso de Simon.

—Debes de...

Se detuvo después de las primeras sílabas, al darse cuenta de que Simon se había vuelto a dormir, pero no apartó su mano.

Un perro se puso a ladrar. Émilie reconoció el timbre agudo del bastardo llamado Bop. Otros lo corearon. Émilie salió al patio a fumar un cigarrillo. La cabeza le daba vueltas. No había comido nada desde hacía una eternidad, pero no tenía hambre. El concierto de ladridos ganó en intensidad. Escrutó la oscuridad para intentar adivinar dónde estaba Bop, pero aquel diablo de perro libre podía estar en cualquier sitio, y ella desistió.

Murmuró:

—Soy el ángel exterminador.

La expresión de Simon sonaba falsa. Ella aspiró su cigarrillo y se adentró en el patio. Pensó: «¡La hora de elegir ha llegado!». Vio dibujarse claramente ante sus ojos la línea sinuosa que unía el accidente con el instante presente, los hechos y sus consecuencias. Los extremos de esa línea se torcían y se enredaban formando un bucle.

Émilie aplastó la colilla con el talón de la prótesis y vio aparecer en la oscuridad una segunda línea, más breve, que cortaba el bucle en un único punto, en la conjunción exacta del pasado y el presente. El fantasma de Simon se alzaba allí, inmóvil y silencioso, al volante de una *pick-up* negra

que circulaba a toda velocidad a lo largo de aquella línea imaginaria, a dos dedos de romper el círculo y de quebrar el frágil equilibrio de su vida.

Émilie cerró los ojos esperando evitar el accidente, pero la imagen se hizo más nítida todavía.

El volumen sonoro de la acción se moduló sobre los ladridos de los perros y subió en intensidad. Los neumáticos chirriaron, luego se produjo el impacto. Émilie gritó aterrorizada y corrió a refugiarse en el interior de la caravana.

Una pierna.

Dos piernas.

Tres y cuatro, sumando las del joven Denis, el camillero al que Émilie acariciaba con el pie bajo la mesa del restaurante.

Jueves 21 de abril de 2011, preludio de una noche de locura y de excesos después de tres días de horarios de trabajo insensatos en las urgencias del hospital. Los colegas de Émilie habían hecho una reserva para veinte en un bar de los alrededores, famoso por sus bandejas de marisco, caracolas de mar y bígaros con mayonesa o salsa vinagreta, un bufé libre, 19 euros por persona, además de cerveza barata y vistas sobre la zona comercial del norte de Begaarts y el peaje de la autopista.

Todos estaban colocados y eufóricos. El alcohol se les había subido a la cabeza a toda velocidad con «V» mayúscula. El broche del festín fue una bandeja de profiteroles con chocolate en las que una de las empleadas había colocado treinta y cinco velitas. Las luces de la sala se atenuaron y el hilo musical con vals de Viena y concierto para violín de André Rieu fue sustituido por un registro automatizado que toda la mesa acompañó a viva voz: «¡Cumpleaños feliz, que lo pases muy bien! Te deseamos todos...» Émilie sopló, salieron a relucir los regalos, ella los desenvolvió en medio de las cáscaras vacías, los comensales exclamaron muchos «¡Oh!» y «¡Ah!». El CD del último álbum de Hubert-Félix Thiéfaine, dos entradas para una comedia musical cualquiera en la sala Albizia de Bayona, un tubo de gel lubricante orgásmico Durex y una colección de juguetes eróticos Marc Dorcel, todo ello puntuado por risitas y guiños de complicidad.

—Todos hemos contribuido, ¿no es verdad, chicas?

Las mujeres colegas, a coro:

—¡Oh, sí, oh, sí! Ya nos contarás, ¿eh?

—¡Por supuesto!

Risas ahogadas y alusiones pícaras.

—¡Esto no es para el trabajo!

Émilie protestó, con los dedos apretados en torno a un consolador Super Rabbit de Soraya de color rosa dotado de estimulador clitorídeo:

—¡Claro que no, vamos, por quién me habéis tomado!

—¡Ooooooh!

Un enfermero con el folleto de instrucciones en las manos:

—Numerosas vibraciones, estimulación completa, intermitente, rápida, lenta...

Otro, por encima de su hombro:

—¡Resistente al agua!

—¡Aaaaah!

Risas a uno y otro lado de la mesa. Émilie simuló confusión:

—¡Mira que sois brutos!

Los colegas, mujeres y hombres, en coro:

—¡Eh, que te conocemos!

Mientras les sonreía con dulzura, el pie derecho de Émilie, bajo la mesa, se deslizó entre los muslos de Denis. Las mejillas del camillero se encendieron. Sus ojos estaban clavados en la mano de Émilie, que metía subrepticamente el aparato de vibromasaje en su bolso.

Las bromas obscenas continuaron hasta el final del banquete. Más de la mitad de la tropa entraba a trabajar al amanecer del día siguiente. Émilie tenía por delante dos días de permiso. En el aparcamiento del restaurante, contó a los potenciales compañeros de farra. Denis-el-camillero era uno de ellos. Émilie se sentía eufórica. Empezó a dar saltitos y a gritar:

—¡Quiero ir a bailar!

Hizo sonar las llaves del coche e indicó el número cuatro con los dedos de la otra mano.

—¿Quién viene conmigo?

La alegre compañía se repartió en tres coches. Denis no había bebido y propuso conducir él.

—¡Nadie que no sea yo conduce mi cacharro! —exclamó Émilie, y le empujó al asiento trasero con ojos brillantes.

Le cerró la portezuela en las narices, se sentó al volante, se volvió con una media sonrisa, y susurró por encima del reposacabezas:

—¿Qué edad tienes, Denis?

—Veintiocho años.

Émilie silbó.

—¡Santo cielo, tantos ya!

El joven se sonrojó. Se esforzó en encontrar algo que responder; a Émilie le pareció encantador.

Él se abrochó el cinturón.

—Tú pareces mucho más joven de la edad que tienes, ¿sabes?

—Me lo tomo como un cumplido —dijo ella antes de echarse a reír.

Pisó el embrague, tocó la bocina y puso la primera.

—¡Adelante!

El convoy se puso en marcha detrás del Clio blanco de Émilie, en dirección al Vituperia. Media docena de kilómetros a lo largo de la costa, con los vidrios de las ventanillas bajados y Abba a tope, coreado a viva voz por todos los ocupantes del coche.

Una vez llegaron, Émilie se dirigió en primer lugar al bar, decidida a carburar inyectándose tequila con hielo. Para su velada disco semanal, el club no había conseguido atraer más que a una cincuentena de clientes, todos más o menos ebrios, pero a Émilie no le importó. A falta de multitud, la música le proporcionaba justamente el estruendo ensordecedor que necesitaba para no pensar y para brillar. Bebió tres vasos seguidos y se lanzó a la pista de baile. Sus colegas la siguieron, llevándole su cuarto vaso. Denis quedó aparte, con una cerveza apenas empezada. Ella se puso delante de él y le hizo la danza del vientre.

—¡Vamos, anímate!

—¡No sé bailar!

Ella se rio:

—¡Qué importa!

—¡No me gusta la música disco!

Se inclinó hacia ella para hacerse oír. Ella le gritó al oído:

—¡A nadie le gusta la disco! ¡Es solo un truco con el que uno puede divertirse sin haber tomado ácido o coca!

Ella se agarró a sus hombros, lo empujó al centro de la pista y no lo soltó hasta que la sala estuvo casi vacía, cerca ya de las tres de la mañana. Los demás se habían ido, solo quedaban Denis y ella. Le dio un largo beso en el aparcamiento, y lo encontró algo parado, pero se dijo que a pesar de todo serviría para su cumpleaños.

Propuso:

—Vamos a tu casa, necesito un cambio.

Finalmente resultó que Denis era del género charlatán. La estuvo mareando todo el trayecto con un estudio que había leído recientemente sobre la carga de trabajo del personal auxiliar en los hospitales. Émilie encendió la radio y la escuchó distraída, mientras asentía educadamente con la cabeza. Él le decía que cada paciente añadido a la carga de trabajo cotidiana de una enfermera en cirugía aumentaba en un siete por ciento el riesgo de fallecimiento del paciente en cuestión. Un error médico costaría más caro que una enfermera experta. En la contratación del personal los hospitales ahorran dinero, y blablabla, y blablabla. Era inagotable. Émilie se reprimió para no pedirle que cerrara la boca. Llevaba encima bastante cerveza y tequila, quizás era ese el problema.

Una vez en su casa, Denis siguió charlando. Émilie dio una vuelta rápida por el estudio. Cuarenta metros cuadrados, apañaditos, sin gusto y sin relieve. El lugar se parecía a su inquilino. La idea la hizo reír. Se concentró en su discografía, dos docenas de álbumes de Bowie repartidos en dos estantes. Eligió uno al azar y lo colocó en la cadena hi-fi. *Let's dance, put on your red shoes and dance the blues...*

Se dejó caer sobre el sofá.

—¿Me pones algo de beber?

Émilie se dio cuenta de los montones de revistas y libros de Medicina de alto nivel que había diseminados por toda la habitación. Hojeó rápidamente el primer libro del montón, pensando: «¡Mierda, un intelectual, qué mala suerte tengo!».

Denis volvió con dos vasos llenos de algo de un blanco licoroso. Brindaron. Ella dejó el libro sobre la mesita baja y bebió la mitad de su vaso.

—¿No me habías dicho que eres camillero?

—Es solo un trabajo alimenticio. Con eso me pago los estudios.

—¡No me jodas!

—Estoy en cuarto año de Medicina.

—¡Oh!

Émilie dio una palmada en el sofá, a su lado.

—Ven a sentarte más cerca.

Denis obedeció.

—Y tú, ¿nunca has pensado en volver a tus estudios?

—Soy demasiado estúpida para eso.

Émilie se soltó el pelo. Denis la miró, con aire sorprendido.

—Estoy hablando en serio.

—Ya lo sé.

El ambiente se enfrió sensiblemente. El camillero aprendiz de médico se enfurruñó e insistió en sus historias de estadísticas y de carga de trabajo excesiva. Émilie suspiró en su interior. Sabía todo eso de memoria. Empezó a preguntarse si habría apostado por un caballo perdedor esa noche. Un montón de imágenes de la jornada le volvió a la mente. La última era la de una mujer, en la treintena como ella, con dos costillas rotas, la mandíbula fracturada y una foto tomada antes de que su cónyuge celoso la sacudiera, para que el cirujano pudiera hacerse una idea del trabajo necesario para recoserla. El marido se lo tomaba con paciencia en la sala de espera, como si no fuera con él. Un horror. Émilie era una enfermera marchosa y dedicada, siempre de buen humor. Con la ayuda de la morfina, la mujer le hizo algunas confidencias. Se llamaba Andrea. Ni siquiera había puesto denuncia. Émilie insistió, le propuso encargarse ella misma. Andrea se echó atrás de inmediato. Había suplicado a Émilie que sobre todo no hablara con su marido, y enviaba miradas cargadas de pánico hacia la puerta. Para el resto de la planta, se había atenido a la versión que había dado a su llegada a urgencias, una caída en las escaleras de su casa. Émilie estaba furiosa. Se lo contó al cirujano, y él le explicó que no podía hacer nada sin una denuncia, aparte de cuidarla lo mejor que pudiese. Secreto médico y juramento hipocrático. Su especialidad era la cirugía plástica y los puntos de sutura. Era médico, y Émilie, enfermera. El resto era asunto de los policías o de los jueces de instrucción. Émilie lo trató de capullo insensible pero no se sintió mejor por eso. Se marchó de su despacho con un portazo. Después, en ese apartamento minúsculo, pensó que dentro de algunos años, Denis el Napias se apropiaría más o menos del mismo género de discurso que el cirujano, y que las Andreas y las Émilies no habrían progresado gran cosa.

Se deseó mentalmente a sí misma un feliz cumpleaños de mierda e intentó hacer desaparecer aquella visión bebiendo de golpe su vaso, pero el mejunje blanco estaba demasiado azucarado y le dejó un principio de náusea. Para no caer en la tentación de salir por piernas, se quitó los zapatos, colocó los pies en el sofá con una sonrisa e interrumpió a Denis antes de que siguiera con su letanía y se cargara definitivamente su pequeña aventura compartida.

—Hablas como ellos, tío.

—¿Qué?

—¡Tienes el mismo vocabulario que los burócratas que denuncias! Tienes veintiocho años, pero en tu cabeza tienes por lo menos el doble, hablas de dinero, de resultados, del óptimo de no sé qué, de cifras, pero la verdad es que yo acabo de salir de tres días de locura, estoy reventada, es mi cumpleaños...

Señaló su reloj de pulsera.

—Y la verdad, no son horas.

—Perdóname.

—Te he ofendido.

Él protestó blandamente.

—No.

Ella le pinchó un poco.

—Claro que sí, me doy cuenta.

—No, te lo aseguro. Lo siento mucho.

Ella se quitó el vestido para caldear el ambiente. El efecto en Denis fue inmediato. Se quitó lo demás y se apretó contra él.

—Tienes un bonito par de nalgas, señor futuro cirujano jefe, y yo algunos restos apreciables para ser una vieja de treinta y cinco tacos, de modo que deja de decir chorradas y bésame.

El resto de la noche tuvo un carácter más constructivo. Émilie sacó sus juguetes nuevos y aprendió con Denis cómo utilizarlos. El estudiante de Medicina resultó ser muy concienzudo y no del todo desprovisto de imaginación.

Todo iba bien, en el mejor de los mundos, digamos; más o menos.

Después de las efusiones, Émilie no pudo conciliar el sueño.

Volvió a pensar en la mujer de la víspera, en lo que habría podido hacer para ayudarla, en cómo habría actuado ella en su lugar. Retorcó la pregunta en todos los sentidos, pero se encontró en cada ocasión en un callejón sin salida. Denis empezó a roncar. Ella se levantó, pasó por el aseo y se encendió un cigarrillo en la terraza con vistas al aparcamiento y a los tejados de las casas del barrio. Émilie trató de ver en la oscuridad e intentó imaginar qué aspecto tendría aquello en pleno día. Encendió un segundo pitillo, exhaló una

bocanada y repasó el curso de la velada. *Grosso modo*, igual que las de los diez o quince años anteriores: regalos idiotas, amigos que no lo eran de verdad, resaca un poco más severa en cada ocasión, visita al Vituperia y revolcón rápido, rara vez memorable, con el tipo más a mano, al que se vería obligada a anunciar, a la vuelta al trabajo, que lo suyo había sido una historia sin interés y sin mañana. Trató de hacerse una autocrítica. Detestó lo que vio, y la acometieron vértigos y unas ganas furiosas de vomitar.

Como en cada ocasión, le echó la culpa al alcohol.

Volvió a entrar para calentarse y dudó en despertar a Denis para volver a empezar. El camillero estaba tendido atravesado en la cama, con la boca abierta y un hilo de baba en la comisura de los labios. Émilie hizo una mueca y corrió al aseo.

Con las primeras luces del amanecer, preparó café y se dio una ducha rápida, esperando una especie de milagro. El milagro no ocurrió. El espejo le devolvió unas ojeras inmensas y su aire de los días malos. Cuando salió del cuarto de baño, Denis dormía aún. El dolor de cabeza no disminuía. El alcohol siempre le afectaba a la cabeza. Fuera, su carroza de princesa se había transformado en un viejo Clio que marcaba doscientos treinta y cinco mil en el cuentakilómetros. Émilie se vistió, recogió sus cosas, cerró la puerta detrás de ella sin hacer ruido y bajó las escaleras. Unos basureros estaban trabajando delante de la entrada del edificio.

Uno de ellos le sonrió e imitó el gesto de quitarse un sombrero imaginario para saludarla, como si dijera: «He aquí uno de los raros privilegios del oficio, contemplar a una mujer joven y hermosa a la salida del sol».

Preguntó:

—¿Tiene alguna cosa para tirar, antes de que nos vayamos?

Se acordó de la bolsa de plástico llena de regalos que llevaba en la mano. El hombre pensaba sin duda que ella vivía en aquel edificio y que había bajado la basura en la bolsa. Correspondió a su sonrisa.

—Por qué no, después de todo...

Tiró todo en el cubo, pero no se sintió más ligera por ello. Les deseó un buen día y subió a su coche. El cuadrante del reloj indicaba las 07:35. No había dormido desde hacía unas cuarenta horas. Arrancó y giró el botón del autorradio. Las noticias del día la deprimieron, la música era mala. Apagó y se concentró en la carretera. El Clio zigzagueaba, sus párpados parpadeaban, las curvas eran demasiado cerradas, y las líneas rectas, interminables. Émilie

volvió a encender la radio y subió el volumen para tener ocupada la mente. Tomó el primer camino transversal que se le presentó para evitar los grandes ejes del tráfico y los eventuales controles de la gendarmería. Calculó que veinticinco minutos le bastarían para encontrar refugio en su casa.

El cielo palideció por encima de los pinos, los muertos hablaban a los vivos, los perros saludaban a su manera la sincronización horaria casi perfecta entre el pasado y el presente.

Émilie juntó las manos, palma contra palma, como para rezar.

—¡Callaos!

Se tapó los oídos.

—Os lo suplico...

Los ladridos de los perros se incrustaban en su cabeza, mezclados con los gemidos de Simon en su sueño agitado.

Émilie daba vueltas en el interior de la caravana como una leona en la jaula. Fumaba un cigarrillo tras otro, del patio a su habitación, de su habitación al patio. Pronto se le iban a terminar y aquello aumentaba sus nervios de manera considerable. Se sentía exageradamente lúcida, y se instaló en la mesa de formica de la cocina. Arrancó varias hojas de un viejo cuaderno de contabilidad y lo utilizó como borrador para escribir su confesión y sus últimas voluntades. Reajustó su moño y se puso a la tarea. Escribió, tachó, rompió papeles durante cerca de una hora. Todas y cada una de las frases sonaban a hueco. El principal problema con el que tropezaba era: ¿confesar qué? Hizo una pelota con todo el papel, lo tiró al suelo, delante del patio, y le prendió fuego. Volvió al interior y sustituyó las confesiones por el revólver y la reserva de municiones. Alineó las balas en columnas de seis. Sobraban dos, que introdujo en el barrilete. Ahora, el arma la desafiaba solapadamente: «¿Qué te propones hacer, dime?».

Émilie la sostuvo en la mano, apretó el cañón contra su sien y cerró los ojos. Contó hasta tres, abrió de nuevo los ojos, los volvió a cerrar, contó de nuevo: «¡Uno, dos, tres!» y abandonó por segunda vez, incapaz de llegar hasta el final. Fue dando saltitos hasta la habitación, trepó a la cama, se arrodilló encima de Simon y plantó el cañón del arma en mitad de su frente. Él no reaccionó, su pulso no se disparó. Apenas se podía detectar una ligera

inflexión en el ritmo sincopado de su respiración.

Émilie contó:

—Uno, dos...

Se interrumpió, hizo una larga inspiración y recommenzó su cuenta:

—Uno, dos...

Renunció de nuevo.

Los perros, no.

Con una rabia excesiva, se precipitó al patio agarrándose a los muebles y a las mamparas y vació el barrilete del revólver en el aire gritando a voz en cuello:

—¡Cerrad el pico!

Los perros se callaron. Émilie miró a su alrededor, luego al arma, luego a la caravana, y de nuevo a su alrededor. Una idea germinó en su interior. El sol, en la forma de una gran bola roja, cosquilleaba las copas de los árboles. La línea del horizonte entró en fusión. Émilie sintió el primer rayo cálido acariciarle el rostro, el cuello y el nacimiento del pecho. El germen fue creciendo en su mente y se convirtió en un plan preciso, apocalíptico y grandioso.

Como en el jodido poema del mismo nombre, justo antes del punto de impacto:

Recomienza.

Émilie se colocó su prótesis. Revolvió en el armario y sacó la bolsa de plástico donde guardaba la ropa que llevaba puesta el día del accidente. Grandes cercos oscuros recubrían el blusón. Los tejanos habían sido cortados con bisturí en toda la longitud de la pierna izquierda, costras de sangre seca manchaban la parte inferior. Émilie vació el bolso sobre la mesa. Un fuerte olor a humedad y moho se esparció por la habitación. Émilie se vistió y fue a admirar el resultado en el espejo. El efecto era sobrecogedor. La rodilla artificial asomaba por un desgarrón del tejido. La combinación metal / sangre seca daba un toque surrealista al conjunto, en contraste con el pie articulado, de un acabado hiperrealista.

La cólera que sintió Émilie sobrepasaba de lejos la energía que había empleado los cuatro últimos años en olvidar el dolor fantasma de su pierna y

la violencia que había padecido.

—¡Se acabó! —dijo, palmeándose los muslos para darse valor.

Repasó el *khôl* alrededor de los ojos, realzó el rojo de sus mejillas y reajustó su peinado con la ayuda de unas horquillas. Cuando se sintió satisfecha, salió a ocuparse de la furgoneta.

Sacó el gato, la llave de tuercas y una rueda de repuesto de la trasera. Colocó el material a mano, y se puso al trabajo. El gato chirrió y se estabilizó, el vehículo se elevó algunos centímetros. Émilie fijó el chasis con dos cuñas y se acuclilló. Los seis pernos que sujetaban la llanta estaban parcialmente picados de orín. Tuvo que tirar de la llave con todas sus fuerzas para desatornillarlos. Instaló la rueda de repuesto y lo guardó todo. Luego levantó el capó, conectó la batería y comprobó que había gasolina suficiente. El motor arrancó al quinto intento. Lo dejó funcionar al ralentí un momento y luego lo apagó. Guardó el revólver y las municiones en la guantera, recogió un bidón vacío y entró en el cobertizo.

La cuba del combustible agrícola estaba medio llena. Abrió el grifo y colocó el bidón debajo. Roció el suelo y las paredes en abundancia, prestando especial atención a las partes inflamables, palés, balas de paja y *stock* de tablones. Empapó también el laboratorio del fondo, en particular la mesa y el armario del botiquín. Llenó de nuevo el bidón y lo vació en el cobertizo en el que había tenido secuestrado a Simon; luego dio la vuelta a la caravana y a las jaulas, que abrió de par en par para que los perros salieran. La operación le llevó una media hora larga.

Cuando Émilie hubo acabado, volvió al interior. Simon seguía inconsciente. Lo incorporó, lo arrastró hasta la furgoneta y lo cargó en la trasera. Su estado era tan deplorable que pensó que no valía la pena atarlo.

Le besó en la frente y susurró:

—Nos vamos de viaje, los dos juntos.

Simon entreabrió los ojos, arrugó los párpados para mirarla. Imposible saber si la veía realmente, o no. Tenía la cara hinchada y estaba empapado en sudor. Una barba entrecana de cuatro días le comía la parte inferior de la cara. Abrió la boca pero no llegó a decir nada. Émilie le acarició la mejilla con un gesto tierno y lo tranquilizó.

—No te inquietes.

Él se acurrucó y volvió a dormirse al instante. Ella trajo una colcha, lo tapó con ella, colocó un cojín debajo de su cabeza y volvió para cargar más

combustible con el que terminar el trabajo. En la habitación, los carteles de películas y de estrellas de Hollywood le hacían guiños. Liza Minnelli la observaba en silencio, y Natalie Wood mostraba una sonrisa enigmática, a la vez indulgente y cargada de reproches. Émilie se entretuvo un instante en su rincón de maquillaje y su colección de fotos de baile. Apretó el interruptor, las bombillas rojo y oro se encendieron, las paredes de la habitación titilaron. Sonrió, empuñó el bidón y derramó la gasolina sobre el espejo. Su reflejo se onduló. Pasó a la cocina, abrió las llaves del gas de los fogones y echó una última ojeada en círculo antes de salir.

Nubes bajas se amontonaban hacia el oeste. Se había alzado una brisa ligera, que aumentaba aún más la sequedad del aire y del suelo. Émilie sacó su encendedor, frotó la piedra con el pulgar, brotó la llama, y en ese momento se dio cuenta de que algo no cuadraba.

Se volvió hacia la verja de la entrada: nadie.

Trató de detectar algún ruido no habitual: silencio absoluto, ni siquiera el ronquido de un motor a lo lejos.

Se plantó, de espaldas a la puerta de la caravana, al acecho del menor movimiento: nada, allí tampoco.

Movida por un presentimiento, Émilie atravesó el patio y se inclinó sobre el parabrisas posterior de la furgoneta. Simon no se había movido. Pensó en el revólver, guardado en la guantera, y rodeó el vehículo para comprobarlo. El mismo resultado, todo estaba en su sitio.

Émilie retrocedió y dio una vuelta completa sobre sí misma, una vez, dos veces. Los perros no habían salido de sus jaulas.

Guardó el encendedor y se dirigió a la primera jaula, ocupada por un gran drahthaar macho de pelaje corto. El color oscilaba entre el marrón y el blanco. Era un animal magnífico, treinta kilos de músculos repletos de vigor. Meneó la cola cuando Émilie cruzó la barrera y le ordenó salir.

Ella dio una palmada sobre los barrotes.

—¡Fuera!

El animal irguió las orejas, pero no se movió. Émilie se apartó de la puerta y simuló un puntapié.

—¡Largo!

Ninguna reacción. En las jaulas vecinas, los demás perros tenían el morro pegado a la reja y observaban también ellos la escena meneando la cola. Émilie comprendió en ese momento que los perros no se movían de sus jaulas

porque ella no les había dado de comer. Volvió al cobertizo maldiciéndolos y extrajo de allí un saco de croquetas que no se había mojado de gasolina. Lo llevó al extremo sur de la perrera, lejos de los edificios, sin dejar de llamar a los perros, y lo vació íntegro en el suelo. El gran drahthaar hambriento corrió el primero. Los demás lo siguieron al poco y se lanzaron sobre la comida.

Émilie volvió sobre sus pasos e hizo chascar su encendedor.

Hubo un ruido de succión, precedido por un silbido agudo, y el cobertizo principal quedó envuelto por el fuego en unos segundos. Émilie prosiguió con la caravana, el cobertizo del fondo y las jaulas. Las llamas ascendieron rápidamente por encima de los pinos vecinos y una espesa humareda negra se extendió hasta tapar muy pronto el sol.

Los perros interrumpieron su almuerzo y alzaron el morro, silenciosos. Surgido de la nada, el bastardo Bop emitió un ladrido corto que los demás inquilinos repitieron a coro, como si esperaran su permiso para manifestar su descontento. Un joven Münsterlander corrió a refugiarse en su jaula, con el rabo entre las patas y las orejas plegadas. Émilie corrió detrás para atraparlo pero el animal fue a acurrucarse como una bola al fondo, debajo del bidón colocado en alto que le servía de caseta.

Émilie gritó:

—¡Sal de ahí, coño!

Paralizado, el animal se acurrucó todavía más. Sus ojos brillaban en la sombra. Émilie empuñó un bastón y lo plantó en las costillas del perro, que enseñó los dientes. Las llamas lamían ya la jaula vecina, el calor del fuego se hizo insostenible. Con lágrimas en los ojos, Émilie se tendió sobre su vientre y reptó hasta debajo de la caseta.

—Te vas a quemar, capullo, ¿es eso lo que quieres?

El perro gruñó. Émilie atrapó una de sus patas traseras y tiró con todas sus fuerzas. El animal le mordió la mano. Émilie aulló de dolor. El münsterlander se contorsionó para quedarse en su agujero, pero Émilie no soltó la presa, consiguió arrastrarlo fuera y cerrar la puerta antes de que pudiera volver a entrar. Émilie lo amenazó entonces con el bastón y, esta vez, el animal se unió a los demás, con la lengua colgando.

Resonó en alguna parte una sirena de bomberos.

Émilie volvió a la furgoneta y se puso al volante. En torno, las llamas danzaban entre los helechos y mordían los troncos de los pinos más próximos. El incendio avanzaba ahora por el bosque, del lado de la carretera.

Se produjo una fuerte deflagración en el cobertizo principal cuando el fuego alcanzó la reserva de combustible y la caldera explotó.

Émilie abrió de par en par los ojos, horrorizada.

—¿Qué es lo que he hecho?

Arrancó y se apresuró a poner la mayor distancia posible entre ella y la perrera.

Pisando a fondo el acelerador, Émilie partió en dirección a Begaarts-ciudad. A través del parabrisas iba viendo lugares que conocía de memoria y que guardaban el recuerdo de cada uno de sus hechos y de sus gestos. Eran su baúl de los recuerdos y su castigo divino. Émilie debía mirarlo de frente y asumirlo todo.

Detrás, los fuegos del infierno y las trompetas de los muertos.

Delante, una serie de *flashbacks* en rápida sucesión:

Allá, la casita de los postigos de madera. Émilie se acordaba de una merienda en la hierba y de un niño pequeño que lloriqueaba. Más lejos, la cuneta en la que había vomitado después de su primera borrachera en las fiestas de Begaarts. Tendría quince o dieciséis años. Su padre le había propinado una somanta memorable. Por fortuna, ignoraba que el chiquillo que la acompañaba la había desvirgado aquella misma tarde, en las dunas, mientras su mejor amiga, Maryline, vigilaba. En aquella cabina telefónica, a la entrada del pueblo, Émilie había pasado horas esperando la llamada de aquel mismo chico, del que se había enamorado hasta el tuétano. El tipo había llamado por fin para decirle que todo había terminado entre ellos.

Las anécdotas seguían fluyendo en masa hasta sumergirla.

Antes del accidente.

Y después:

La plaza donde se instalaba el mercadillo los martes por la mañana, su antiguo apartamento a dos pasos, y el día en que había encontrado el valor de bajar a hacer la compra con sus muletas nuevas. El bar-estanco donde había visto aparecer a Simon por primera vez. La panadería donde hacía cola, los sábados por la mañana para comprar los hojaldres a la crema que entusiasmaban a Isabelle. La tienda en la que había comprado los prismáticos para espiar la vida mísera de Simon. Ahora la zona comercial, que apenas

existía más que como proyecto; luego la sucesión de casas y de villas donde Émilie conocía a un hombre o a una mujer a los que había amado o detestado, y por fin, la zona industrial, antiguos pinares y humedales reconvertidos en cobertizos y almacenes con letreros gigantes.

Su pueblo.

Sus estados de ánimo, las veces en las que había mantenido su palabra y las otras en que, para salvar las apariencias, mintió a todo el mundo, empezando por ella misma.

Su vida.

Con el corazón a punto de estallar, Émilie giró a la salida de Begaarts para tomar la carretera de los lagos. Las lágrimas al brotar formaban una cortina opaca delante de sus ojos. Se metió en el carril contrario sin darse cuenta, y evitó por muy poco a un automovilista que tocó rabioso la bocina en represalia.

Simon ya no dormía. Gemía en cada curva. Émilie hacía lo que podía para mantener la furgoneta en el centro de la carretera y evitar los baches.

Buscó sus cigarrillos y se dio cuenta de que había olvidado su último paquete en la mesa de formica de la cocina. Encendió la radio. El aparato emitió un carraspeo continuado. Giró el dial hasta detenerlo en la única frecuencia que funcionaba más o menos.

France Bleu, información general. La presentadora anunció con voz monocorde que se habían producido dos tiroteos provocados por un hombre fuertemente armado en unas instalaciones militares en Tennessee, Estados Unidos. El primero ocurrió en un centro de reclutamiento de las fuerzas armadas. Dos heridos. El segundo había tenido lugar en una base de reservistas de la marina americana. Cinco muertos. Émilie, por su parte, no había matado aún a nadie. Cuatro militares abatidos y... La radio chisporroteó al paso de la furgoneta delante de una antena repetidora, y Émilie no llegó a saber si el tirador había conseguido huir. Informaciones locales. La presentadora cedió la palabra a un tal David Giacomo.

El periodista se atuvo a los hechos, en un tono altamente emotivo. Había sido emitido un aviso de búsqueda por desaparición inquietante, la mañana de la víspera, a través de la prensa. Concernía a un hombre de treinta y siete años, que respondía al nombre de Simon Diez.

Émilie subió el volumen. La furgoneta hizo un extraño.

Giacomo era una eminencia en su profesión. Había localizado al policía

encargado de la investigación, y tenía intención de apretarle las tuercas en la entrevista. Por su parte, el teniente de la gendarmería Vetter era un *crack*. Respondió a las preguntas del periodista y expuso los hechos sin tartamudear una sola vez.

—Simon Diez desapareció la noche del 14 al 15 de julio. Gracias al retrato que hemos difundido en todos los periódicos y a la investigación que llevamos a cabo desde que su empleador denunció su ausencia, sabemos que fue visto por última vez en el paseo marítimo de Begaarts-Playa por un compañero de trabajo y su acompañante, en torno a las 22:50, diez minutos antes del lanzamiento de los fuegos artificiales. La pareja afirma que estaba solo, pero nadie puede decir asegurar si...

Una serie de interferencias ruidosas interrumpieron de pronto su monólogo. El corazón de Émilie se disparó. Manipuló el botón con la punta de los dedos y consiguió encontrar otra vez la frecuencia. La entrevista se reanudó unos segundos más tarde:

—... un grupo de turistas holandeses afirma haber visto entrar en el agua a un hombre de sus características, poco después de la una de la mañana. La búsqueda se extiende a todo el litoral. Según todos los indicios, el hombre pudo haberse ahogado.

—¿Piensa usted que existe aún una posibilidad de...?

El periodista escuchó con unción la respuesta de Vetter. El poli recordó que la investigación duraba ya cuatro días, que su equipo y él mismo trabajaban de forma exhaustiva en este terrible asunto y que no descartaban ninguna hipótesis. Olvidó mencionar su visita a la perrera y tampoco precisó lo que entendía exactamente por «trabajo exhaustivo». El periodista dio las gracias a su interlocutor y enlazó con una especialista en corrientes marinas que expuso toda una serie de argumentos y datos para llegar a la siguiente conclusión: no tenía ni idea del lugar donde podía salir a la superficie un cuerpo arrastrado por el océano. Algo del estilo: «Lo que el mar se lleva, el mar puede decidir guardarlo».

Nueva salva de agradecimientos. Otra información sucedió a la anterior.

Hubo movimientos en la trasera de la furgoneta. Simon tosía como para destrozarse los pulmones. Émilie bajó el sonido y volvió la cabeza para ver lo que le pasaba. Tenía los ojos abiertos de par en par. Se había arrastrado más de un metro y ahora se encontraba medio tendido y medio recostado en el lateral, en una posición incómoda. No había tenido fuerzas para hacer nada

mejor. Había oído retazos de la noticia relativa a su desaparición.

Masculló:

—¿Es el mismo poli que vino a la perrera a buscarme?

—No te emociones, solo vino por mi culo.

—Me están buscando.

Émilie pensó que Vetter era más bien la clase de agente que se dedica a repescar cadáveres de obreros y a asaltar a mujeres jóvenes desconsoladas.

Dijo:

—Buscan un cadáver.

—Encontrarán mi coche y eso relanzará la búsqueda.

Simon sufrió un nuevo golpe de tos.

—¿A dónde vamos?

—No te lo voy a decir.

—¿Por qué haces todas estas cosas insensatas?

Émilie no se tomó el trabajo de responder. Vio el penacho de humo que se elevaba hacia su derecha, perpendicular a la línea del horizonte. En plena canícula, el incendio debía estar arrasándolo todo. Supo que, antes o después, ella habría de pagar por eso también.

Reajustó el retrovisor para vigilar a Simon. Él podía abalanzársele en cualquier momento, pero ella lo dudaba, visto su estado, y además tampoco le importaba. El desenlace estaba cerca y aliviaría su pena, eso era lo único que contaba. Después, los polis encontrarían quizás el Passat azul en el fondo del estanque de Amorena, dragarían los fondos marinos, interrogarían a todos los grupos de turistas del mundo, buscarían al culpable del incendio criminal que arrasaba hectáreas de pinos. El teniente Vetter, el cabrón con pintas de Vetter, armado con un lápiz y una hoja de papel, se dedicaría a hacer sumas y restas, y se acordaría en algún momento de la joven amputada, de su bonito culo y de su insolencia. Establecería la lógica deductiva de causalidad, las pruebas y las responsabilidades —¡que le aproveche!—, pero aquello no cambiaría absolutamente nada para ella.

Notó un nuevo movimiento en la trasera y dio una ojeada por el retrovisor central. Simon intentaba incorporarse. Sus brazos temblaban, incapaces de levantar su peso. Se empeñó, quiso hacer palanca con la manija de la puerta corredera, pero un golpe de tos más violento que el anterior lo derribó. Ella disminuyó un poco la velocidad. Agotado, él soltó su presa y se acurrucó poco a poco hacia un lado. Cabeceó, se inclinó hacia Émilie, y muy pronto

dejó de moverse.

Ella frenó al llegar a un viraje cerrado, y puso una marcha más corta. El embrague chirrió como si fuera a soltarse. Consiguió de todos modos meter la tercera sin perder el control del vehículo. Pasó un puente pequeño, un cruce, una granja a la derecha, un restaurante, el bosque de mimosas y el camino transversal que había tomado, cuatro años y casi tres meses antes. Desde entonces, conocía la carretera hasta el menor detalle.

Disminuyó la velocidad aún más, para no perderse nada.

El arroyo que fluía entre las raíces de los sauces, abajo.

El cementerio de coches desafectado, un kilómetro más lejos.

Después del primer giro, a la izquierda, en un declive, a la entrada de un camino forestal, el prostituto que daba por terminada su noche, sentado al volante de su viejo Citroën. El humo de su cigarrillo se escapaba por la ventanilla entreabierta.

Nueva línea recta.

La cuesta y el siguiente descenso. El primero y último cruce, después. A la derecha, el *camping* municipal; a la izquierda, los lagos.

Émilie continuó en línea recta.

Trescientos metros más allá, el puente grande sobre el río emisario que comunicaba los lagos. Cuando estuvo en medio, Émilie frenó, pisó el embrague y metió la mano en la guantera. Sacó de allí el revólver y las municiones, bajó el cristal de su ventanilla, se aseguró de que no hubiera ningún pescador por los alrededores, y lo arrojó todo lo más lejos que pudo, por encima del parapeto. Arrancó de nuevo, al instante.

Dos kilómetros más, y final del viaje: un *stop*, la carretera departamental, muy frecuentada a aquella hora, y, enfrente, las tapias imponentes de una propiedad.

Émilie se detuvo en el arcén, justo antes del panel, y cortó el contacto, con la mirada fija en el muro. No tuvo que esperar mucho tiempo. La película de su propia historia se representó por sí sola en cuanto el primer automóvil pasó velozmente por la departamental.

Todo estaba allí. La imagen era perfecta.

22 de abril de 2011. Luz de día a ras de suelo, carretera desierta. Las sombras de los árboles se alargaban hasta el infinito, en la estela del Clio. Los rayos del sol llegaban de forma discontinua desde detrás de los pinos rectilíneos, como *flashes* luminosos en sobrexposición intermitente en el parabrisas. El escenario era estroboscópico. El marco estaba dispuesto.

Émilie entrecerró los párpados para intentar ver algo. Se puso como punto de orientación la línea mediana. Mareada y embrutecida por el alcohol, paseó su mirada por los detalles en paralelo, paneles, villas, restaurante, mimosas, puente, río. Suprimió los decibelios, los olores a transpiración y los besos febriles que pertenecían ya a la noche pasada, e hizo el vacío en su interior.

Pisó el embrague, metió la cuarta después de un viraje y oprimió con todo su peso el pedal del acelerador.

Los «¡Cumpleaños feliz, que lo pases muy bien!», resonaban aún en su mente, pero de una manera diferente. Las voces eran ahora infantiles. Émilie se preguntó si soñaba o si estaba borracha. Unas siluetas se materializaron delante de sus ojos, en la luminosidad cegadora del sol naciente. A un lado y otro de la línea blanca, a través del vidrio, vio claramente a dos niños risueños y a un hombre de pie detrás de una mesa sobre la que estaba entronizado un enorme pastel de cumpleaños. Comprendió que representaban una familia ideal. Su familia. La que no había tenido nunca, la que no deseaba tener.

Distinguió enseguida a sus padres, sentados al fondo, resucitados. Su padre sostenía una máquina fotográfica, y ajustaba el objetivo para inmortalizar la escena. Su madre sonreía en silencio, juntando las manos como de costumbre. Era temprano. Émilie estaba de espaldas, en el umbral de la puerta, como una extraña. Todo el mundo la esperaba, sin duda volvía del trabajo.

Émilie se crispó. La impresión que desprendía el conjunto del cuadro era un sentimiento de felicidad dulce y sencillo, pero a ella le sonaba falso, como

en esas fotos *post mortem* de época victoriana tomadas en daguerrotipo en las que los miembros vivos de la familia posaban rodeando a uno de los suyos, fallecido. El muerto estaba colocado de modo que parecía vivo él también. Había sido embalsamado previamente y mantenido en posición, bien sentado o bien de pie, gracias a un mecanismo portátil. Sus ojos desencajados añadían un toque surrealista.

Émilie se removió en su asiento, incómoda. Preguntó en voz baja:

—¿Quiénes sois?

Su madre sonrió, su padre se desentendió por un instante de su aparato.

—Lo sabes muy bien.

—No.

—¡Míralos!

Su padre señaló a los niños, que batían palmas y cantaban.

Declaró:

—Imagina que estás en tu casa, y déjate llevar.

Ella siguió su gesto con la mirada. Los rasgos de los niños eran vagos. Nunca los había visto antes, ni siquiera los había soñado nunca. Eran perfectos desconocidos.

Respondió:

—No quiero.

—Míralos otra vez.

—No escuchas lo que te digo, ¡no quiero!

Él cerró los párpados y meneó la cabeza, como si dudara de la sinceridad de su negativa.

—Es una pequeña familia preciosa.

—No.

—Reunida en tu honor.

—No.

—Mira, mira cómo te quieren.

—Todo esto no es real. Estáis muertos, mamá y tú.

Un gato entró en su campo visual, maullando, y saltó a los brazos de su padre. Él rascó bajo el mentón, el animal ronroneó.

—¿Estás segura?

—No existís.

El fantasma de su madre acarició los bucles rubios de uno de los niños con una mano, y posó la otra con delicadeza en el vientre de Émilie. Ella la apartó

bruscamente, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica ligera.

—¡Oh, oh!

El fantasma le sonrió.

—Alguna cosa está cambiando en tu cuerpo.

Émilie sacudió la cabeza.

—No ha cambiado absolutamente nada.

Un velo de tristeza oscureció el gris de los ojos de su madre.

—¿Es cierto eso?

—¡Evidentemente!

—Qué lástima.

El sol cambió de ángulo, la luz se intensificó de manera imperceptible. La imagen quedó borrosa de pronto, como si estuviera sujeta a interferencias electromagnéticas. Deslumbrada, Émilie casi dio con el Clio en la cuneta. Frenó *in extremis* y recuperó la dirección.

Disminuyó la velocidad al llegar a un cruce, dudó, continuó todo derecho. Lloraba.

El alcohol y la fatiga rodaban su pequeño cine mórbido en 16/9. En el parabrisas, la película funeral seguía avanzando, y ella era incapaz de hacerla desaparecer.

Los rasgos de los niños se precisaron. Rostros inmóviles de muñecotes, como los de su infancia: ojos azules, párpados pintados de negro, cabezas redondas, voces pregrabadas, brazos y piernas articulados. Luego llegó el turno del hombre, cuya cara, inasible y desconocida, se transformaba sin cesar.

De pronto, hubo un resplandor luminoso. Ella estaba sola con él, ahora. Con las cabezas apoyadas en una misma almohada, discutían en la cama. Émilie le escuchaba. Los labios del hombre se movían pero no emitían ningún sonido. Sin dejar de hablar, él deslizaba su mano bajo las sábanas y la besaba en el cuello, luego el seno izquierdo. Sus dedos descendían hasta el pubis y se introducían con fuerza en el sexo. Ella le dejaba hacer un momento, y luego se giraba, pasaba la pierna izquierda por encima de él, se arrodillaba y cadereaba hasta que él ponía los ojos en blanco y perdía el control de sí mismo.

El sueño y la realidad se superponían, Émilie se dio cuenta de que no sentía nada y aquello la aterrorizó. Dudó un instante en dar media vuelta y volver a acurrucarse en brazos de Denis-el-camillero, aunque solo fuera para

estar caliente unas horas más y olvidar sus ideas oscuras.

Descartó esa opción.

Los rayos del sol se convirtieron en cuchillos afilados que le herían el rostro y le arrancaban torrentes de lágrimas.

Aceleró, fijó la vista en un punto blanco al final de la línea recta y puso la quinta velocidad. El decorado en torno al Clio perdió nitidez, los detalles se hicieron borrosos. El punto blanco creció, creció hasta convertirse en un muro, y muy pronto ella no vio nada más. El muro se aproximó y ella siguió acelerando, como hipnotizada. Sus ojos detectaron el panel rojo del *stop*, a unos cincuenta metros, y el asfalto negro de la departamental, pero los músculos de sus piernas y de sus brazos los ignoraron y su cerebro le pidió que siguiera concentrada en la blancura inmaculada del muro, al mismo tiempo que una voz interior le gritaba que frenara.

Émilie no frenó.

Se saltó el *stop* y soltó el volante, con una mirada alucinada.

El muro solo estaba a algunos metros de distancia cuando una masa negra surgió a su izquierda. El conductor de la *pick-up* no tuvo tiempo para tocar la bocina, ni siquiera para frenar. Percutió violentamente contra el Clio y lo arrastró consigo en medio de un estruendo de choques sucesivos y de chapas hundidas.

Émilie solo tenía recuerdos muy vagos del después inmediato.

El aullido de las sirenas, la luz azul de los girofaros, los chirridos estridentes de una sierra circular, el bombero que se afanaba para extraerla de entre la chatarra. Y el otro tipo que le sostuvo la mano y no la soltó hasta el final de las operaciones, y ella apretando aquella mano a su vez, con todas sus fuerzas.

—Señora, ¿me oye?

—...

—¿Puede hablar?

—...

—Parpadee, si me oye.

Parpadeos, imaginarios o reales. Un fuerte olor a gasolina y a plástico quemado.

—Vamos a sacarla de ahí.

Parpadeos, imaginarios o reales.

—¡Aguante un poco, no se duerma, señora! ¡Escúcheme!

Otra voz daba órdenes, un poco más lejos. Su corazón oscilaba entre la lentitud y la aceleración.

Las sirenas siempre, la alarma de seguridad de un utilitario que daba marcha atrás, la sierra circular atacando el metal, le barrenaban los tímpanos. Y siempre aquella mano a la que se aferraba, mientras brazos vigorosos se deslizaban por debajo de ella, la levantaban, tiraban de ella hacia atrás y la extraían en una explosión inaudita de colores, de carne desgarrada y de sufrimiento.

Despertó mucho más tarde, en aquella habitación de hospital, con un catéter clavado en el antebrazo, y conectado a una bolsa de morfina. Estaba viva y contenta de estarlo. Los efectos del alcohol y sus alucinaciones se habían disipado. Una enfermera estaba inclinada sobre ella. Émilie reconoció enseguida a Mathilde, su jefa de servicio. Émilie le sonrió.

—¿Cómo estás?

La otra la miró como si estuviera frente a una aparecida.

—¿Y tú, cómo te sientes, esta mañana? —balbuceó.

—Aparte del cosquilleo en la pierna izquierda, todo va bien.

El muro blanco seguía intacto. Un letrero con la inscripción *En venta* había sido atornillado a la altura de los ojos. La cabaña situada en segundo plano estaba en ruinas, y el terreno que la rodeaba aparecía poblado de zarzas, de manzanos invadidos por la hiedra y de acacias en flor.

Émilie siguió mentalmente el recorrido de su coche la mañana del accidente, y volvió la cabeza. A la derecha, el tronco del roble que había detenido la carrera desenfundada de la *pick-up* de Simon contra el Clio de Émilie exhibía aún los estigmas del choque. Una excrecencia reciente de corteza los cubría ya en parte; la naturaleza poseía a veces esa capacidad asombrosa para reemplazar los miembros seccionados.

En la radio, un una noticia de última hora. Un cuerpo había sido encontrado en una playa de Biscarosse, al norte de Begaarts. Los primeros análisis del médico forense indicaban un período probable de tres o cuatro días en el agua. Eso cuadraba con las fechas de la desaparición de Simon Diez. Lo que correspondía menos, era que se trataba del cuerpo de una mujer de cincuenta y dos años a la que su marido había reconocido formalmente. Siguiente información: el origen del incendio que había arrasado ya diecisiete hectáreas estaba ya claramente localizado.

«... la perrera Amorena, situada en la carretera de Begaarts. Actualmente se están haciendo esfuerzos para encontrar al propietario. Por otra parte, ha sido visto un grupo de perros errantes, a dos kilómetros del lugar, huyendo de las llamas. Se recomienda a los habitantes de la zona que...».

Simon llamó. Émilie apagó el sonido para oír lo que le pedía, y se volvió. Simon se pasó la lengua por los labios resecos:

—Te he visto tirar el arma.

Émilie se encogió de hombros. Simon la miró con un aire extraño que significaba «Ahora sé que no me vas a matar». El brillo de sus ojos decía también que sabía que ella había captado la alusión, y ella lo confirmó con un parpadeo.

Él preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, ahora?

—Alquilo un barco, salgo a alta mar, te tiro por encima de la borda y luego vemos cómo nos las arreglamos.

Puntuó su respuesta con una risa breve de diversión.

—Bromeo.

—Eso espero.

Un camión pesado cargado de pilotes de cemento avanzaba a paso lento por la departamental, seguido por una docena de automóviles impacientes en fila india. Émilie apartó la vista, y esperó a que pasara la procesión. Se dijo que el bucle estaba ahora cerrado.

—Nadie se muere, hoy en día.

Se acarició el muslo, notó la prótesis a través de la tela de los tejanos. No retiró su mano más que para accionar la llave de contacto y arrancar de nuevo.

Llegaron al hospital veinte minutos más tarde. Émilie aparcó delante de Urgencias. Deslizó a un lado la puerta lateral trasera de la furgoneta y entró para ayudar a Simon a sentarse, y luego a apearse del vehículo. Colocó el brazo izquierdo de él sobre sus hombros y pasó un brazo alrededor de su cintura para mantener el equilibrio.

Simon alzó los ojos para mirarla.

—No estás obligada a hacer esto.

Émilie no lo escuchó. Miraba fijamente las puertas acristaladas situadas a unos diez metros delante de ellos y calculaba sus probabilidades de llegar hasta allí sin pedir ayuda. Hizo una inspiración profunda y dio un paso adelante, luego un segundo. Simon la siguió tambaleándose.

Ella dijo:

—Formamos una pareja ridícula, ¿verdad?

Simon rio y tosió. Émilie avanzó otro paso. Simon tropezó, ella lo sostuvo. Simon apretó los dientes y se colgó de ella. Émilie le dio ánimos:

—Enseguida estamos.

Llegaron a la entrada. Las puertas se abrieron automáticamente. Una luz verde se encendió a su paso. El aire fresco de la climatización les tomó por

sorpresa.

Simon puso los ojos en blanco, su pierna se dobló. Émilie lo sostuvo y lo llevó hasta una silla, en la que lo instaló lo más cómodamente posible.

—Aquí cuidarán de ti —murmuró, mirando a su alrededor. El vestíbulo estaba vacío. En la sala de espera había un tipo con una venda en el cráneo y un brazo enyesado, además de una pareja que dormitaba en uno de los bancos. El hombre había colocado la cabeza sobre las rodillas de la mujer. Una chaqueta de piel le cubría la parte superior del cuerpo. Émilie se dio cuenta de que tenía un bebé en los brazos. El pequeño canturreaba mientras jugaba con la pulsera de plata que rodeaba la muñeca de su madre.

Émilie se adelantó hasta el mostrador de las admisiones. Tenía los ojos enrojecidos y le hacía un daño infernal soportar el contacto de la prótesis con su muñón.

Se apoyó en el mostrador. La enfermera encargada de la recepción evaluó la situación con una mirada: el pantalón desgarrado, el blusón manchado de sangre seca, los ojos huraños, el maquillaje, la prótesis.

Émilie señaló a Simon con el dedo y declaró:

—Este hombre se llama Simon Diez. Tiene una herida de bala en la pierna izquierda, al nivel del músculo psoas ilíaco derecho anterior, el vasto externo y el tensor de fascia lata. Ocurrió en la noche del 14 al 15 julio, entre las tres y media y las cuatro de la madrugada.

Recitó la lista de los medicamentos que le había administrado después, sin olvidar mencionar el riesgo de infección.

Tomó aliento, y añadió:

—Fui yo quien le disparó.

La enfermera abrió mucho los ojos y descolgó el teléfono. Émilie dio media vuelta y fue a sentarse junto a Simon. Desató las sujeciones de su prótesis, se la quitó con cuidado y la colocó en el banco, a su lado; luego se puso a pensar.

Sondeó las profundidades de su alma, sopesó los pros y los contras, evaluó lo que había sido su vida, lo que iba a ser de ella, y concluyó que no había tenido otra alternativa. Las opciones que había tomado eran las mejores. Un increíble sentimiento de paz interior la invadió.

Se inclinó entonces hacia Simon antes de que la enfermera viniera a hacerse cargo de él y, con voz firme, le dijo:

—A fin de cuentas, creo que he salido ganando.